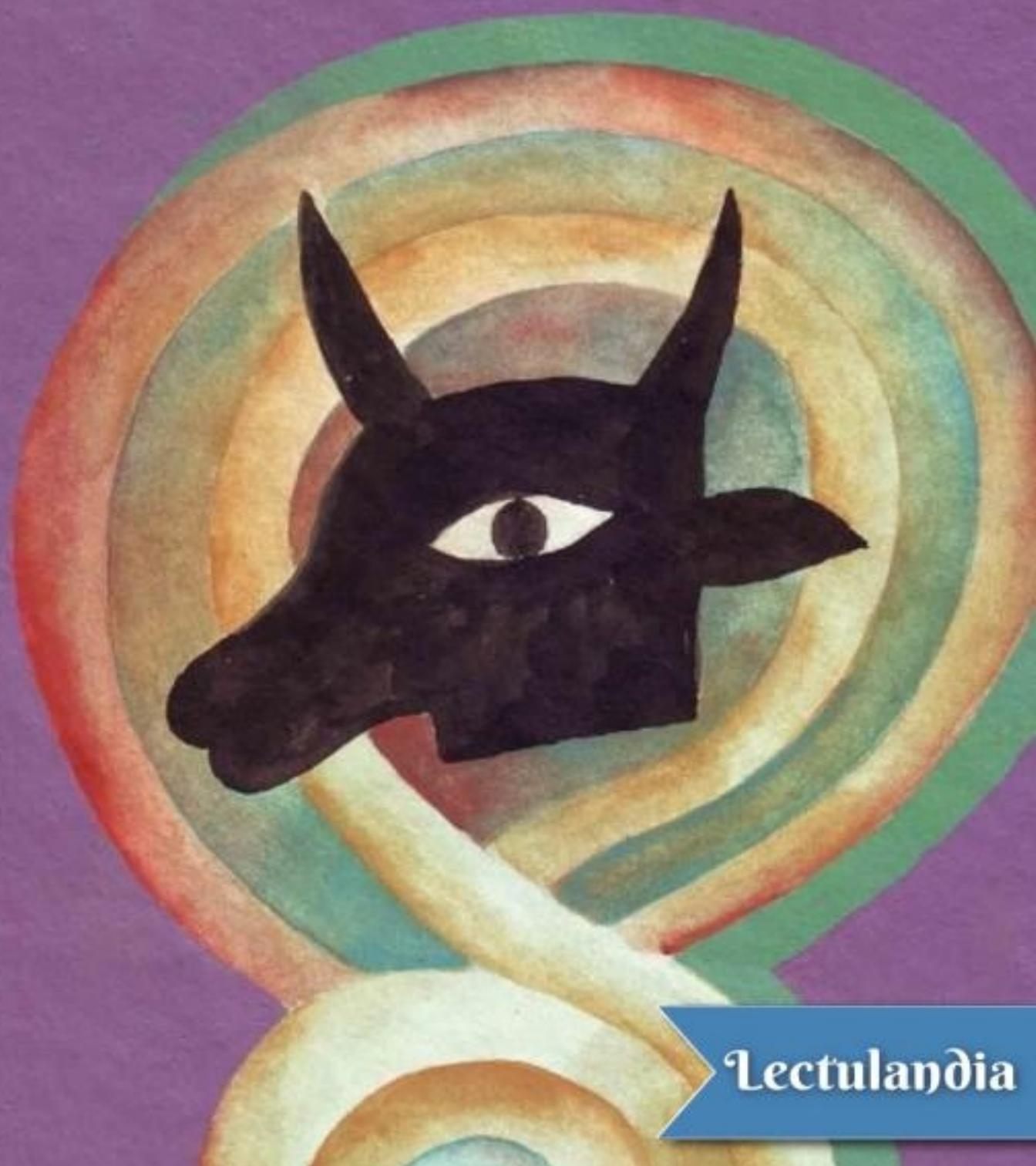


Pablo De Santis

El juego del laberinto



Lectulandia

Un laberinto de plantas crece de la noche a la mañana en la legendaria ciudad de Zyl. Los habitantes quedan atrapados en sus casas, y la vida y los juegos se detienen.

En medio del caos vegetal, Iván Dragó recibe una invitación del Club Ariadna para el Concurso Mundial de Laberintos. Participar en él será la única manera de salvar a Zyl.

La macabra Madame Aracné, famosa inventora, ha planeado para Iván el laberinto perfecto. Pero él no está solo en este difícil duelo: Anunciación, su antigua compañera del colegio Possum, y sus amigos Ríos y Lagos lo ayudarán a encontrar la salida.

**Lectulandia**

Pablo de Santis

# **El juego del laberinto**

ePub r1.0

Ariblack 22.06.14

Título original: *El juego del laberinto*

Pablo de Santis, 2011

Ilustraciones: Max Cachimba

Diseño de cubierta: Max Cachimba

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

## PERDIDOS EN EL BOSQUE



## LA INVITACIÓN DEL CLUB ARIADNA

Iván Dragó vivía con su abuelo Nicolás en el número 105 de la calle de los Alfiles, en Zyl, una pequeña ciudad famosa por sus juegos. Allí se fabricaban tableros y piezas de ajedrez, juegos de la oca, yoyós de madera, pasatiempos que llevaban por título La caza del oso verde o La torre de Babel, y, por supuesto, rompecabezas. Los que fabricaba Nicolás Dragó eran tan célebres que recibía pedidos desde lejanos lugares del mundo. A Iván le encantaba que los juegos de su abuelo llegaran hasta la selva brasileña, hasta un monasterio de Meteora, en Grecia, o hasta una casa flotante en un río de Tailandia. Los juegos eran de madera, ocupaban una mesa entera y no había en ellos dos piezas de igual forma. Nicolás acostumbraba a decir: «Las piezas de rompecabezas son todas distintas, pero los que juegan son todos iguales».

Igual quería decir que frente a un juego se olvidaban del mundo; que eran obsesivos y que esperaban ansiosos el envío por correo de las cajas. Para que el barniz que cubría las piezas secara más rápido, Nicolás usaba tres grandes y ruidosos ventiladores. Por eso él y su nieto se resfriaban a menudo.

Cada día llegaban a la casa de Nicolás e Iván Dragó varios sobres de correspondencia. El abuelo recibía cartas donde los clientes le pedían rompecabezas con tal imagen o tal otra, o le exigían mayor dificultad para la próxima vez, o rogaban por una ayuda, o le enviaban piezas dañadas para reparar. A veces las piezas llegaban mordidas.

«Le echan la culpa al perro, pero ellos mismos las muerden de ansiosos que son, cuando no pueden encontrar la ubicación de las piezas», le decía Nicolás Dragó a su nieto.

El fabricante de rompecabezas debía dedicar al menos una hora diaria a responder la correspondencia. Escribía sus cartas a mano, en un papel muy fino, casi transparente, que ya no se fabricaba, pero que todavía se vendía en la única librería que había en Zyl. Como el aire de los ventiladores hacía volar las cartas que escribía y las que recibía, usaba como pisapapeles cosas que levantaba en la calle. En una ciudad cualquiera es habitual encontrar entre los adoquines o en el asfalto alguna bujía de automóvil, o una tuerca de una máquina, o un clavo grande de una obra en construcción. En las calles de Zyl, en cambio, se encontraban tapas de yoyó, fichas de estaño con forma de barco o de caballo, soldados de plomo sin un brazo, cabezas de muñeca, trompos que de tanto girar se habían perdido. A pesar de su dolor de cintura, Nicolás se agachaba a recoger por la calle todas las cosas que encontraba.

Una mañana, mientras estaba en la cocina preparándose un café con leche, Iván descubrió que su abuelo miraba con preocupación uno de los sobres traídos por el

cartero. Iba a preguntarle de qué se trataba, pero su abuelo, con el discreto ademán de un mago, deslizó la carta en un cajón del escritorio. Iván llegó a ver que el nombre del destinatario comenzaba con una gran letra I.

—¿Es una carta para mí, abuelo?

—No, es un viejo cliente que me reclama un juego que ya le mandé. Cómo atrasa el correo.

«El correo atrasa, pero si uno esconde las cartas atrasa mucho más», pensó Iván.

A él sólo le escribían de vez en cuando dos personas: su tía Elena y su amiga Anunciación. Elena, hermana de su madre, escribía cartas insulsas, que eran más bien pedidos de informes: qué notas se había sacado en el colegio, cuánto había crecido, cómo estaba el clima. A lo largo de los meses siempre escribía la misma carta, apenas cambiaba alguna palabra o frase de lugar. Las cartas de Anunciación, en cambio, eran mucho más interesantes. Estaban llenas de detalles, contaba las películas que iba a ver, las cosas que comía, las discusiones con su madre por el orden de su pieza. A veces se ponía a recordar tiempos pasados. Iván la había conocido en el colegio Possum, y Anunciación había participado con él en la aventura que había conducido al hundimiento del colegio. Y aunque la había visto sólo tres veces desde que el colegio había desaparecido bajo tierra, no pasaba un día sin que pensara en ella. Seguía llamándola «la niña invisible», aunque ella detestaba ese sobrenombre. Desde luego, ella no era realmente invisible, solo que tenía habilidad para pasar desapercibida. Las cartas de Anunciación llegaban en blanco, y él tenía que hacer aparecer las letras acercando el papel a la llama de una vela. Tinta invisible, ¿qué otra cosa se podía esperar de una niña invisible?

A las cinco, cuando volvió de la escuela (dos días por semana se quedaba hasta la tarde), su abuelo no estaba. Nicolás había salido para dar su paseo habitual. Iván aprovechó su ausencia para abrir el cajón del escritorio. En el sobre estaba su nombre, escrito con una letra clara y redonda. El sobre era de papel grueso, y estaba forrado de papel violeta. Dentro había una tarjeta de cartón donde decía:

*Señor Ivan Dragó:*

*Por medio de la presente queda invitado a participar del juego anual del Club Ariadna. Confiamos en que tenga las habilidades necesarias para salir del laberinto.*

*19 de marzo, 20 horas,  
Hotel del Manzano, Ciudad Capital.*

El abuelo apareció de pronto y le sacó la invitación de las manos. Iván no lo había oído entrar.

—¡Esa invitación es mía! —dijo Iván.

—Ya sé. Por eso te la saco.

Se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué es el Club Ariadna? —preguntó Iván.

—No sabía que seguía existiendo. Creía que todos sus miembros estaban en la cárcel o en el manicomio. O muertos.

Y Nicolás Dragó no quiso hablar más del tema.

Iván se enojó con su abuelo y durante dos días no se hablaron. Pero la curiosidad pudo más y un sábado a la mañana volvió a preguntarle:

—¿Qué es ese club? ¿Por qué me sacaste el sobre, si era para mí?

El abuelo dejó de pintar un rompecabezas, puso el pincel en un frasco de vidrio con solvente y se limpió las manos en un trapo.

—El Club Ariadna estaba formado por constructores de laberintos. La fundadora del club era Madame Aracné. Su verdadero nombre: Sarima Scott. Era hija del dueño de un circo, pero muy pronto quiso tener su propio espectáculo. Estoy hablando de hace casi cincuenta años. Empezó a recorrer los pueblos con sus laberintos portátiles. Ella misma los armaba con ayuda de Elio Beltrán, un muchacho pálido, alto y delgado, que montaba las paredes, las ilusiones ópticas, los espejos y las trampas. Nunca vi una adoración semejante a la que Elio Beltrán sentía por Sarima Scott. Los chicos pagaban la entrada y se metían en el laberinto. Los padres, bien entrada la noche, pagaban para que Madame Aracné les permitiera a sus hijos salir. Con los años esta horrible mujer dejó los viajes y se estableció en la Capital.

—¿Y dejó los laberintos?

—No podía dejarlos; sin laberintos se sentía perdida. Empezó a construir laberintos vegetales para las casas de los millonarios.

Se puso en puntas de pie para alcanzar un estante de la biblioteca y sacó una vieja revista. Pasó rápido las páginas color sepia hasta encontrar una foto aérea de un laberinto de jardín.

—Las paredes, como ves, eran de ligustro, este arbusto que siempre se usa para cercar los jardines. Se puso de moda en las mansiones del norte de la Capital dedicar un área del parque a estos juegos. Cada uno de estos grandes señores quería tener el laberinto más perfecto y Sarima Scott aprovechó esa competencia para hacer una fortuna. A veces agregaba, aquí y allá, estatuas de monstruos: pequeños demonios, lobos, enanos de orejas puntiagudas. Cuando se hizo rica, Sarima Scott fundó el Club Ariadna. Se escribía con constructores de laberintos de otros lugares del mundo, y organizaban competencias para ver quién armaba el juego más complicado y terrible.

—¿Y ellos mismos entraban en los laberintos?

—No. Preferían llevar a alguien con engaños. Lo encerraban en esos laberintos, que ya no eran de ligustrina. A veces usaban edificios abandonados para sus

construcciones de pesadilla.

—¿Y qué pasó con ella? ¿Todavía vive en la ciudad?

—Antes de que nacieras ya se había cansado de los laberintos convencionales. No necesitaba el dinero de los millonarios, ni perder las tardes levantando muros de ligustrina en los jardines. Empezó a hacer experimentos de laboratorio. Decía que para construir laberintos ya no necesitaban paredes. Que bastaba con la mente humana. No sé qué quería decir, pero después del asunto Baldani, de la tragedia Baldani, nada se volvió a saber de Madame Aracné.

Iván preguntó qué era el asunto Baldani, pero Nicolás Dragó le dijo:

—Tengo que terminar un rompecabezas esta noche. Si no, no llegaré a tiempo para mandarlo por correo. Y sabes cómo son de ansiosos mis clientes. Cuando haya terminado, seguimos hablando.

Pero a Iván le pareció que jamás iban a seguir esa conversación.

Su abuelo se había quedado con la invitación que sólo a él le pertenecía. Al principio Iván estuvo furioso, pero después lo pensó mejor. Su abuelo tenía buenas razones para querer ponerlo a salvo de lo desconocido. Ya habían sufrido bastante a causa de Morodian, el mejor y más terrible constructor de juegos, y Nicolás no quería que la historia se repitiera.

Iván no había nacido en Zyl, sino en la Capital. A sus padres nunca les habían interesado los juegos, pero él era diferente. Su interés en los juegos y su habilidad para construirlos habían llamado la atención.

Morodian odiaba a Zyl, la ciudad en la que había nacido. Culpaba a la ciudad por la muerte de su padre. Había montado una gran industria, la Compañía de los Juegos Profundos, y había llenado las jugueterías del país y la mente de los niños con sus juegos de pesadilla. A lo largo de los años se habían hecho cada vez más complicados y oscuros. Los niños que los jugaban se quedaban encerrados en sus habitaciones, y ya no tenían ganas de hablar con nadie. El éxito de los Juegos Profundos, tal como había planeado Morodian, había conducido al fracaso de los juegos de Zyl; muchos de los talleres de la ciudad habían cerrado, y la gente se marchaba. Las casas quedaban abandonadas. Las calles, polvorientas y vacías.

El último invento de Morodian había consistido en convertir la vida de Iván en un juego. De aquí en más, Morodian movió los hilos detrás de la vida de Dragó. Cada cosa que le ocurría formaba parte de su juego: la desaparición de sus padres, perdidos en medio de una carrera de globos aerostáticos, su paso al colegio Possum, que había terminado por hundirse, su reencuentro con su abuelo y con Zyl, la ciudad de los juegos... Pero Iván logró entrar en el edificio de la Compañía de los Juegos Profundos, enfrentó a Morodian y consiguió vencerlo. Herido en un ojo, Morodian huyó, y nada más se supo de él. La Compañía de los Juegos Profundos encontró así su fin.

Esto había ocurrido más de un año atrás. Desde el final de la Compañía, Iván había vivido feliz con su abuelo en Zyl, jugando cada tarde con sus amigos Ríos y Lagos. Pero Iván no solo había herido a Morodian: además había recuperado la única pieza que le faltaba al gran rompecabezas que estaba en el Museo de Zyl y que representaba el plano de la ciudad. Apenas el rompecabezas estuvo completo otra vez, Zyl empezó a recuperarse, la gente volvió a la ciudad. Ahora el colegio tenía más alumnos, los talleres habían vuelto a fabricar sus juegos. Zyl había vuelto a ser una ciudad viva.

Sólo el laberinto, en el norte de la ciudad, continuaba abandonado. Quien entraba en él, se perdía por horas, tropezaba con las raíces, las ramas lo arañaban. Para ser un laberinto se parecía demasiado a un bosque. Para ser bosque, tenía demasiado de laberinto. En sus ramas retorcidas, en la manera en que el viento zumbaba a la noche, había algo que sugería una voluntad empeñada, como si conservara, de tiempos remotos, el plan original de hacer perder a la gente.

## MANO VERDE

**A**l salir una tarde de su casa, Iván se encontró con su amigo Ríos.  
—¿Vos te acordás de que en la escuela hayan mencionado el nombre de Madame Aracné, inventora de laberintos? —le preguntó Iván.

—No, no me acuerdo.

—¿Y que hayan hablado del Club Ariadna?

—Tampoco.

Iván estudiaba desde los 12 en Zyl, pero Ríos había hecho en la ciudad toda la primaria. En las clases se repasaban las vidas de todos los grandes inventores de juegos. Si Ríos nunca había oído hablar de Madame Aracné era porque los maestros preferían mantener ese nombre en secreto.

—Te acompaño a donde vayas —dijo Ríos.

—Voy a la biblioteca.

—Entonces no te acompaño.

Ríos evitaba a la bibliotecaria, la señora Palanti, desde los tiempos en que la máquina podadora de su padre había quedado sin control. La señora Palanti acusaba a su padre, el ingeniero Ríos, por la desaparición de su gato.

Iván siguió solo hasta la Biblioteca, que, como todas las cosas en Zyl, quedaba muy cerca. Era uno de los edificios más antiguos. Constaba de una construcción cuadrangular y de una torre pintada de blanco. La torre era un cilindro rematado con un techo cónico de tejas coloradas y tenía un aire a torre de cuento. El mismo Aab, el fundador de la ciudad, había puesto los primeros estantes en las paredes de la biblioteca. La parte central de la biblioteca era una gran sala, con tres mesas, y unas lámparas de bronce y tulipas verdes que echaban luz directamente sobre las páginas de los libros.

La señora Palanti era bibliotecaria desde hacía poco tiempo antes; había ocupado el puesto cuando la señora Domenech, antigua encargada del lugar, se había ido de la ciudad. Palanti no sentía ninguna afición especial por los libros, así que, cuando alguien preguntaba por un tema en particular, le respondía con una mezcla de escepticismo y desgano:

—¿Laberintos? ¿En serio te interesa ese tema tan limitado, Iván Dragó?

Si en lugar de eso hubiera preguntado por la Historia del Mundo desde el hombre de las cavernas hasta nuestros días, habría dicho más o menos lo mismo:

—¿La historia del mundo? ¿De veras te interesa ese tema tan limitado?

La señora Palanti consideraba que buscar libros en la biblioteca era tan inútil como buscar cosas en los libros.

—Hay tantas cosas por saber, que aprender una sola es como no aprender nada.

La señora Palanti detestaba que la biblioteca quedara desordenada, y eso era lo que pasaba cuando la gente leía libros. Ella pensaba que, si se quería una biblioteca verdaderamente ordenada, la lectura debería prohibirse. Pero de vez en cuando aparecía algún lector decidido a volver a su casa con un libro en las manos.

—Quiero saber algo de los laberintos de Sarima Scott —insistió Iván.

La señora Palanti consultó un fichero.

—A mí me gustaba mucho más mi trabajo anterior, en la calesita. Pero el médico me dijo: basta de trabajo al aire libre. Mucho calor en verano y mucho frío en invierno. Además, estar todo el tiempo en contacto con niños que gritan es insalubre. Si usted me hubiera visto en la calesita, con qué habilidad manejaba la sortija, pasando la pesada pera de madera apenas a milímetros de los cráneos infantiles. Siempre esquivaba esas cabecitas. —Un recuerdo ensombreció a la señora Palanti—. Bueno, casi siempre.

—Cuando vivía en la Capital, vine alguna vez a Zyl a visitar a mi abuelo. Y me acuerdo que me llevaron a la calesita. Usted vendía los boletos y manejaba la sortija. Y nunca pude sacarla.

—No me extraña. No tenés hermanos. Te voy a decir un secreto por si algún día te dedicás al negocio de las calesitas: la clave está en darle la sortija a uno de dos o de tres hermanos. Así gana una vuelta gratis, y el adulto que los acompaña se ve obligado a sacarles un boleto más a los otros. Y, si alguno vuelve a sacar la sortija, todo se repite... Eso multiplica las ganancias.

Iván admiró la capacidad comercial de la señora Palanti, aunque se sintió un poco decepcionado: la sortija, que había sido para él un emblema del azar, como los dados, ahora se revelaba como el instrumento de una calculada estrategia.

—No tuviste suerte con la sortija y ahora tampoco. Scott, Scott... No hay nada.

—¿No es posible que el libro esté en la sala de la torre?

La sala de la torre estaba siempre cerrada. Ahí estaba la biblioteca personal de Aab, los libros más antiguos sobre juegos que existían en la ciudad. Un único estante en espiral recorría la torre de abajo hacia arriba.

Como Iván insistió con la torre, la señora Palanti le dijo:

—Los libros de la torre también están catalogados aquí.

—Tal vez Sarima Scott figure como Madame Aracné.

Con un bufido la señora Palanti se puso a buscar en la A.

—Sí, aquí está. Tenemos un libro, sí —dijo con poco entusiasmo. Ahora iba a tener que llenarse las manos de polvo sacando el libro de quién sabe qué estante. Pero de pronto, la esperanza volvió a la señora Palanti—: No, lamentablemente tiene un sello rojo. Una gran cruz. Eso quiere decir que el libro fue retirado y nadie lo devolvió.

La señora Palanti suspiró con alivio. Siempre era un placer cuando alguien se iba con las manos vacías, sin desordenar nada, sin esas extrañas sortijas que son los libros.

—¿Quién lo retiró?

—El nombre no me suena como de alguien del pueblo... Elio Beltrán. Alguien que estaba de paso, seguramente.

Elio Beltrán. El ayudante que idolatraba a Sarima Scott. ¿Había robado el libro por adoración o para borrar las huellas de Madame Aracné?

Iván le agradeció a la señora Palanti y regresó a su casa.

Era la primera noche fresca en muchos días. El verano, después de días de calor, aceptaba la cercanía del otoño y dejaba que soplara un aire fresco entre los cipreses y tilos que rodeaban la laguna.

Mientras su abuelo terminaba de hacer un pedazo de carne a la parrilla en el jardín del fondo, Iván corrió a un costado las cosas que ocupaban la mesa (pomos de pintura, la paleta de madera sobre la que mezclaba los colores, los tarros de barniz) y cubrió la zona libre con un remendado mantel a cuadros blanco y azul. Luego puso una jarra blanca con forma de pingüino para el vino tinto, una botella de agua, los platos de loza, el pan.

Nicolás trató de hablar de una carrera de bicicletas que se estaba organizando para abril, de cómo habían empezado las clases y de algún otro tema, pero Iván lo interrumpió:

—Asunto Baldani, abuelo.

—¿Para qué querés saber esas historias viejas y aburridas? Hablemos del presente.

—Escondiste una invitación que era para mí y quiero terminar de entender por qué.

Nicolás empezó a cortar la carne.

—Baldani era un estudioso italiano que tenía fama de ser el gran especialista en laberintos del Renacimiento. Aseguraba haber memorizado la forma de mil doscientos laberintos, de manera que podía salir de cualquiera en la mitad del tiempo que le llevaría a un jugador entrenado. Para probar su familiaridad con el tema, aspiraba el humo de su pipa de cristal y dibujaba en el aire un laberinto.

—¿Un laberinto de humo? Eso es imposible —dijo Iván.

—Eso es lo que oí decir.

—Imposible.

—¿Para que pedís que te cuente una historia si no estás dispuesto a creer? La cosa es que, apenas Baldani llegó a la ciudad, anunció que iba a desafiar a Madame Aracné. Le sacaron fotos en los periódicos. Al italiano le encantaba salir en diarios y

revistas con su bigote atusado. Y luego no se supo más de él... hasta un año después.

Nicolás Dragó hizo un largo silencio, hasta que Iván le pidió que continuara.

—Lo encontraron en una casa en medio del campo, gritando como loco mientras dibujaba diagramas en las paredes. Decía que estaba encerrado en un terrible laberinto que su enemiga había construido para él. El médico que lo atendía le explicó que estaba en medio de la llanura, que solo había algunos árboles a lo lejos, ninguna pared, pero él no quiso saber nada. «¿No ve las paredes, doctor? ¿No ve estos muros que me asfixian?». Y, cuando trataron de sacarlo de allí para llevarlo a un hospital psiquiátrico, sufrió un ataque al corazón, que lo mató. La policía buscó a Sarima Scott en el Club Ariadna, en el centro de la Capital. El lugar estaba vacío, clausurado. El Club Ariadna se había mudado al extranjero, y las huellas de Madame Aracné se perdieron. Oí decir que Sarima Scott nunca salió de la ciudad, que siguió viviendo en una gran casa bajo un nombre falso, pero nadie la encontró. A Baldani le encantaba salir en los diarios, pero a Madame Aracné no. A ella siempre le gustó el secreto.

Nicolás Dragó abrió la ventana. Se había puesto nervioso al recordar a Sarima Scott, y necesitaba aire. Iván le sirvió un vaso de agua.

—Agua no, necesito vino para hablar de esto. —El abuelo tiró el agua por la ventana y se sirvió del pingüino—. El caso Baldani marcó el final de la moda de los laberintos. Los millonarios ya no quisieron tener nada que ver con eso. Las ligustrinas que habían poblado los jardines geométricos se desmadraron, y al final les llegaron las tijeras podadoras y la hoz.

Se sirvió más carne y ensalada, y dijo con la boca llena:

—Y ahora, después de tanto tiempo, llega esta invitación. Todo lo que hay detrás del Club Ariadna es locura y terror. ¿Ves por qué te escondo la carta?

—Pero todo eso pasó hace mucho tiempo. A lo mejor las cosas cambiaron. A lo mejor los socios del club hacen laberintos de verdad, con una entrada y una salida.

—A lo mejor. Ni siquiera sé si este Club Ariadna tiene que ver con aquel, pero no quiero que sea mi único nieto el encargado de comprobar las semejanzas.

Iván no tenía intención de aceptar la invitación del Club Ariadna, pero sentía un poco de orgullo por haberla recibido. Si lo invitaban sólo a él, era porque lo consideraban especial, porque sabían que tenía habilidades con las que los demás no contaban. Era un modo de compensar la sensación de ser siempre el nuevo. Ríos y Lagos se la pasaban hablando de las cosas que habían hecho antes de que él llegara a la ciudad. La vez que el bote se hundió y llegaron nadando a la costa, en medio de una tormenta. La vez que los persiguieron las abejas. La vez que cruzaron solos el cementerio, de noche. La vez que...

—¿Te acordás, Lagos, de la vez que vimos el caballo muerto? —preguntó Ríos.

—Era un caballo negro. Estaba cubierto de escarcha.

Estaban los tres en la orilla de la laguna, tirando piedras al agua. Ríos e Iván eran más o menos de la misma altura, pero Ríos era más esmirriado, mientras que Iván era ligeramente más ancho de espaldas. Lagos, en cambio, era media cabeza más alto, rubio y corpulento. Ríos se llamaba Martín Ríos, pero lo llamaban Ríos a secas. De más chico acostumbraba a ir a todos lados con un parche en un ojo, pero ya no lo usaba. Lagos se llamaba Sebastián Lagos, pero también a él lo llamaban por el apellido. Cuando estaban juntos, la gente se refería a ellos como los acuáticos.

—¿Pueden recordar algo más reciente? —propuso Iván.

—Todas las cosas importantes pasaron hace mucho tiempo —dijo Ríos.

—Claro, desde que estoy yo nunca pasa nada.

Lagos se encogió de hombros.

Dejaron las piedras y caminaron hasta la plaza, donde había grandes piezas de ajedrez. Lagos levantó un caballo blanco que estaba caído. Pasaron por la zona de rayuelas, pintadas de brillantes colores. Les hubiera gustado subirse a las hamacas o a los toboganes, pero los ignoraron. Ya eran grandes.

—Algo más reciente... —dijo Lagos—. Ya sé: Hoy vi a un jardinero trabajando en el laberinto.

—Eso no es tan interesante como el caballo muerto —se quejó Ríos.

—A mí me interesa —dijo Iván. No le interesaba en lo más mínimo, pero era mejor que hablaran de eso que de los «viejos tiempos acuáticos».

—Seguro que es otro fracaso total —dijo Ríos.

—Parecía que se las arreglaba bastante bien. No como cuando tu padre inventó la máquina podadora del laberinto...

Ríos miró a Lagos con furia. Iván secretamente se alegró de que sus amigos se pelearan, aunque fuera por un segundo.

La máquina podadora del laberinto, inventada por el ingeniero Ríos, no había dejado marcas notables en el laberinto, excepto algunas ramas rotas y unas hojas caídas. En cambio había dejado en Zyl abundantes señales de su paso. Porque el señor Ríos se había caído de la cabina y la máquina había quedado fuera de control. Escapó del laberinto para atravesar Zyl, poniendo en peligro todo lo que encontraba en su camino. Había destruido un cantero, había acabado con las rosas de la plaza, había partido una fuente y había terminado por hundirse en la laguna. En algún momento de esa sucesión de catástrofes la señora Palanti perdió a su gato.

—Pero la máquina de papá no tuvo nada que ver con la desaparición del gato —dijo Ríos, anticipándose a cualquier posible comentario—. Los gatos siempre se van por ahí.

—Pero vuelven —dijo Lagos.

Los tres amigos eran aficionados a las novedades, por sencillas que estas fueran,

así que caminaron hasta el laberinto para ver quién era el nuevo jardinero. En la entrada del laberinto estaba estacionado un pequeño camión de color verde. En letras azules decía:

MANO VERDE. SERVICIOS INTEGRALES DE JARDINERÍA.

El jardinero no estaba a la vista, pero se lo oía serruchar y también silbar.

Siguieron desde afuera los pasos del jardinero. No le veían la cara porque la tapaba la pared de plantas, pero el rastrillo y las grandes tijeras de podar se levantaban como túteres frenéticos por encima de la cerca. Cuando salió del laberinto vieron que era un hombre alto y de grandes bigotes. Tenía el sombrero inclinado hacia delante, y unos anteojos negros, de manera que era difícil adivinarle la edad. Llevaba en las manos unos guantes de cuero sucios de tierra. Vestía un traje verde cuya tela simulaba un tejido de hojas, algunas más verdes, otras más claras. La corbata amarilla estaba hecha de pétalos de girasol.

El jardinero se quedó inmóvil al descubrir a los tres amigos.

—¿Espiondo? ¿Quieren robarme mis secretos?

—No, señor.

—Mejor así —dijo el jardinero, mientras cerraba y abría sus tijeras gigantes—. Porque la jardinería tiene sus secretos. Hay que saber cuándo cortar, dónde cortar. ¡Hay que saber diferenciar dedos de niños de tallos de plantas! Eso es algo que yo no aprendí del todo.

Los chicos retrocedieron un paso, asustados. Pero afortunadamente una vecina apareció de pronto. Ríos y Lagos la conocían, pero Iván no. Era la señora Máspero, maestra jubilada y viuda del jefe de estación. Tenía la cara redonda, las mejillas encendidas, y nunca salía a la calle sin maquillar. De joven había sido una maestra bastante severa, pero los años la habían suavizado. Ella tenía un jardín que cuidaba mucho. Salvo hacer las compras y encargarse de sus plantas, no tenía otra ocupación.

—¡Señor jardinero! Soy la vecina de la casa de al lado.

—Claro. La dueña de esas... plantas, por llamarlas de alguna manera. ¿Por qué no saca todo y pone unas flores de plástico? Se nota que usted no tiene mano verde.

—¿Mano verde?

—Es una manera de decir, mi querida señora. Los jardineros llamamos «mano verde» a aquellos que tienen una singular habilidad con las plantas.

—Una forma de decir.

—Algunos vamos más allá de la metáfora.

Se sacó el guante de la mano derecha y mostró que tenía una mano verde de verdad. Las uñas, blancas y afiladas, resaltaban como piezas de nácar contra el verde de la piel, como la garra de un lagarto.

La señora Máspero se quedó muy impresionada. El jardinero volvió a ponerse el guante.

—¿No podría venderme alguna semillita para mi jardín? —preguntó la mujer.

Mano Verde no dijo nada, pero fue hasta la parte de atrás de su camión y abrió la puerta. Iván, Ríos y Lagos se asomaron a ver qué había adentro. El interior del camioncito tenía estantes, y en cada estante había frascos de vidrio con semillas. Había semillas de todas clases y tamaños: algunas grandes como carozos de palta, otras pequeñas como las de la uva. Semillas negras y blancas, rojas, azules y amarillas. El jardinero fue tomando un poco de cada frasco y al final puso un puñado en la mano de la señora Máspero.

—¿Le puedo preguntar qué plantas son? —preguntó ella.

—No quiero aburrirla con nombres en latín. ¿Es usted profesora de latín?

—No, soy maestra de cuatro grado, jubilada.

—Entonces olvídense de esos nombres complicados que no le dirán nada.

—¿Y no tienen un nombre vulgar?

—Debemos rechazar siempre todo lo vulgar. Yo escucho la palabra jazmín y me deprimó. En cambio la expresión *Jasminum officinale* es una música en mis oídos. Y hablando de cosas vulgares... Ustedes tres, ¿qué miran? ¿Acaso necesitan semillas para una germinación?

—¡Germinaciones! —dijo Ríos—. Me había olvidado.

—Yo también —dijo Iván.

—Yo siempre me olvido de todo. Esperaba que ustedes dos me hicieran acordar —reprochó Lagos. De los tres, era el que sacaba siempre peores notas.

La educación de Zyl no tenía nada que ver con la del resto de las escuelas, pero solo en una cosa se parecía: también a sus alumnos se les pedían germinaciones. La que pedía las germinaciones era la profesora Daimino, de la materia Botánica Lúdica. Era una profesora bajita, de lentes, que tenía la misión de recordarles qué lugar importante ocupan las plantas en los juegos: así les explicaba por qué había tréboles en las cartas francesas, bastos en los naipes españoles, por qué el Juego de la oca abundaba en escenas campestres.

«Además, recuerden que en todo juego el bosque es el lugar de los peligros», decía la profesora.

Daimino había pedido las germinaciones hacía ya una semana, y tenían que entregarlas el lunes, pero se habían olvidado por completo. Se podía estudiar la madrugada antes de un examen, pero no se podía hacer crecer una planta de porotos a último minuto.

El jardinero no les dio tiempo a pensar y les llenó los bolsillos de semillas. Después abrió un frasco donde había una sola semilla y se la dio a Iván.

Mano Verde le susurró al oído:

—Que no se mezcle con las demás. Esta es especial.

Iván se quedó confundido. ¿El jardinero lo conocía? ¿Sabía algo de su historia? Ríos y Lagos, que no habían oído nada, le agradecieron. Mano Verde les sonrió con una sonrisa tan falsa que daba la impresión de que estaba pegada a su cara como una calcomanía.

—Plántenlas como saben hacerlo. El frasco de vidrio, el algodón, el papel secante. Y agua, sin exagerar.

—Pero... —empezó Lagos.

—No hagan preguntas. Para hacer una germinación no hace falta ser Einstein.

—Pero estamos en sábado. Y para el lunes no habrán germinado —dijo Ríos.

—Y nos van a poner un cero —exageró Lagos. En realidad en el colegio de Zyl nunca le ponían un cero a nadie.

—Si hacen todo con cuidado, mañana mismo tendrán un pequeño brote.

El jardinero empezó a guardar sus herramientas en el camioncito.

—¿Ya se va? —quiso saber la señora Máspero.

—Me voy a la plaza del pueblo, a vender mis semillas. Quiero que Zyl sea no solo famosa por sus juegos, sino también por sus jardines.

La señora Máspero lo detuvo para una última pregunta:

—¿Cree que hago bien en hablarles a mis plantas?

Mano Verde subió a su camión y le dijo desde la ventanilla:

—Depende de lo que les diga. No las canse con lugares comunes y nunca use un lenguaje inadecuado. He visto rosas blancas volverse rojas al oír una mala palabra.

—¡Pero yo nunca digo malas palabras! —se defendió la señora Máspero.

Pero el jardinero ya se iba rumbo al centro de Zyl.

## LA TORMENTA

**T**al como había anunciado, el jardinero se instaló con su camioncito en la plaza central de Zyl y comenzó a vender sus semillas. Los vecinos se acercaban atraídos por la curiosidad y le pedían una cosa u otra, pero Mano Verde no hacía caso a sus pedidos.

—Soy yo el que entiende de estas cosas.

Y les entregaba bolsitas de papel madera llenas de semillas de todas clases.

Reinaldo Zenia, director de la escuela, se llevó tres bolsas de semillas para alegrar un poco las lastimosas macetas de la terraza del colegio. El señor Blanco, fabricante de juegos de ajedrez, quería decorar el frente de su negocio para despertar la envidia de su competidor, el señor Negro. A este no le interesaban las plantas, pero no iba a permitir que Blanco lo superara en ese asunto, así que también se convirtió en cliente de Mano Verde. Fabiana Daimino, profesora de Botánica Lúdica, pensó que era una buena ocasión para mostrarles nuevas semillas a sus alumnos y quiso obtener un ejemplar de cada especie. El director del museo, Zelmar Canobbio, se entusiasmó con la idea de arreglar un poco el jardín de entrada para tentar a nuevos visitantes...

La madre de Ríos, que se dedicaba por las mañanas al cuidado de sus árboles bonsái, le pidió al jardinero unas semillas apropiadas. El jardinero le dio una bolsita muy pequeña.

—¿Está seguro de que sirven para bonsái estas semillas?

—Sus bonsáis serán tan minúsculos que no los podrá ver sin instrumental adecuado.

Y le regaló una lupa.

Pero ni Ríos ni Lagos ni Iván habían ido a la plaza a ver cómo el jardinero vendía sus semillas. Se habían refugiado en la casa de Iván para hacer la germinación. Buscaron frascos vacíos, secante y algodón y pusieron las semillas contra el vidrio. Iván lavó un frasco de mermelada de higo y puso a germinar su semilla especial. Era una semilla del tamaño de una almendra, de color blanco y con unas líneas finitas azules.

—Ahora, a esperar —dijo Ríos.

—A esperar el cero —se lamentó Lagos.

—Nunca te pusieron un cero.

—Un tres, un cinco, es lo mismo. Siempre termino llevándome las materias a examen.

Y se fueron a sus casas con sus frascos.

El domingo por la mañana, apenas se levantó, Iván fue a ver cómo marchaba su germinación. Había dejado el frasco cerca de la ventana de la cocina, para que le llegara la luz de la calle. Ya había crecido un tallo, delgado, enroscado y de un verde casi azul. Y el tallo parecía formar la palabra:

*Ivan*

No podía ser. ¿Estaba todavía dormido?

Volvió a mirar la planta. La palabra estaba clarísima. Sólo le faltaba el acento (pero a las plantas se les toleran errores de ortografía).

Cuando su abuelo vio la germinación, empezó a dar golpecitos con el puño cerrado contra la mesa, como hacía cuando algo lo preocupaba.

—Es la mejor planta que vi en mi vida —dijo Iván—. Si puede escribir esto, puede escribir cualquier cosa. ¿No es extraordinario?

Pero su abuelo no parecía convencido.

—No laves esta planta a la escuela.

—¿Por qué no? A la maestra le encantará.

—Llevá las otras, también están creciendo.

Mostraban unos tallos incipientes, pero no palabras.

—Pero esta es la mejor germinación que nadie ha hecho nunca...

—La mejor... o la peor. Primero averigüemos qué es. Me preocupa ese jardinero.

—¿Por qué?

—Ha llenado la ciudad de semillas. Todos están enloquecidos plantando quién sabe qué.

Iván pensó que su abuelo era un aguafiestas, que se amargaba cuando todos se divertían, que le tenía miedo a lo nuevo.

El lunes Iván llevó a la escuela el frasco con la otra semilla. La planta había crecido en una sola noche, pero fuera de ese apuro parecía un brote normal. En la primera hora tuvieron clases de la materia llamada Dados y perinolas. Lagos, torpe para las manualidades, armó un dado que caía siempre en tres, así que el profesor le dijo:

—Voy a hacerle caso al dado.

Y le puso un tres.

El alumno Yamamoto, descendiente de japoneses, había construido un dado con todos los lados en blanco y trataba de defender su idea ante el profesor:

—Estoy contra toda forma de competencia. Los jugadores aprenderán así que no es importante ganar.

—¿Pero no se van a aburrir?

—El aburrimiento nace del deseo de ganar. Sin ganas de triunfar, no hay aburrimiento. Los jugadores podrán ver el dado en sí mismo, no los números inscriptos en los lados, que no tienen importancia.

No hubo manera de convencerlo. El profesor prefirió no ponerle nota. Así ocurría siempre con Yamamoto: desconcertaba tanto a los profesores que todos los bimestres llevaba a su casa el boletín en blanco.

También las plantas de Ríos y de Lagos habían crecido. Cuando llegó el turno de Botánica Lúdica, hasta Lagos se sacó una buena nota.

La profesora Daimino estaba radiante y cuando se movía de banco en banco, para ver los tallos y las hojas, parecía que bailaba:

—Qué idea tan original que tuve y qué buenos resultados que dio. No solo les enseñé a jugar con plantas; también aprenden el arte de la paciencia.

Y Lagos pudo mostrarle a su madre el diez que la profesora había escrito en su carpeta. Su madre se puso los lentes para estar segura del milagro.

—Mano Verde podrá ser antipático, pero nos salvó —dijo Lagos al día siguiente, apenas se había ido el profesor de la materia Juegos de guerra.

Iván no estaba del todo de acuerdo:

—A mi abuelo no le gusta. Cree que hay alguna trampa en lo que hace.

—¿Trampa contra quién?

—No sé. Contra Zyl.

—¿Quién le va a querer hacer daño a esta ciudad? Nadie se acuerda de que existe —dijo Ríos—. Además, no hay nada más inofensivo que las plantas.

—Pero estas no son plantas comunes. —Iván no quería decirlo, pero al final habló —: Una escribió mi nombre.

Ríos se rio.

—¿Tu nombre? Para hechos increíbles, ya tenemos suficiente con que este haya sacado un diez.

—Una escribió mi nombre en el vidrio de la cocina.

—Ver para creer —dijo Ríos. Y arreglaron para ir a la casa de Iván a la salida de la escuela.

Cuando llegaron, su abuelo no estaba. Iván les señaló, en la mesada de la cocina, junto a la ventana, el frasco.

—Ven que dice bien clarito *Iván*...

Pero ahora no decía solo Iván. Como una diminuta enredadera, la planta se había extendido por el vidrio hasta formar las palabras:

*Iván a menos que aceptes la invitación...*

Esto no convenció a Ríos:

—Excelente truco. ¿Cómo se hace? ¿Con pegamento transparente?

—Acercate a mirar. Vas a ver que no hay truco.

Ríos miró de cerca el trazo que la planta había hecho sobre el cristal. Después miró Lagos. Cada uno esperaba que el otro diera el veredicto primero.

—No hay truco —aceptó Ríos.

—¿De qué invitación habla? —quiso saber Lagos.

Iván les contó de la invitación que había recibido para participar en el laberinto del Club Ariadna.

—Esto parece una amenaza más que una invitación —dijo Lagos.

Iván había pensado lo mismo. Pero no se animaba del todo a creerlo, y dijo:

—Hay que esperar que siga creciendo. Tal vez quiera decir una cosa distinta.

—A menos que aceptes la invitación... te mataremos. Algo así va a terminar por decir esa plantita. Mejor la arrancamos...

—¡No! —gritó Iván, al ver que Lagos se acercaba peligrosamente a la planta—. Quiero leer todo el mensaje. Además le voy a preguntar a ese jardinero...

—Ayer se fue —dijo Ríos—. Lo vi cuando se iba con su camión, lentamente, mientras tiraba semillas por la ventanilla. Todo el pueblo había salido a saludarlo.

—Entonces tenemos que saber cómo llegó hasta aquí.

—Yo lo sé —dijo Lagos.

—¿Sí?

—Mamá me dijo que Canobbio lo había contratado. En realidad lo que dijo fue: «Por fin ese viejo inútil hace una cosa buena».

—Le voy a preguntar cómo lo conoció.

—Vamos los tres —dijo Ríos.

Se fueron a comer cada uno a su casa, y a las cinco de la tarde se reunieron en la puerta del museo. El señor Canobbio estaba muy contento de verlos.

—¡Tres visitantes! ¡Es extraordinario! Este mes batimos el récord histórico. Anoten sus nombres en el registro.

Iván fue el primero. Al abrir el gran cuaderno azul, vio que también había escrito su nombre el director.

—Pero acá se anotó usted mismo.

—Es que a veces entro en el museo sólo por curiosidad. Dejo de lado mis graves responsabilidades y miro todo como si fuera un visitante común.

Bajo el techo de cristal estaba el gran rompecabezas de Zyl, que había hecho el bisabuelo de Iván. El juego representaba a toda la ciudad, incluyendo, en el norte, el laberinto. La luz blanca que llegaba desde las espesas nubes hacía brillar las piezas. Iván miró distraídamente el tatuaje que llevaba en la palma de la mano derecha y que representaba una de aquellas piezas: la que correspondía a la casa de Morodian. Él mismo había devuelto aquella pieza a su sitio.

—Venimos a preguntar por el jardinero —dijo Ríos.

—¿Gaspar? A esta hora ya debe estar en el bar. Siempre, después de la siesta, se toma una grapa.

—Buscamos al último, a Mano Verde.

—El del camioncito. También a mí me gustaría encontrarlo. Dejó el laberinto a medio terminar y se marchó.

—¿Cómo lo conoció? —preguntó Lagos.

—Se presentó acá hace un par de días. Dijo que se podía ocupar gratis del laberinto. Que lo que le importaba era vender semillas. Así que lo dejé hacer. No es que yo tenga jurisdicción sobre el laberinto, pero me siento un poco responsable. El museo, el laberinto y la biblioteca son tres de las cosas más antiguas de Zyl. Además, «gratis» es una de esas palabras que son pura poesía, aunque sea difícil encontrarle una rima.

—¿Y así nomás lo contrató?

—Bueno, no firmamos nada. Total, ¿podía pasar algo peor que lo que pasó con la máqui...?

Iba a decir «la máquina podadora de Ríos», pero se arrepintió al ver que el hijo del inventor lo miraba fijo.

—Además Mano Verde me dijo que era amigo de Nicolás Dragó. Esa es para mí suficiente carta de presentación.

—Mi abuelo no lo conoce.

—¿Estás seguro, Iván?

—Segurísimo.

—Entonces lo debe haber dicho para darse aires. Pero no importa, regaló semillas a todo el mundo. Es una gran cosa ver a todos practicando la jardinería.

Una formación de nubes oscuras ensombreció el gran rompecabezas.

—¿Y si las semillas fueran peligrosas? —preguntó Iván.

—¿Cómo puede ser peligrosa una semilla, a menos que te entre en el ojo? Con esta sequía, no creo que corramos mucho riesgo, ni aunque hayamos plantado las habas maravillosas del cuento.

Pero justo en ese momento empezaron a caer las primeras gotas. Primero fueron unos gotones aislados, que estallaron contra el techo de vidrio. Parecían una fuerza de exploración que estudiaba el terreno antes de que el resto de la lluvia llegara. Ríos, Lagos e Iván, que hacía tiempo que no veían llover, salieron a la calle, y se quedaron quietos. De pronto se olvidaron de Mano Verde, de las misteriosas germinaciones, de su investigación. Lagos dijo: «El que llega hasta el árbol de la esquina gana», y empezó a correr antes de terminar la frase, sacándoles ventaja a los otros. Así siguieron en carreras y trampas sucesivas, riéndose y empujándose bajo la lluvia, tratando de pisar todos los charcos que aparecían en el camino.

Llovió todo el resto del día. El cielo estaba negro, los truenos sacudían los cristales de las casas, los rayos dibujaban sus zigzags en el cielo violeta. Los perros, meteorólogos aficionados, merodeaban inquietos, ladraban entre signos de interrogación.

El segundo día de tormenta el viento se hizo más fuerte, arrancó las ramas flojas y también la Z de Zyl del cartel de la estación. A pocos kilómetros de la ciudad tiró tres postes de teléfono y Zyl se quedó incomunicada.

El agua buscó y encontró todas las semillas dejadas por Mano Verde. Las semillas plantadas en macetas y en jardines. Las que habían quedado en los bolsillos. Las que se habían caído entre las tablas del piso. Las que estaban entre los adoquines de las calles. Las que se escondían entre las páginas de los libros de la biblioteca (los chicos habían aprovechado una salida de la bibliotecaria, la señora Palanti, para tirarse semillas, y muchas habían ido a parar al interior de los libros). Todas las plantas comenzaron a germinar.

El segundo día de la tormenta, cuando Nicolás Dragó se despertó y fue a la cocina, vio el mensaje escrito en el vidrio por la planta. Puso el agua para hacer un té. Miró largo rato el mensaje hasta que tomó una decisión: despegó la planta del vidrio, arrancó el tallo y destrozó las letras vegetales. No quería que Iván leyera el mensaje ahora que había llegado a las catorce palabras y parecía completo.

La señora Máspero había estado hablándoles a sus plantas hasta que empezó la tormenta. Les había contado del casamiento de su sobrina con el hijo de la modista. El muchacho no le gustaba, porque fumaba mucho. Pero el asunto tenía su aspecto positivo. «Al menos la chica se ahorra el traje de novia». Las plantas parecían cansadas de escucharla. Una rosa había perdido tres pétalos y en cuanto a las margaritas... bueno, todo el mundo sabe que no prestan atención, siempre están con esas dudas, si me quiere, no me quiere...

Cuando empezó la tormenta se metió en la cama. Desde chica les había tenido miedo a los truenos. Temía que la bóveda celeste se partiera y un pedazo de cielo — que imaginaba como un pedazo de porcelana rota— cayese sobre ella. Se quedó dormida.

Al despertar creyó que el sueño continuaba, porque las ventanas se habían llenado de filamentos verdes que parecían los tentáculos de un pulpo. El jardín estaba distinto. Tallos nuevos y feroces habían enlazado sus viejos rosales, echándolos al piso, ahogándolos. Las margaritas yacían moribundas, sin ganas de más preguntas.

Trató de abrir la puerta, pero una raíz había pasado por debajo y la trababa. Recordó apenada una vieja copla:

*En la puerta de mi casa*

*planté un árbol.*

*Y ahora, ¿cómo salgo?*

Estaba prisionera de su propio jardín.

«Caramba», pensó la señora Máspero. «Creo que esta vez les hablé demasiado».

## EL MENSAJE COMPLETO

**E**l día que terminó la tormenta, Iván se levantó a las siete para ir a la escuela. Su abuelo siempre lo esperaba en la cocina y desayunaba con él, pero ese día no estaba. Acababa de irse: de la tetera todavía subía un hilo de vapor. A lo mejor había ido al almacén de ramos generales a ver si le habían conseguido nuevas pinturas para sus rompecabezas.

Iván descubrió que la planta no estaba.

¿Qué podía decir el mensaje para que su abuelo hubiera tomado la decisión de arrancar la planta, prodigiosa como era? Su primer impulso fue ir a buscarlo, pero cambió de idea. Le costaría mucho sacarle a su abuelo una palabra.

Iván había observado que a veces, al escribir algo en un block, por más que se arranque la página escrita, la fuerza del lápiz deja sus huellas en la hoja de abajo y permite así que uno lea el mensaje. Con la planta había ocurrido algo parecido. El vapor del agua para el té que su abuelo se había preparado no había desaparecido del todo. El vidrio estaba todavía empañado, excepto en aquellos lugares donde la planta había extendido su mensaje. Su abuelo había arrancado el tallo, pero la delicada escritura continuaba en la página del cristal. Iván se apuró a leerla, antes de que el trazo desapareciera por completo. Decía:

*Ivan a menos que aceptes la invitación Zyl se convertirá en laberinto para siempre.*

Puso a calentar la leche en un jarro enlozado y se preparó una taza de chocolate. Después se guardó unas galletitas en el bolsillo, para el recreo de las diez, cuando siempre le daba hambre. Muchas ideas se arremolinaban en su cabeza, pero la mañana temprano no es buen momento para pensar.

Mientras iba para el colegio empezó a ver cómo Zyl había cambiado. En la plaza las malezas cubrían los juegos. Los caballos y unicornios de la calesita apenas asomaban por sobre el follaje. En los jardines, los vecinos luchaban con las plantas. Algunos usaban machetes y otros, cuchillos de cocina. El camión que se encargaba de llevar las cajas con yoyós a la Capital estaba con el capot abierto, y el encargado del transporte miraba perplejo el motor ahora cubierto por una red de tallos negros. De la boca de los dos buzones de correo que existían en Zyl colgaban unas plantas espinosas que habían perforado todas las cartas.

Iván encontró a Ríos en el camino. Su amigo le señaló las plantas que los rodeaban.

—Obra de nuestro amigo Mano Verde.

—Todo esto pasa por mi culpa. Si yo voy a ese concurso, esto acabará.

—¿Cómo sabés?

Iván le contó que había leído el mensaje completo.

—Son unas pocas plantas —dijo Ríos—. No le hacen mal a nadie. A la gente le viene bien hacer algo distinto. Es como un día feriado.

—No le veo nada de feriado. Todos están trabajando desde el amanecer.

—Pero cambia la rutina. La gente hace algo nuevo. En algunas ciudades nieva. Nosotros no tenemos nieve, no tenemos nada que nos saque de la rutina, excepto estas plantas salvajes.

—Estas plantas que van a destruir todo.

—Nada que no se pueda solucionar con un par de tijeras de podar.

Cuando pasaron por el almacén de ramos generales 111 Griego, uno de los negocios más antiguos de Zyl, vieron en la puerta, escrito en una pizarra:

*No hay más tijeras de podar. NO INSISTA.*

A los chicos de Zyl, como a los chicos de cualquier otro lado del mundo, les encantaba la alteración de la rutina, por cualquier motivo que fuese. Así que recibieron la invasión de las plantas como una fiesta. Cuando se reunieron en el patio, el director aplaudió tres veces para hacer silencio y explicó:

—Hoy no va a ser un día común.

Eso era algo bastante evidente, ya que mientras hablaba el director trataba de apartar una especie de liana que colgaba de una ventana del primer piso y que insistía en enroscarse alrededor de su cuello.

—Nos vamos a organizar en grupos. Cada equipo estará a cargo de un profesor. El que no haya traído tijera que arranque las malezas con las manos.

Los profesores organizaron grupos de diez o doce chicos de diferentes edades. Cada equipo se dedicó a un área distinta. Había que despejar el patio, el comedor, la terraza, y, lo más difícil, las malezas que ya crecían entre las tablas oscuras del piso.

A Iván, Ríos y Lagos, junto a sus otros compañeros de primer año, les tocó estar a las órdenes del profesor Alberti, de la materia Juegos de guerra, tan entusiasmado que parecía un general de un ejército. En las clases se concentraba tanto en mover soldaditos por planicies y montañas de papel maché que a menudo se olvidaba de sus alumnos:

«Yo me siento muy identificado con Napoleón Bonaparte», decía «Somos del mismo signo».

Ahora por fin se presentaba algo parecido a una batalla de verdad. Arreaba a los alumnos:

—Vamos, mis soldados. Defiendan esas baldosas. Saquen al enemigo de sus

guaridas. Uno detectar, dos apresar, tres arrancar.

Durante un rato fue divertido, pero después empezaron a sentir cansancio y hambre. A las diez, con las manos sucias de tierra, comieron las galletitas y los sándwiches de la merienda. Cuando ocurre un hecho extraordinario, nadie se acuerda de lavarse las manos.

Al mediodía la tarea estaba casi concluida. La profesora Tremanti, una de las más antiguas y queridas del colegio, hizo un gran trabajo con el patio, en cuyas paredes las plantas trataban de levantar las baldosas rojas del piso. Especialista en mensajes secretos, miraba preocupada el avance de las plantas.

«Todo esto parece un mensaje secreto enviado por alguien», decía a quien quisiera escucharla.

El mismo director, Reinaldo Zenia, se dedicó a limpiar la terraza. A la que no se veía por ninguna parte era a la profesora de Botánica Lúdica.

—¿Y la profesora Daimino? —preguntó Iván al director.

—Está muy deprimida, la pobre. Se echa la culpa de todo. Cree que fueron sus germinaciones las que empezaron esto.

—¡Eso es ridículo!

—Hágaselo entender a ella. Yo no pude.

A la tarde en toda la escuela solamente quedaban algunos pocos manojos de plantas. El director los reunió a todos (a los de primaria y a los de la secundaria, que eran muy pocos) en el patio y dijo que la operación desmalezamiento había sido un éxito. Todos aplaudieron.

Ese día a las siete de la tarde, a la caída del sol, todos los habitantes de Zyl estaban agotados y sucios de tierra de la cabeza a los pies. Los vecinos habían logrado que la calesita, que había amanecido con el suelo perforado por gruesas raíces, volviera a funcionar. Con todas las luces encendidas, la calesita continuaría girando toda la noche. La plaza estaba intransitable, y las plantas cubrían por completo los juegos, pero los miembros de la Asociación Amigos de la Plaza aseguraron que al día siguiente se encargarían de despejar el tobogán y las hamacas.

Zelmar Canobbio había luchado con unas viejas tijeras de podar y una pala contra las enredaderas que querían entrar en el museo y desarmar el rompecabezas que representaba el plano de la ciudad. Terminado el trabajo, había caído dormido en uno de los sillones de la entrada. Allí siguió hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

El señor Negro aseguraba a los gritos que las plantas que cubrían el frente de su negocio habían sido enviadas por el señor Blanco. Patricio Ocanto, el dueño de la fábrica de Juegos de la Oca, tuvo que ir a convencerlo de que a todos les pasaba lo mismo. Pero a pesar de las peleas y los inconvenientes todos sintieron que habían

triunfado sobre una invasión de la que no quedaban más que las últimas malezas. Todos se bañaron, comieron algo y se fueron a dormir. Estaban tan agotados que nadie escuchó los despertadores ni los gallos (había tres gallos en Zyl, uno de ellos atrasaba media hora el anuncio del amanecer). Las madres no despertaron a sus hijos. Nicolás Dragó no despertó a su nieto. La parroquia del pueblo no hizo sonar las campanas, porque el sacristán se quedó dormido. Si hubieran tenido un sueño más liviano, habrían escuchado el ruido de las plantas al crecer. Era como un susurro, como un mueble que cruje de puro viejo, como el deslizarse de una serpiente.

Despertaron casi al mediodía, en medio de una selva.

## EL UNIFORME DE GORZ

Cuando Ríos y Lagos fueron a buscar a Iván, este salió con la mochila que llevaba al colegio todos los días. Era una mochila fuerte, de lona verde.

—Hoy no hay escuela —dijo Ríos—. Es feriado.

—¿Por las plantas?

—Por las plantas... y el fin del mundo.

—Si estas plantas hacen que no vayamos a la escuela, no pueden ser tan malas —dijo Lagos.

—Esta mochila no es para la escuela —dijo enigmáticamente Iván—. Vengan conmigo.

Decidido, empezó a caminar rumbo a la estación.

—¿Adonde vas? —preguntó Lagos—. ¿Al laberinto?

—A otro laberinto. Me voy a la ciudad.

—¿Y qué dice tu abuelo?

—No sabe nada.

Ríos y Lagos eran muy audaces, pero irse de Zyl sin permiso superaba todas sus hazañas.

—¿Estás seguro? —preguntó Ríos—. ¿No es mejor que tu abuelo vaya con vos?

—Mi abuelo nunca me dejaría ir. Vamos, si quieren acompañarme hasta la estación, apúrense.

Los amigos intentaron pasos más veloces. No era fácil: tropezaban con las raíces y las ramas les arañaban la cara.

—¿Por qué tanto apuro? —dijo Lagos, al que no le gustaba apurarse y menos con obstáculos—. Hay un tren ahora y otro en un rato.

Pero Iván no compartía esa idea:

—Este tren será el último por mucho tiempo. Miren las vías.

Entre los durmientes crecían plantas oscuras que trepaban hasta el andén. El piso estaba alfombrado de hojas. Una enredadera se trenzaba y destrenzaba alrededor del cartel de Zyl (al que le faltaba la Z) como si quisiera reemplazar con hojas la letra ausente.

El andén estaba desierto, pero al ver a los amigos, el señor Gorz salió de su oficina. Gorz era el jefe de la estación desde hacía cinco años, cuando murió el marido de la señora Máspero. Aunque era joven, estaba educado a la vieja usanza, y era famoso por conservar su uniforme impecable. Sus zapatos de charol lucían siempre recién lustrados. Jamás había aparecido en la estación sin afeitarse o sin peinarse. Los trenes se retrasaban, los viajes se cancelaban, los vagones lucían destartados,

pero él se esforzaba en conservar en buen estado su uniforme, como si su aspecto pudiera poner un poco de orden en un sistema de transportes que empeoraba día a día. Pero hoy no tenía el mismo aspecto de siempre...

—¿Qué le pasó, señor Gorz? —preguntó Iván—. ¿Se siente bien?

El señor Gorz se pasó la mano por la cara sin afeitarse.

—No pude afeitarme. ¡Es que una planta negra me tapó el espejo!

—Y su uniforme... —dijo Ríos.

Gorz miró desconsolado su ropa. Había desgarrones aquí y allá. Conservaba solo uno de los botones dorados.

—Voy a zurcirlo cuando tenga un minuto libre. Pero antes voy a acabar con esas malditas plantas. Los que vivimos cerca del laberinto estamos en serios problemas. Espero que en el centro de Zyl no pase nada de esto.

—En todas partes pasa lo mismo —dijo Lagos.

—¿En el colegio también? ¿Es por eso que no están en clase?

Empezaron a explicarle, pero en eso sonó la chicharra que anunciaba la cercanía del tren. El señor Gorz fue al puesto de controles. Iván se dirigió a sus amigos:

—Necesito que hagan algo por mí. Tienen que buscar a la profesora Daimino y convencerla de que ella no tuvo la culpa, de que esto ha sido hecho por...

—Por Mano Verde...

—Por Mano Verde o por un poder desconocido que está detrás del jardinero. Pero tienen que pedirle algo para mí: que me explique cómo son los laberintos vegetales, especialmente los laberintos que preparaba Madame Aracné. Ella debe haberlos estudiado. Necesito saber si había un patrón, una táctica secreta, un truco... algo que me permita salir.

—Ahora mismo vamos a la biblioteca.

—La biblioteca no. Ya probé y no hay nada. El único libro que hablaba de ella se lo robaron hace años. Vayan con Daimino.

—Tal vez la profesora pueda hacernos un plano o explicarnos la salida —dijo Ríos—. ¿Pero cómo vamos a hacértelo llegar? No hay teléfonos. No hay correo. Tampoco sabemos dónde vas a estar.

—Ustedes busquen. Yo los llamo. O busquen en la guía de teléfonos el Hotel del Manzano. Se supone que voy a estar allí.

—Estamos sin línea. Los postes de teléfono se cayeron.

—La tormenta ya pasó. A lo mejor hoy mismo reparan los teléfonos —dijo Iván, pero no estaba muy convencido. La última vez que se habían quedado sin teléfono, habían tardado tres meses en arreglarlo.

El tren llegó a la estación con un ruido a metales viejos. Las ruedas cortaron los tallos de las plantas que crecían en las vías. Iván subió de un salto. El vagón estaba vacío. Desde la ventanilla saludó a sus amigos, que lo miraban serios.

«A lo mejor me esperan peligros y aventuras. Pero no tendré a nadie con quien recordar esas cosas. En cambio ellos están juntos, y van a volver a decir: ¿Te acordás cuando las plantas invadieron la ciudad? ¿Te acordás de todo lo que hicimos, mientras Iván no estaba?».

Iván se sentía un poco triste. ¿Por qué tenía que irse justo cuando empezaba la aventura? Pero habló con firmeza, no quería que sus amigos se dieran cuenta de cómo se sentía:

—Averigüen todo lo que puedan de Madame Aracné.

En el Museo de Zyl se habían reunido los profesores del colegio, los señores Negro y Blanco, la bibliotecaria Palanti, el dueño de la fábrica de yoyós, algunos miembros de los Amigos de la Plaza, la comisión directiva del Club Atlético Zyl... Zelmar Canobbio estaba contento de poder anotar tantos visitantes en su cuaderno de visitas.

—Al que no veo es al señor Ríos —dijo Reinaldo Zenia, el director del colegio.

—Es que no le hemos avisado —dijo Canobbio.

—Lástima. El tiene un gran invento que...

—Justo por eso no le avisamos. Temíamos que se le ocurriera algo para solucionar el problema.

—Hay remedios que son peores que la enfermedad —se oyó la voz del alto señor Blanco, desde el fondo.

Nicolás Dragó empezó a defender al inventor, pero entonces lo interrumpió la bibliotecaria:

—Mi gato desapareció el día que puso en funcionamiento su máquina podadora...

Hubo un murmullo. Todos se acordaron del episodio, pero prefirieron cambiar de tema.

—La profesora Daimino se culpa de este desastre, porque pidió unas germinaciones... —dijo Reinaldo Zenia.

Zelmar Canobbio elevó las manos al cielo, como implorando perdón. Y dijo, dramáticamente:

—Si alguien tiene la culpa, soy yo. Yo dejé que este jardinero se ocupara del laberinto. Y ahora todo es laberinto.

Nicolás Dragó puso una mano en el hombro de su amigo.

—No, Zelmar, ninguno de nosotros tiene la culpa. Alguien ha atacado nuestra ciudad con un fin preciso: hacer que mi nieto participe en un concurso de laberintos.

Hubo un murmullo de extrañeza.

—¿Y va a ir? —preguntó el director del colegio.

—No. Yo... lo engañé. Destruí el mensaje. No quiero que se entere de que todo esto es por él. Ustedes saben cómo es. Si supiera, iría corriendo a la Capital, a

enfrentar quién sabe qué peligros.

—Debería mandarlo —dijo el señor Blanco—. Tal vez nos salve.

—¿Quiere que mande a un niño de trece años a un peligro así? —se escandalizó Nicolás Dragó—. La invitación la hizo el Club Ariadna. Y usted ha trabajado siempre en juegos y sabe bien lo que eso significa.

—¿El Club Ariadna? —preguntó Blanco, como si oyera el nombre por primera vez.

—El Club de Madame Aracné —aclaró Nicolás Dragó.

Hubo un murmullo de temor entre los mayores. Los más jóvenes, en cambio, nunca habían oído hablar de la constructora de laberintos.

—¿Qué monstruo sería capaz de proponer semejante estupidez, que mandemos a un niño a las garras de Aracné? —preguntó el señor Negro. Exageraba su indignación sólo por hacer quedar mal a Blanco.

Nicolás Dragó habló con tanta gravedad que todos hicieron silencio:

—En la leyenda del laberinto de Creta se dice que todos los años se entregaban jóvenes al Minotauro, para salvar la ciudad. Pero yo no voy a entregar a mi nieto al laberinto, y quiero que todos lo sepan desde ya. Estos días lo tendré muy vigilado. Vamos a solucionar este problema de las plantas nosotros mismos.

Zelmar Canobbio lo apoyó:

—Tuvimos años en los que parecía que nada quedaría de Zyl. Los negocios cerraban. La escuela casi no tenía alumnos. En cada calle se veían casas abandonadas. El viento levantaba polvo en las calles vacías. Pudimos con eso. Vamos a poder con las plantas ahora.

Y todos aplaudieron sus palabras. Pero los aplausos se interrumpieron de pronto, porque en ese momento había entrado en el museo el señor Gorz, jefe de estación. Hubo un momento de silencio: todos tenían los ojos clavados en el estropicio que era su uniforme. Si hubiera entrado disfrazado de torero, no habría provocado un efecto mayor.

Gorz era el emblema de la puntualidad, de la pulcritud. Si él estaba en ese estado, ¿qué podía esperarse del resto de los mortales?

—¿Me perdí de algo? —preguntó el recién llegado.

—¿No debería estar en la estación? —preguntó el director del museo—. ¿Qué pasa si justo llega un tren...?

—No hace falta. No habrá ningún otro tren por hoy ni tampoco mañana. —Se sacó la gorra. Su cabello, siempre corto y engominado, hoy parecía terreno propicio para que anidaran gorriones—. El último tren acaba de partir. El ramal Zyl acaba de ser cancelado por abundancia de plantas en las vías.

—Eso no nos afecta —dijo la señora Palanti—. Tal como están las cosas, nadie va a querer venir a Zyl.

—Ni nadie va a querer irse —dijo el Griego, dueño del almacén de ramos generales—. Es un peligro dejar la casa en estas circunstancias.

—En el último tren que salió rumbo a la Capital había un solo pasajero. —La mano de Gorz se levantó en el aire y fue buscando a quién señalar. Hubo un momento de suspenso. El dedo índice se detuvo en Nicolás Dragó—. Su nieto, Iván.

Nicolás Dragó se agarró la cabeza y se sentó abatido en una silla. Todos empezaron a ofrecerse para ir al rescate, pero la ruta estaba cortada y el tren cancelado. Iván estaba librado a su suerte.

—Pudo con Morodian —dijo Reinaldo Zenia—. Seguro que puede con Madame Aracné.

El señor Blanco y el señor Negro se habían puesto a discutir entre ellos y ahora empezaban a empujarse.

Canobbio alzó la voz:

—Al menos ustedes, en la escuela, le habrán enseñado con qué se tiene que enfrentar. Lo habrán entrenado en las técnicas de Sarima Scott.

—En realidad no —dijo Zenia—. Madame Aracné es un tema prohibido en la escuela. Les enseñamos los juegos del día, no los de la noche.

En todos los países, en todas las sociedades, la gente protesta por el estado de la educación. Zyl no era la excepción: se oyeron voces en contra del plan de estudios de la ciudad. Mientras tanto, el alto señor Blanco perseguía al pequeño señor Negro por el fondo de la sala.

El director del museo trató de calmar los ánimos:

—Voy a preparar café y té. ¿Alguien lo quiere de hierbas?

—¡Nooo! —respondieron todos a la vez.

## HOTEL DEL MANZANO

Formaban el tren de Zyl una vieja locomotora y tres vagones de madera, con techos de metal abollados por remotas granizadas. Cuando pasaba frente a las viejas estaciones de los pueblos, el tren lucía imponente y hacía sonar su bocina como si diera órdenes: «¡Aléjense!», «¡Tengan cuidado!». Pero, a medida que se acercaba a la Capital, parecía achicarse hasta convertirse en un tren de juguete en medio de las grandes formaciones de diez vagones que pasaban a su lado, mucho más veloces. Entonces empezaban las demoras; el tren avanzaba a paso de hombre, y cuando sonaba su bocina, ya no era una orden: era apenas un tren tímido que pedía permiso y no quería molestar a nadie.

En la terminal Iván bajó del tren con su mochila a la espalda y se abrió paso entre la multitud. Había decenas de guardas, vendedores de boletos y maquinistas, pero ninguno se parecía al señor Gorz. Usaban el uniforme sin planchar, las corbatas torcidas, los zapatos sin lustrar. Acostumbrado a las calles de Zyl, la estación, con los pasajeros apurados que embestían sin mirar, le parecía a Iván un lugar temible. Se detuvo a mirar un enorme reloj que colgaba en lo alto, pero se dio cuenta de que no funcionaba. Preguntó la hora a un hombre que le respondió sin detenerse. Eran las seis de la tarde.

Salió de la estación. Esquivó los puestos callejeros que vendían frutas, guías de la ciudad, juguetes a cuerda, gorros y guantes que anticipaban el frío. Ya había empezado a oscurecer. La gente volvía a su casa después de un día de trabajo: las mujeres con el maquillaje corrido, los hombres con el nudo flojo de la corbata. Todos cansados. Solo esperaban llegar a casa, comer y dormir.

Iván consultó la guía de la ciudad que llevaba en la mochila. El Hotel del Manzano estaba a solo diez cuadras de la estación. «Debería visitar a mi tía Elena», pensó. La había ido a ver un par de veces desde que vivía en Zyl, pero ahora no tenía ganas de verla. Además, si los teléfonos por milagro se habían arreglado y su abuelo le había avisado de su fuga, tal vez trataría de impedir que participara en el juego del laberinto. No, mejor seguir directamente hasta el Hotel del Manzano.

Caminó apurado, pensando en el concurso que lo esperaba. ¿Cómo sería ese laberinto? ¿Lo llevarían a un bosque, para que se perdiera entre paredes hechas de arbustos? ¿O a un viejo parque de diversiones, con un laberinto de espejos? ¿Y si habían construido un juego en el mismo hotel, en los sótanos...? Tal vez los miembros del Club Ariadna, cansados de grandes construcciones, se habían resignado a esos laberintos de papel que salen en las revistas y cuyo único peligro consiste en romper la punta del lápiz.

El Hotel del Manzano era un antiguo edificio de cuatro pisos. Había imaginado que en el frente del hotel habría algún cartel anunciando el Concurso Mundial de Laberintos. Pero las paredes estaban cubiertas de afiches que anunciaban la llegada de un circo y una pelea de boxeo. Atravesó una puerta de vidrio y entró en un vestíbulo desierto. En la recepción había unos sillones de cuero y una mesita con revistas viejas. Detrás del escritorio de la recepción no había nadie. Tocó el timbre y esperó unos minutos. Nadie apareció.

Sobre el escritorio de la conserjería había una llave con su nombre escrito en una tarjeta de cartón. La llave correspondía a la habitación 307.

«Tal vez el conserje del hotel haya tenido que salir de urgencia», pensó Iván. «Y me dejó esto por si acaso». Tomó la llave y subió por las escaleras hasta el tercer piso.

Sobre los muebles de la habitación había una ligera capa de polvo, como si no la hubieran usado ni limpiado en mucho tiempo. Abrió la única ventana, que daba a un patio interno, o más bien un pequeño jardín: un cuadrado de tierra con un único árbol. Además de la cama, había una mesa junto a la pared y una silla. Dejó la mochila en la silla y se tiró en la cama. Esperó un rato que alguien lo viniera a buscar.

«Estas actividades siempre empiezan a la mañana», pensó, fingiendo ante sí mismo que tenía mucha experiencia en cosas parecidas. «Seguro que después del desayuno alguien se presenta y me explica todo». Levantó el auricular del teléfono para llamar a Anunciación, su única amiga en la ciudad, pero no había tono.

Se quedó dormido. Debían ser más de las diez de la noche cuando el hambre lo despertó. No había cenado, y le costaba dormir con el estómago vacío. Al armar la mochila había puesto un sándwich de atún y un chocolate con maní, pero se los había comido en el tren.

«La próxima vez voy a ser más previsor», se dijo. Todo el mundo se propone ser más previsor sólo cuando ya no tiene caso, cuando es tarde.

Bajó hasta la conserjería, que seguía vacía. Quiso salir del hotel, para ver si había algún bar abierto en las cercanías, pero alguien había echado llave a la puerta. No podía creer que lo hubieran dejado encerrado. Probó varias veces con el picaporte. Después miró por primera vez el casillero de las llaves, y se dio cuenta de que todas, menos la suya, estaban en su lugar. Era el único huésped de todo ese hotel. ¿Dónde dormirían los otros participantes del Concurso del Laberinto? ¿El dueño del hotel se había marchado dejándolo encerrado? ¿Habían cambiado de hotel y se habían olvidado de que él también estaba invitado? Prefirió dejar las dudas para la mañana: el hambre era su único problema urgente. Se puso a buscar la cocina del hotel.

Recorrió la planta baja, pero no encontró la puerta de la cocina. Todas las puertas estaban cerradas con llave, excepto la que daba al pequeño jardín cuadrangular, de cinco metros de lado, que había visto desde la ventana de su habitación. En el

cuadrado de césped crecía un solo árbol, un manzano. A la luz de la luna vio que de una rama colgaba una manzana. Grande, redonda, brillante, perfecta y, sobre todo, única. Colgaba a buena altura, y al primer salto no logró alcanzarla. Al segundo la rozó con la punta de los dedos. Al tercer salto la arrancó.

Antes de dar el primer bocado tuvo un instante de culpa. Pero el hambre pudo más y así, sin lavarla, la mordió.

Siguió comiéndola mientras subía las escaleras rumbo a su cuarto.

Ya no quedaba casi nada de pulpa cuando descubrió un pequeño papel enrollado en el interior de la fruta. Había oído de galletitas chinas con mensajes de la suerte, pero nunca de manzanas. Lo estiró con los dedos pegajosos de jugo. La misma mano que había escrito su nombre en la llave le había dejado este mensaje:

*Ahora ya estás en el laberinto.*

*(Para salvar a Zyl hay que encontrar la salida).*

Se dejó caer en la cama. ¿Cómo iba a poder salir del laberinto, si ni siquiera lo veía?

## SEGUNDA PARTE

### PERDIDOS EN LA CIUDAD



## TODO TIENE UNA SALIDA

La luz de la mañana lo despertó. Eran las nueve. Le costó unos segundos darse cuenta de que no estaba en la casa de su abuelo, en Zyl, sino en un hotel. Caminó tambaleante hasta el baño. Después se puso la misma ropa del día anterior: un jean, una remera celeste, zapatillas blancas. También tenía una campera impermeable, de color rolo, por si llovía. Se miró en el espejo de la habitación y se pasó la mano por el pelo. El hotel seguía silencioso: no se oían pasos en el pasillo ni ruido en las habitaciones vecinas. Tampoco el rumor de las aspiradoras, tan habitual en los hoteles.

Buscó en la planta baja la sala del desayuno pero no la encontró. No se cruzó con nadie en los pasillos. El único ascensor estaba inmóvil. El hotel entero seguía tan desierto como la noche anterior. Tenía ganas de irse de ese hotel sin gente, sin ruidos, sin comida. Toda aquella invitación al concurso al final a lo mejor no era más que una broma: quizás algún antiguo miembro de la Compañía de los Juegos Profundos había decidido vengarse así. Lo que más le importaba ahora era encontrar un teléfono público desde donde llamar a Anunciación. Escuchar una voz amiga le devolvería el ánimo. Pero esperaría un rato más: no es justo llamar a alguien un sábado a las nueve de la mañana.

Probó con la puerta principal: ahora estaba abierta. Se sintió aliviado de escapar del Hotel del Manzano.

Había cenado sólo una manzana y quería una taza de café con leche y tres medialunas o, mejor, doce medialunas. Su estómago hacía el ruido inconfundible del hambre. En la cuadra había un bar pequeño, oscuro y deprimente. Se llamaba El Único. Iván se dijo con firmeza:

—Qué nombre tan exagerado y soberbio para un lugar tan insignificante. Bar El Único: el único bar donde no entraría jamás.

En cambio, justo enfrente del hotel había un café que parecía llevar allí muchos años. La barra era de estaño, las sillas de madera oscura y las mesas de mármol. Era luminoso y tranquilo. Iván vio a través de la ventana a un viejo mozo de guardapolvo gastado que llevaba una bandeja redonda de metal con dos grandes tazas blancas y un plato lleno de doradas medialunas. Y cedió ante el encanto de aquella imagen. A la distancia ya había elegido la mesa: una que estaba junto a la ventana y cerca también del mostrador. Esperó que pasara un colectivo, que se acercaba a buena velocidad, y cuando estuvo a punto de cruzar... no pudo.

—¿Qué es esto? ¿Un calambre?

Probó de nuevo. Apenas se acercó al cordón de la vereda sus piernas se negaron a

seguir, como si fueran de plomo. Extrañado, dio unos pasos atrás: la sensación desapareció.

Sin poder creer lo que le estaba pasando, volvió a intentarlo. Esta vez el corazón le dio un salto y sintió náuseas. No podía ni siquiera poner el pie sobre el cordón de la vereda.

No tenía ninguna explicación para lo que pasaba, pero decidió cambiar de esquina. Buscó las líneas peatonales, que lucían recién pintadas, como invitando a cruzar. Ahora enfrente no había un bar sino una farmacia. Adelantó la pierna izquierda, pero cuando trató de mover la derecha esta se quedó atrás.

Siguió probando en distintos lugares, para ver si el extraño efecto cedía. Apenas quería salir de la manzana, su cuerpo se convertía en algo rígido y pesado, y un malestar indefinible se distribuía por su cuerpo. Se parecía al malestar de la fiebre, cuando todo el cuerpo duele pero no duele nada en especial. Después de unos minutos tuvo que aceptar que, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, había quedado atrapado en la manzana del Hotel del Manzano.

—Debe ser un problema mental. A lo mejor me volví loco de repente.

Pero no se sentía loco en absoluto. Revisó sus pensamientos, como quien revisa un cajón del escritorio, y no notó nada fuera de lo normal... excepto la convicción de que no podía cruzar la calle.

Siguió dando vueltas a la manzana, sin saber a quién acudir. Estaba tan nervioso que, cuando quiso atarse los cordones de las zapatillas, probó tres veces antes de que le saliera el nudo. Estuvo a punto de pedir ayuda a una señora que pasaba por la calle con una bolsa llena de espinacas y naranjas, pero no se atrevió. ¿Qué iba a pensar? Que le estaba haciendo una broma. Tal vez llamara a la policía o a los médicos, y vendría una ambulancia, y lo sacarían de esa manzana a la fuerza... y quien sabe qué podría ocurrir en su interior si eso pasaba. Baldani había terminado con un ataque al corazón por salir del encierro al que lo había condenado Madame Aracné. Lo que sentía no era solo que sus piernas le impedían cruzar, sino que una fuerza superior lo retenía; y si insistía, tal vez algo acabara por romperse en su interior.

Cabizbajo, como quien vuelve a una cárcel de la que acaba de escapar, trató de regresar al hotel. Ahora la puerta estaba cerrada y, aunque golpeó, nadie se acercó a abrir.

«De todos los hoteles a los que he ido en mi vida, este es el peor», pensó, aunque en realidad solo había estado una vez en un hotel, en una playa.

Siguió dando vueltas a la manzana, ya que era el único paseo que le estaba permitido. Fue a la tercera vuelta cuando descubrió el cartel, junto a la entrada de un edificio de tres pisos:

Y abajo estaba el lema de la asociación:

*Todo tiene una salida.*

Seguro que ahí estaban los organizadores del concurso. Le explicarían todo lo que le había pasado: el hotel vacío, el mensaje en la manzana, la imposibilidad de cruzar las calles. Subió por una escalera angosta hasta un primer piso. Era un antiguo edificio con pisos calcáreos, ascensor jaula y techos altos. La puerta de Laberintistas Asociados estaba entreabierta. Golpeó dos veces y después entró. Le dio la sensación de que había entrado en una biblioteca de barrio. En las paredes había estanterías llenas de libros a los que nadie había pasado el plumero en años. Estaban desordenados: la señora Palanti los hubiera mirado con horror.

De pronto oyó una voz que venía del fondo:

—¿Es el joven de la farmacia? ¿Me trajo los remedios?

Un hombre alto y encorvado, rodeado varias veces por una bufanda verde y roja, lo estaba llamando desde la sala del fondo. Iván atravesó dos habitaciones llenas de libros, maquetas y planos de laberintos para llegar hasta él.

—No, señor, no trabajo para la farmacia. Busco a alguien del Club Ariadna.

El hombre se tapó los oídos con las manos.

—¡Ni siquiera lo nombre! Ellos llevaron el amor por los laberintos a la oscuridad, a la locura, a la maldad misma...

—Los del club me invitaron a la ciudad, para participar de un concurso de laberintos. ¿No sabe dónde los puedo encontrar?

—¡No participe, muchacho! Olvídense por completo de esa gente.

—Es que creo que ya entré en el concurso, sin darme cuenta.

—¿Qué quiere decir? ¿Se anotó en el concurso mientras estaba dormido?

—No. Déjeme que me siente un poco y le explique.

Se sentaron en dos sillas enclenques pintadas de blanco. Iván explicó todo: la ocupación de Zyl por las plantas, su viaje, la noche en el Hotel del Manzano, la parálisis que lo acometía cuando trataba de cruzar la calle...

—Y ahora no puedo salir de esta manzana. Usted no me va a creer, pero no puedo cruzar la calle. Es como si alguna fuerza poderosa, allá afuera... como si un imán...

El hombre de la bufanda movió la cabeza.

—Le creo, claro que le creo.

—¡Pensé que nadie me creería!

El hombre le tendió la mano y se la apretó con fuerza:

—Abel Trino, especialista en laberintos. Y cuando alguien me dice que no encuentra la salida, le creo. El laberinto en el que ha entrado, señor...

—Iván Dragó...

—... señor Dragó, está aquí.

Y dio un golpe con la punta del dedo índice en la cabeza de Iván.

—¿Y cómo puede haber llegado el laberinto hasta mi cabeza?

—Tal vez le inyectaron algo...

—No...

—... o lo hipnotizaron...

—No vi a nadie.

—... O le dieron de beber o de comer alguna sustancia extraña.

—No, al contrario, si estuve pasando hambre.

Pero de pronto se acordó:

—¡La manzana!

—¿Comió una manzana?

Iván le contó que había arrancado el único fruto del árbol.

—Una manzana, claro —dijo Abel Trino—. Los aficionados a los laberintos son sensibles a los símbolos. ¿Qué mejor que una manzana para inocular el veneno?

—¿Veneno?

Pero el hombre estaba más preocupado por el símbolo que por el veneno mismo.

—La manzana del árbol de la ciencia, que mordió Eva, y que les costó a ella y a Adán la expulsión del paraíso. La manzana de Blancanieves, que la dejó fría e inmóvil, para que los enanos la adoraran en su ataúd de cristal. Usted no es Blancanieves, no quiero ofenderlo, pero tiene una bruja que no lo quiere bien.

—No conozco a ninguna bruja. Desde que llegué a la ciudad sólo lo vi a usted.

—Sí hay una bruja y se llama Sarima Scott, alias Madame Aracné. Veo por su cara que el nombre no le es desconocido.

—Mi abuelo me habló de ella.

—¿Su abuelo sabe de juegos?

—Es Nicolás Dragó.

—Ah, claro, Dragó. No había reparado en su apellido. Conozco bien la obra de su abuelo, el inventor de La torre de Babel y gran constructor de rompecabezas. Pero el mundo de los rompecabezas es más inocente que el de los laberintos. Y los laberintos invisibles fueron la obsesión de Madame Aracné, sobre todo en sus últimos años. ¿Le contó su abuelo la historia de Baldani?

Iván se acordaba bien del italiano, que aseguraba estar en el laberinto cuando estaba en una casa en medio del campo.

—Sí, mi abuelo me la contó. ¿Dónde puedo encontrar a Madame Aracné?

—Hace años que nadie sabe de ella. Después de la historia de Baldani, no volvió a aparecer. Problemas policiales, judiciales...

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Quién puede ser a esta hora? Los socios siempre llegan a la hora del vermú, nunca a la mañana. —Abel Trino se puso en marcha rumbo a la puerta. Iván lo siguió.

Cuando Abel Trino abrió la puerta, no había nadie. En el umbral habían dejado una caja atada con piolín amarillo y con estampillas.

—El cartero —dijo Abel Trino. Se puso unos lentes y se esforzó por leer el nombre del destinatario—. No veo bien, pero me parece que el cartero se ha equivocado de dirección. Esta caja no es para Laberintistas Asociados ni para mí...

Pero Iván leyó su nombre:

—Es para mí...

El viejo dudaba si darle la caja o no.

—Bueno, si usted me asegura que la caja es suya...

—Tal vez ahí expliquen lo que tengo que hacer.

Abel Trino le dio la caja e Iván desgarró el papel madera que la envolvía. En el frente habían escrito:

INSTRUMENTOS PARA SALIR DEL LABERINTO.

Por un momento imaginó que habría un mapa, pero encontró una serie de objetos que no parecían tener gran utilidad:

- Una linterna.
- Una caja de fósforos.
- Una cuerda de cinco metros.
- Un paraguas negro, automático.
- Una tarjeta para viajar en subterráneo.
- Una brújula (esto sí parecía útil).
- Un péndulo.
- Una ficha plateada, grande, con dos ranuras.
- Una cantimplora de metal llena de agua.
- Una llave.
- Un fajo de billetes y varias monedas (¡esto también!).

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—No lo sé.

—¿No es especialista en laberintos?

—Pero de los comunes. Los viejos laberintos. Hay una sola regla para salir: estirar la mano, tocar la pared izquierda, y caminar sin que los dedos de la mano abandonen la pared. Esa regla sirve para cualquier laberinto.

—Pero en este laberinto, si sigo la pared con la mano izquierda llego al mismo lugar del que salí... Tal vez me quede encerrado para siempre... Es terrible.

—No tanto. Es una linda manzana. Un barrio tranquilo. Puede venir a verme. Tal vez le consiga algún trabajo: limpiar los vidrios, hacer mandados... Bueno, mandados no, a menos que sean en la misma manzana.

—¿No hay antídoto?

—Quién sabe. Hace mucho que esta bruja, Madame Aracné, viene trabajando en esa clase de pociones. Los laberintos siempre han exigido enormes muros de ladrillos, de cemento, de ligustrina... Pero ella empezó a experimentar con laberintos interiores. ¿Ha observado que, caminemos por donde caminemos, nunca vagamos del todo sin rumbo? Siempre tomamos determinados caminos. Evitamos ciertos obstáculos. Un supersticioso evitará un gato negro. Alguien que tiene miedo a los perros cruzará de vereda frente a un ovejero alemán. Y a la vez nos agrada pasar por ciertos lugares. Una casa en la que vivía una chica que nos gustaba. Un jardín lleno de jazmines. Una librería de libros viejos o una juguetería. Todos en cierta manera caminamos por la ciudad como si recorriéramos un laberinto, como si tuviéramos que evitar paredes invisibles. Sarima experimentó con eso, pero yo creía que lo había abandonado después de sus problemas con la ley. Ahora veo que no. Descubrió el laberinto más pequeño que existe. Entra en una manzana.

—¿Sabe cómo salir?

—Hay dos clases de laberintos. Los tradicionales y los simbólicos. Estos que están aquí son laberintos tradicionales. —Señaló los grabados que colgaban en las paredes, con senderos que giraban sobre sí mismos o se veían bloqueados.

»Sarima Scott prefería los laberintos simbólicos.

—¿Y qué forma tienen?

—Pueden tener cualquier forma. Pero el secreto está en que hay señales escondidas que permiten llegar hasta la salida.

—¿Quiere decir que tengo que buscar señales? —El viejo asintió con la cabeza—. ¿Qué clase de señales?

—Dibujos, palabras, quién sabe. Algo que le llame la atención. Algo que se repita. En uno de sus laberintos había que encontrar la letra z. En otro, la silueta de un conejo. En otro dominaba la figura del agua: así que para pasar de un sector del laberinto a otro había que encontrar una canilla rota, una calle inundada, una bañera llena o un vaso de agua.

—No vi nada en esta manzana que me llamara la atención. Todo me pareció tan común, tan igual a cualquier otra manzana...

—Tiene que estar atento a algo fuera de lugar, tiene que hacer asociaciones mentales. Hay que darle tiempo al ojo para que aprenda a ver.

Iván miró la caja sin saber si llevársela o no. Necesitaba un antídoto, una píldora que lo sacara de esa extraña parálisis que le impedía cruzar la calle. No necesitaba cajas de fósforos ni llaves...

—Tal vez algún médico me pueda ayudar.

—¿Un médico? No, por favor. No saben nada de esto. Querrán sacarlo de la manzana a la fuerza y eso puede ser desastroso para su organismo.

—¿Me puedo desmayar?

—Se puede morir. Los toxicólogos lo tratarían como si hubiera tomado veneno para las hormigas... No están preparados para los tóxicos de Sarima Scott.

Iván estudió cada uno de los objetos de la caja, con la esperanza de que hubiera algo diferente en ellos, pero eran cosas tan comunes como delataba su apariencia.

—¿Para qué pueden servirme estas cosas?

—No sé. Pero por algo las dejaron.

—Me voy a llevar sólo el dinero.

—¿Está seguro? Yo que usted...

—¿Para qué necesito una linterna, por ejemplo? Es de día...

—No será de día siempre.

Abel Trino tenía razón. Si ya resultaba preocupante estar en el laberinto invisible a plena luz del día, ¿qué ocurriría de noche? Ni siquiera tendría dónde dormir.

## ANUNCIACIÓN SE HACE VISIBLE

Iván metió todas las cosas de la caja en la mochila. Parecían inútiles, pero las cosas siempre parecen dormidas, hasta que llega el momento en que se les encuentra utilidad. El padre de su amigo Ríos tenía en un estante del garage una gran caja de madera con una etiqueta que decía:

COSAS QUE NO SIRVEN  
(PERO QUE NO SE TIRAN).

Eran engranajes de relojes, guantes de látex rotos, pedacitos de madera, rulemanes, una cabeza de martillo sin mango, mi enorme clavo oxidado... Cuando se rompía la máquina de escribir o se inundaba la casa o se descuajeringaba un mueble, el señor Ríos buscaba en la caja como último recurso. Iván pensaba que en la caja debería decir:

COSAS QUE NO SIRVEN TODAVÍA.

Iván se despidió de Abel Trino. El hombre le dio una tarín a con su nombre y el número de teléfono de la asociación.

—Si se ve en problemas no dude en llamarme.

Iván guardó la tarjeta en el bolsillo. Pero no creía que el viejo laberintista pudiera servirle de alguna ayuda.

Con lo que llevaba en el bolsillo y lo que había dentro de la caja tenía suficiente dinero para desayunar, almorzar, merendar y cenar. Resignado, entró al bar El Unico. Se sentó en una de las diez sillas y le pidió al hombre del mostrador un café con leche con medialunas.

—¿Grasa o manteca?

—Una de manteca y dos de grasa.

—Me queda una de grasa y ninguna de manteca.

Recordó con melancolía la bandeja llena de medialunas doradas del café de enfrente.

—Está bien, tráigame esa medialuna. ¿Teléfono público?

—En el fondo de la galería.

Los locales parecían cerrados desde hacía muchos años. En una vidriera, había

zapatos de hombre envueltos en telarañas. Puso una moneda en el aparato y marcó de memoria el número de Anunciación. Atendió la madre de su amiga, que enseguida le pasó con ella:

—¿Anunciación?

—Iván. ¿Dónde estás? ¿Por qué tu voz suena tan, tan...?

—¿Tan qué?

—Apagada. Como la de alguien perdido.

—Estoy perdido. Estoy en un laberinto.

Le contó en pocas palabras lo que había pasado. Pensó que le iba a decir que no podía ser, que le estaba haciendo una broma, que se equivocaba, que alucinaba. Pero la niña invisible solo le preguntó el lugar exacto donde estaba y luego dijo:

—Voy para allá.

Eso era una amiga.

Era sábado, no había escuela, y Anunciación llegó tan rápido como pudo. Estaba despeinada y más rubia, a causa del sol del verano. Vestía unos jeans gastados, un buzo verde con capucha y unas zapatillas de básquet negras que no había tenido tiempo de atar. Iván sintió que nunca se había alegrado tanto de ver a alguien, pero no se lo dijo. La abrazó, y ella lo aceptó con alguna incomodidad, como si fuera la primera vez que alguien la abrazaba. Si tenía que pasar toda su vida en esa manzana, al menos Anunciación podría venir a visitarlo.

—Estás mucho más alta —le dijo.

En los tiempos del colegio Possum, Anunciación era diminuta, pero había crecido en los últimos meses y era apenas un poco más baja que él.

—¿Cómo es esto, que estás encerrado?

Iván explicó de nuevo, pero esta vez con detalle, cómo había llegado a quedar prisionero.

—Seguro que el efecto tóxico desaparece enseguida dijo ella, pero no sonó muy convencida.

—¿Y si no se va nunca? ¿Si tengo que pasar mi vida entera en esta manzana?

—Al menos hay un bar, un cine y...

El bar era deprimente, el cine parecía cerrado. Y había poco más. Una ferretería. Una casa de muebles. Varios edificios de cuatro pisos.

Terminado el desayuno, dieron vuelta la manzana. Con Anunciación de compañía se sentía mejor.

—Abel Trino me dijo...

—¿Quién?

—El hombre que vi en Laberintistas Asociados. Me dijo que había dos clases de laberintos: los tradicionales, abstractos, y los simbólicos, donde son las señales las que permiten encontrar la salida. Dijo que Sarima, la constructora de este laberinto,

prefería los simbólicos. Si este es un laberinto con señales, tenemos que buscar un símbolo que indique que se puede pasar.

—¿Qué señal? ¿Una palabra en clave? ¿Un dibujo?

—No sé. Si me dieron todo esto —le mostró el contenido de la mochila—, es porque en algún momento habrá que utilizarlo.

—Son cosas como para ir de camping, no para pasear por la ciudad.

—Pero en algún momento pueden ayudarme.

—¿Y la cuerda? ¿Habrá que atar a alguien?

—Espero que no.

—A casi todo le puedo imaginar alguna utilidad. Pero a este péndulo...

—A lo mejor es un arma...

Iván lo revoleó. Anunciación agachó la cabeza para esquivarlo.

—Déjalo en la mochila, por favor.

Iván se sintió un poco idiota.

Como si fueran detectives, miraron cada edificio, cada casa, cada negocio, cada baldosa. Leyeron las pintadas que manchaban las paredes. Leyeron los papeles pegados que se amontonaban unos sobre otros sobre la pared de un baldío:

*¡Aprenda alemán en 3 tardes!*

*Zoraida tira las cartas. Y las junta después.*

*Bicicletería La Desinflada.*

*Colchones Sueño eterno. ¡No se querrá despertar!*

Empezaron a mirar las caras de las personas que pasaban por la calle. Anunciación miró con insistencia el tatuaje que tenía un hombre en el brazo.

—Es difícil buscar algo cuando no se sabe qué es —dijo Iván.

—¿Por qué no probás una vez más?

Iván fue hasta el cordón y dio el primer paso, mientras Anunciación lo miraba atenta. Al principio pareció que podía... pero la pierna no quiso seguir. Cuando trató de volverla a su lugar, cayó al suelo.

Una señora que pasó dijo alarmada:

—¡Tan joven y alcoholizado!

—¿Viste que no puedo...? —empezó a decirle a su amiga, pero ella no le prestaba atención. Tenía los ojos fijos en el cine de la cuadra. Los afiches, pegados en las puertas de vidrio, anunciaban películas viejas. *La momia. Las novias de Drácula. Teseo y el Minotauro.*

—Ahí está —dijo la niña.

—¿Drácula?

El toro, tonto. Vi la película en televisión. Cuenta la historia de Teseo, Ariadna y el Minotauro. Los atenienses habían perdido la guerra contra Creta, y se habían comprometido a entregar cada nueve años a siete varones y siete mujeres para alimentar al monstruo. Vagaban perdidos en el laberinto hasta que el monstruo los mataba y se los comía. Pero a Teseo no le gustaba ese trato, un día se cansó del miedo y entró en el laberinto. Para que pudiera encontrar la salida, Ariadna le dio un largo hilo.

—Conozco la historia. Teseo mató al Minotauro y salió del laberinto gracias a su novia.

Le vino a la memoria un recuerdo: su madre sentada en su cama, leyéndole un libro de mitología con figuras troqueladas: al abrir las páginas de cartón, el Minotauro movía sus cuernos, cimbrecaban las serpientes en la cabeza de la Gorgona, el caballo Pegaso agitaba las alas. Esas figuras parecían dormidas dentro del libro, pero al abrirlo despertaban. También la voz de su madre al leer parecía distinta cuando le leía que cuando lo retaba por una cosa o por otra; también en ella había algo dormido que despertaba.

—¡Vamos, Iván! —Anunciación lo sacudió del brazo.

Atravesaron la puerta de vidrio. El cine olía a paredes húmedas, alfombras mohosas y derroche de naftalina. Una mujer de pelo blanco, con un vestido de terciopelo bordó abotonado hasta el cuello, atendía la boletería.

—Dos entradas, por favor —dijo Anunciación.

—¿Película...?

—La del Minotauro.

—Ah no, esa no la damos hoy, la dimos hace cinco años.

—¿Y por qué está el afiche?

—No vamos a estar cambiando los afiches todas las semanas. Bastante con que cada tanto cambiamos las películas. ¿Ustedes dos no deberían estar en el colegio?

—Es sábado.

—Ah, mejor así. Porque las funciones por la mañana son para los jubilados. Pero también vienen algunos niños que se ratean de la escuela.

—Quiero que sepa que yo nunca me rateé en mi vida —dijo Anunciación, muy seria.

Pero la mujer de la boletería seguía hablando sin prestar atención:

—Y después vienen los padres a buscarlos, y tenemos que molestar a los espectadores recorriendo las butacas con las linternas. Algunos de estos jóvenes delincuentes hasta han llegado a esconderse en el túnel, con tal de no volver a la escuela...

—¿Qué túnel? —preguntó Iván.

La mujer los estudió, como si dudara en gastar el tiempo conversando con dos niños. Pero parecía tan grande el interés de los chicos que les contó:

—Antes este cine era un teatro y pertenecía al mismo dueño que el teatro de enfrente. Compartían camarines. Los camarines estaban bajo tierra y servían para los dos teatros. A veces algunos actores trabajaban en las dos obras, entonces se cambiaban abajo, hacían el papel que les tocaba en el teatro de enfrente y después volvían a esta sala a terminar con la obra. Un mecanismo de relojería. A veces alguno se retrasaba y los actores alargaban las escenas, para que pasara el tiempo. Y si no les importa que les confiese algo, yo... era una de las actrices.

A Iván le pareció que la mujer se sonrojaba.

—¿Les suena el nombre Catalina Dubois? —les pregunto, con una sonrisa.

Minuto de incómodo silencio. Iván iba a decir que no, pero Anunciación se le adelantó:

—Creo que sí... —empezó a mentir.

—No, qué les va a sonar, si son chicos. Pero yo trabajaba en los dos teatros, y hacía de mala en una sala y de buena en la otra y cruzaba rápido para ir enfrente. ¡Y cómo me aplaudían! A veces me equivocaba de papel, y ponía cara de mala cuando tenía que hacer de buena, y al revés. Un crítico escribió: «Una actriz sutil, compleja, contradictoria».

Anunciación seguía sosteniendo los billetes.

—¿Van a entrar igual, aunque la película esté empezada? Claro, qué les importa la película. Son chicos. Lo único que quieren es estar juntos. ¡Prohibidos los besos!

—¡No! —dijo Anunciación, que se había puesto colorada—. Lo único que nos interesa es la película.

—Si ni siquiera saben cuál es la que damos hoy... —dijo la mujer, tendiéndoles las entradas—. Nadie preguntó.

Iván tomó la mano de Anunciación y entraron en el cine. Caminaron juntos y a ciegas hasta la mitad de la sala. A Iván le gustaba sentir su mano en la oscuridad. Cuando se sentaron, las butacas crujieron.

—¿Y ahora? —preguntó Iván.

—Esperá a que nos acostumbremos a la oscuridad.

Desde atrás, alguien los chistó.

La película era *La mancha voraz*. Una especie de gelatina llegaba del espacio. Caía en el bosque, cerca de un pequeño pueblo, y empezaba a comer gente. A medida que los atrapaba, crecía.

—A mí nunca me gustó la gelatina —dijo Anunciación—. Y mamá se empeña en hacerla.

Iván notó que, cuando había alguna escena de miedo, Anunciación se llevaba las manos a los ojos.

—¿Te da miedo de verdad?

—No. Me encantan las películas de terror.

—¿Y por qué mirás así, sin ver?

—Justamente porque me gustan las películas de terror. Los que las ven con los ojos cerrados del todo no sirven para estas películas, porque se asustan y nada más. No llegan a entender nada. Los que las miran con los ojos abiertos del todo tampoco sirven. No los asusta nada y tampoco entienden nada. Yo pertenezco a la tercera categoría, la de los que miramos las escenas de terror por entre los dedos.

Volvieron a chistarlos, esta vez más fuerte.

Una vez que los ojos se acostumbraron a la oscuridad alcanzaron a ver, a la izquierda de la pantalla, una puerta.

A Iván le hubiera gustado quedarse a ver la película, pero sabía que había cosas más importantes. Se levantó y avanzó decidido, pisando papeles de caramelos y cajas vacías de maní con chocolate. Anunciación, que lo seguía, pisó el pie izquierdo de un hombre. Se escuchó un «¡Ay!» y un «Disculpe» y después otro «¡Ay!» y un «Disculpe otra vez», cuando le pisó el pie derecho.

Iván hizo girar el picaporte, pero la puerta estaba dura. Tuvieron que empujar con fuerza para que cediera.

Adentro todo estaba a oscuras. Iván abrió la mochila y sacó la linterna. Era una linterna grande, de largo cuerpo plateado.

—Por lo menos, una de las cosas nos sirve —dijo.

—Espero que tenga pilas.

El haz de luz encontró una escalera que bajaba. Se quedaron quietos unos segundos, asustados por la negrura.

—Vamos —dijo Iván.

—¿Estás seguro? Esto parece tan desolado.

—Bajo solo, cruzo a través del túnel y nos encontramos en la vereda de enfrente.

—Ah, no. No quiero quedarme sola.

—Podés mirar la película durante un rato.

—No me gustan las películas empezadas. Siempre pienso que me perdí lo más importante.

—Como quieras.

Bajaron la escalera hasta un piso inundado. Por encima de sus cabezas cruzaban unos caños que goteaban.

—¿No te hace acordar a la biblioteca inundada del colegio Possum? —preguntó Iván, solo por decir algo.

—Esto es peor. Allá no había este olor a podrido ni...

Algo escapó de la luz de la linterna.

—¡... ratas! ¡Aaah! —gritó Anunciación. Y se quedó paralizada.

Habían llegado al último escalón.

—Creo que, con que demos unos treinta pasos, ya habremos cruzado la calle — dijo Iván.

Pero Anunciación seguía quieta, como si ella también hubiera comido la manzana.

—¿Y si al final de este túnel espantoso hay una puerta cerrada? ¿Y si nos metieron en una trampa...? —preguntó la niña.

Iván la tomó de la mano. Sintió una ligera diferencia de temperatura: la mano de Anunciación estaba más caliente. La llevó de la mano por el túnel inundado. Desde arriba llegaba de vez en cuando un pesado ruido metálico.

—¿Qué es eso? —preguntó Anunciación.

—Es una de esas pesadas tapas de hierro por las que respiran las cañerías que se llevan el agua de la lluvia. Está floja, y cada vez que la toca un auto la hace sonar.

El ruido sonó exactamente sobre sus cabezas.

—Estamos cruzando la calle y no siento las piernas rígidas ni me late fuerte el corazón. Tenías razón: había que buscar la señal del toro.

## UN PÉNDULO PARA MARUK

Iván enfrentaba un laberinto invisible; pero a los habitantes de Zyl les tocaba luchar contra uno bien visible, hecho de ramas, espinas y raíces. El viejo laberinto parecía haberse apoderado de la ciudad entera. Y cuanto más se empeñaban sus habitantes en arrancar malezas, más se empeñaban las plantas en invadir las casas, bloquear las calles, herir con sus espinas a sus habitantes y asfixiar a las viejas plantas de Zyl. Ya no quedaban violetas, santa ritas o geranios; solo las plantas terribles de Mano Verde.

El viernes, después de la partida de Iván, Ríos y Lagos se pusieron en camino para cumplir con la misión que les había encomendado su amigo: buscar a la profesora Daimino para preguntarle qué sabía de los laberintos vegetales de Madame Aracné.

Daimino vivía a dos cuadras del laberinto, y esa era la zona de la ciudad donde más se notaban los estragos causados por las plantas. Entre los adoquines de las calles crecían malezas de hojas afiladas. Las baldosas de las veredas estaban partidas, y las raíces aparecían entre las rajaduras como manos gigantescas. Las hiedras, como un traje de oscuridad, cubrían por completo las casas. Las plantas espinosas trepaban por los cedros y los jacarandás que poblaban desde siempre las veredas de Zyl, y se convertían en trampas mortales para los zorzales y las palomas. Frente a los peligros, las golondrinas habían anticipado su partida rumbo al hemisferio norte.

—¿Ves ese pájaro? —preguntó Ríos.

—¿Cuál?

—Ese que está allá arriba. ¿Por qué está tan quieto?

Era un zorzal. Una espina le había atravesado el corazón. Parecía menos pájaro que un raro fruto con cáscara de plumas.

—Shhh —chistó Lagos—. ¿No escuchás algo?

Ríos hizo silencio. A lo lejos, alguien gritaba.

—Es una mujer.

Caminaron por el empedrado rumbo al laberinto: las veredas estaban intransitables. Vieron a un vecino cortando las plantas con un machete, pero ya lo hacía sin fuerzas. Era el Griego, el dueño del almacén de ramos generales. El Griego era un hombre bajo y corpulento que vestía siempre un gastado overol azul. Nunca se desprendía de una libreta con tapa de hule negro donde anotaba las cosas fiadas, una larga lista de deudas.

«Haga memoria», decía el Griego, antes de señalar a alguien y recordarle la deuda por un banco de carpintero o un rollo de alambre de enfardar.

—¿A dónde van? —les preguntó—. Por allí es peor.

—Nos pareció escuchar un grito.

—Ahí no vive nadie... —De pronto se acordó—. Excepto la señora Máspero...

—Y ella se llevó muchas semillas —recordó Lagos.

El Griego hizo ademán de seguirlos, pero se detuvo a los pocos pasos.

—Yo no puedo más. Me duelen las rodillas. Si son valientes y van a rescatarla, aquí tienen una espada.

Y el Griego les tendió el machete.

—No lo pierdan. Vendí todos los machetes, las tijeras de podar, los guantes de jardinero, las palas... A propósito, Martín Ríos, recordale a tu padre que me debe... —buscó en su libreta— una pinza pico de loro.

Siguiendo el camino de los gritos, los acuáticos llegaron a la casa de la señora Máspero. El laberinto parecía haber devorado la casa por completo. Ya no se veían las formas de los muros. La hiedra había partido las tejas grises del lecho. Manojos de raíces entraban por el hueco de la chimenea. La puerta estaba oculta detrás de un telón de plantas colgantes.

—Nos vendrían bien un par de guantes —dijo Lagos.

—Eso no importa, podemos aguantar los rasguños. ¿Quién empieza?

Lagos le tendió el machete. Ríos empezó a golpear con fuerza, para cortar las ramas una por una.

Después de media hora Ríos abandonó y le pasó el machete a Lagos. Pronto pudieron pasar la mano por entre las espinas hasta tocar el timbre. Milagrosamente no se había cortado la electricidad de la casa.

—¿Quién es? —preguntó la señora Máspero.

Ríos y Lagos. Venimos a rescatarla.

Ah, no, yo no salgo.

¿Cómo que no sale? ¿No estaba pidiendo ayuda?

—Para que me traigan algo de comer. Se me acabaron las cosas de la alacena y la heladera está que da lástima. ¿No serían tan amables de traer una milanesa o una tortilla a la española? Sin sal, por favor.

—Acá afuera va a poder comer.

—Con esas plantas horribles yo no salgo. Me dijeron que algunas son carnívoras.

—Las plantas ya cubrieron todas las ventanas y la puerta —dijo Ríos—. Si esto sigue, no va a poder salir nunca más.

—Y nadie le va a poder traer comida —agregó Lagos.

Hubo un momento de silencio. Silencio humano, porque las plantas...

—¿Las oís? —preguntó Lagos.

—Es como si hablaran.

—Susurran. Me dan miedo.

Después de unos segundos de reflexión, la señora Máspero dijo:

—Está bien, está bien, me convencieron. Pero la puerta está trabada.

Ríos y Lagos comprobaron que la puerta estaba bloqueada por unas gruesas raíces. Era más fácil despejar una ventana. Desde adentro, la señora Máspero les daba consejos completamente inútiles. Ellos terminaron pronto con la rebelde hiedra y la mujer pasó una pierna por la ventana.

—Si me vieran mis amigas haciendo estas acrobacias...

Había tratado de ponerse elegante a pesar de las circunstancias: llevaba vestido, un tapado liviano y una cartera en el brazo, como si saliera de visita. Ahora que había escapado, se miraba desolada las medias.

—Se me corrieron. Con estas malditas espinas, no hay modo de vestirse bien.

—No se preocupe por la elegancia —dijo Ríos—. No hay nadie en Zyl que no esté lleno de tierra. Ahora vaya derecho hasta el colegio. Ahí se están organizando los trabajos.

—¿Y la comida? Estoy en ayunas.

—Están repartiendo comida para los que no pueden entrar en sus casas.

Ya se habían alejado unos pasos cuando dijo:

—Esperen. Me olvidé mi collar de perlas.

Pero no pudo volver a entrar. Las plantas habían cerrado el hueco de la ventana, y la casa había quedado de nuevo envuelta en una cápsula verde.

Iván y Anunciación caminaban por el túnel siguiendo la luz, de la linterna. El corredor terminaba en una puerta cerrada Iván tocó el frío picaporte y con esfuerzo lo hizo girar, pero la puerta no se abría. Entonces embistió con el hombro.

—Aaay.

—Esas cosas solo sirven en las películas —dijo Anunciación—. En la vida real, mejor usar una llave.

Y le tendió la llave que acababa de sacar de la mochila de mi amigo.

Iván puso la llave en la cerradura y la hizo girar. La puerta cedió.

—¿Ves?

—Veo. —Y dio una mirada al nuevo sótano que los esperaba—. ¿Querés pasar primero? —la invitó Iván.

Mejor no. Voy detrás tuyo, que no te asusta nada.

A Iván todo lo asustaba, pero esa confianza lo hizo sonreír. Empuñando la linterna avanzó por el sótano. Había armarios con viejos trajes, armaduras medievales hechas de latón y árboles de yeso que habían formado antiguas escenografías. Aquellas cosas habían brillado en el escenario pero ahora eran olvidados pedazos de oscuridad.

Iván tomó una espada de madera que tenía incrustados unos vidrios azules que simulaban ser piedras preciosas. Intentó acabar con una espesa telaraña que colgaba

frente a él, pero cuando la espada chocó contra la pared se deshizo, convertida en un montón de astillas podridas.

—Vamos —dijo Anunciación—. No aguanto más la atmósfera de este sótano.

Encontraron una escalera que subía. Desde arriba llegaba la luz del sol a través de agujeros y rendijas. Pero las maderas que cubrían la luz parecían muy pesadas para la fuerza de Iván.

—Ayúdame —le pidió a su amiga. La salida estaba tapada con escombros. Desde abajo empujaron tratando de correr unas tablas y restos de mampostería que cubrían el hueco. Cuando lograron correr un pesado tablón, un alud de yeso cayó sobre ellos. El polvo los encegueció, les cortó la respiración, les secó la garganta. Tosieron.

—Un poco más —dijo Iván. Y sacaron los últimos obstáculos que los separaban de la superficie.

La luz del día los deslumbró. Iván salió primero y ayudó a su amiga, atragantada con el polvo. Sacó de su mochila la cantimplora y le dio un trago.

—Gracias. No podía respirar.

Miraron a su alrededor. El viejo teatro en donde había actuado Catalina Dubois, la vendedora de entradas, había sido demolido, y un terreno baldío lo reemplazaba. Los rodeaban pastos altos y algunos restos de mampostería. Caminaron hacia la pared que los separaba de la calle. Como no había puerta, tuvieron que trepar la pared.

—Mirá cómo estoy —dijo Anunciación. Tenía las manos sucias, revoque y telarañas en el pelo, la cara blanca de mampostería... Iván no estaba mejor, pero no era algo que le preocupara.

—Estamos sucios, pero lo conseguimos —dijo Iván, mirando la calle que antes no había podido cruzar.

—Toda una hazaña. Estamos en la vereda de enfrente.

—Para mí sí es una hazaña. Sé que todavía no salí del laberinto, pero haber escapado de esa manzana ya es algo.

En la entrada de un edificio de piedra gris encontraron una canilla que se usaba para baldear la vereda. Ahí se lavaron las manos y la cara, tratando de no mojarse la ropa. Llenaron la cantimplora. Después caminaron hasta la esquina e Iván probó de nuevo si podía cruzar. No había caso: estaba encerrado en una nueva manzana. Esta vez era una manzana un poco más animada: había una panadería, una librería de artículos escolares, un jardín de infantes...

—¿Cambiará la señal? —preguntó Anunciación.

—No creo —dijo Iván—. Busquemos de nuevo al toro.

Y empezaron a explorar. A los pocos minutos habían dado la vuelta a la manzana.

—Estamos donde empezamos —dijo Iván.

—Tenemos que mirar mejor. Seguro que hay algo que pasamos por alto.

Y en la segunda vuelta encontraron la señal del toro. Estaba en un pequeño

volante pegado con cinta scotch al poste del semáforo. Era un volante amarillo, que tenía los doce signos del Zodíaco. Y decía:

MARUK. ASTRÓLOGO. VIDENTE. HIPNOTIZADOR.

Y Maruk vivía en la calle de la Azucena 371, 2º E: un edificio antiguo, que estaba en esa misma manzana.

Tocaron el portero eléctrico, y después de un buen rato respondió una voz de dormido:

—¿Siii...?

—Venimos a ver al astrólogo Maruk.

—¿Tienen para pagar la consulta?

—¿Cuánto es?

—100 pesos.

Iván buscó en sus bolsillos.

—¿Y? ¿Tienen o no tienen? —dijo el dormido, ahora un poco menos dormido.

—Si es adivino, debería saberlo... —dijo Anunciación.

—¡Bromistas! ¡Todos los días un nuevo bromista, que toca el timbre porque molestar es gratis!

Y colgó el portero eléctrico.

Iván volvió a tocar de nuevo.

—¿Y ahora qué?

—Disculpe a mi amiga. Venimos en serio a hacer una consulta.

—La puerta está abierta. Suban hasta el segundo.

Empujaron la puerta de hierro y entraron al hall del edificio. En la entrada, en una mesita de mármol, se acumulaban cartas y envíos postales de mucho tiempo. Algunos sobres habían caído al suelo y mostraban huellas de pisadas. El ascensor de reja lucía un cartelito de no funciona. Subieron por la escalera. El que los esperaba arriba era un hombre mucho más joven de lo que habían imaginado. Estaba con un pantalón de pijama rayado, pero se había puesto de apuro un saco de solapas brillantes que le quedaba tres talles grande. Los saludó inclinando el torso hacia adelante, con una reverencia.

—Soy Maruk, pasen por favor.

Pasaron a una pequeña sala de espera, con un sillón de tres cuerpos. En una vitrina se veían frascos con sustancias de colores, una calavera humana amarillenta, una mano de yeso, una cobra embalsamada.

—Disculpen que los atienda solo, es que mi secretaria se enfermó. Hablando de eso, los 100 pesitos, por favor... Mejor terminar primero con el asunto monetario, para pasar después a los temas del espíritu.

Iván puso en su mano el billete.

Se sentaron frente a una mesa. Como había solo dos sillas y una la ocupaba el astrólogo, Iván y Anunciación tuvieron que compartir la otra.

—Ustedes dirán... ¿en qué puedo ayudarlos?

—No sabemos.

—¿No saben?

Anunciación miró a Iván.

—Será mejor que le contemos la historia... Si no, no va a entender.

Iván le contó lo que le había pasado y cómo la imagen del toro los había llevado hasta allí. De inmediato el astrólogo hizo chasquear los dedos.

—¡Yo los estaba esperando!

—¿Había adivinado que vendríamos? —preguntó Anunciación, tratando de que su voz sonara seria.

—En realidad no... Les voy a decir la verdad. El que se encarga de este negocio es mi padre. Yo recién empiezo. Él se fue de viaje a Oriente...

—¿La India...?

—Montevideo. Me dejó a cargo de todo. Cartas natales, adivinación, hipnosis... además de pagar las cuentas, barrer, lustrar las bolas de cristal... También tengo que encargarme de los cursos de hipnosis por correspondencia. Pero lo que les quería contar es que hace una semana me llegó un sobre. Ese mensaje, firmado por «un amigo», decía que vendría un niño y que pediría ayuda.

—Ya no soy un niño, tengo trece —dijo Iván.

—A los ojos del hombre sabio, todos son niños —dijo el astrólogo—. El sobre, como les decía, incluía cierto dinerillo, no voy a revelar la cantidad. Yo esperaba un solo niño, no dos, por eso no se me ocurrió que eran ustedes a quienes esperaba.

—Ella es mi amiga y me ayuda.

—Lo que decía la carta era que yo debería usar mi arte para permitirle cruzar la calle.

Anunciación se entusiasmó:

—Estoy segura de que con la hipnosis usted podrá liberarlo por completo de este estado...

—No, querida, no. Yo hice un curso de hipnosis de tres clases. Puedo hipnotizarlo hasta que llegue hasta la cuadra de enfrente. No más. Son trances de cinco minutos.

Maruk empezó a buscar algo en los cajones del escritorio. Sacó una lapicera que le manchó los dedos, unas piedras de colores, unos naipes de tarot...

—Bueno, puede comenzar —le dijo Anunciación—. La verdad es que estamos un poco apurados.

—Necesito el péndulo. No sé dónde lo puse.

—¡El péndulo! —se acordó Iván—. Tengo uno en mí mochila.

Metió la mano entre las cosas que habían llegado por correo y sacó un cordel de hilo amarillo con un peso de forma semejante a las plomadas que se usan en pesca.

—Ustedes son un poco extraños. ¡Nadie lleva un péndulo en su mochila! Pero muchas gracias igual. Puedo adivinar el futuro con bastante facilidad, pero nunca adivino dónde dejo el péndulo y termino comprando de apuro una plomada de albañil en la ferretería. Para cuando vuelva mi padre tendré que poner este consultorio en orden...

Empezó a hacer oscilar el péndulo a unos veinte centímetros de la nariz de Iván.

—Relaje los hombros. No hay nada de qué preocuparse... Tiene sueño, mucho sueño...

Iván cerró los ojos.

—Éxito, se durmió —dijo Anunciación.

—No, fracaso. No debería dormirse. Debería entrar en trance, que es algo completamente distinto. Vamos a despertarlo.

Golpeó con las palmas.

—¿Sí...? —preguntó Iván, abriendo los ojos.

—Probemos de nuevo.

Esta vez Iván se quedó con los ojos abiertos. Muy serio.

—Funcionó. ¡Yo sabía que iba a funcionar! Papá se va a poner muy orgulloso cuando le cuente.

—Entonces es la primera vez que...

—La segunda, en realidad. La primera probé con mi mamá... pero creo que ella se hizo la hipnotizada. Soy hijo único, me malcría. Una vez le hice un horóscopo y le anuncié que iba a sufrir un tropiezo en la calle. Y ella, solo por darme la razón, se llevó puesto un semáforo. Pasó la noche en observación en el hospital.

—Esa sí que es una buena madre —dijo Anunciación. La suya nunca haría nada semejante.

—Iván, levántese.

Iván se levantó.

—Ahora salga por la puerta, baje por las escaleras y cruce la calle.

Iván, obediente, comenzó a caminar hacia la puerta. Casi no le daba a tiempo a Anunciación para alcanzarlo.

—¿Y cómo lo despierto?

—Eso lo explicaban en el curso de cinco clases. Yo hice el de tres, más cortito y barato. Pero supongo que se va a despertar solo.

—¿Supone?

—Y... la gente siempre se despierta. Si no, estaríamos rodeados de gente hipnotizada.

Anunciación no pudo seguir conversando. Tuvo que lanzarse escaleras abajo.

Iván había abierto la puerta del departamento y avanzaba sin apuro pero sin pausa por las escaleras. Su amiga tenía miedo de que se tropezara y cayera rodando. Iván, con su paso solemne, llegó hasta la planta baja y atravesó el pasillo sembrado de cartas.

Anunciación se puso a su lado.

—Iván, estamos a mitad de cuadra, así que tenemos que ir a la esquina y allí esperar que el semáforo esté verde y que dejen de pasar los autos para cruzar...

Pero Iván no escuchaba nada. ¡Qué difícil es enseñar educación vial a las personas hipnotizadas! Seguía caminando, y con los ojos cerrados bajó a la calle. Un taxi frenó con chirrido de gomas. El conductor empezó a insultar:

—¡Miren por dónde van, infelices!

—Es sonámbulo, merece más respeto —gritó Anunciación.

—¡Merece un balde de agua!

El manubrio de una bicicleta lo rozó, pero él siguió como si nada. El ciclista perdió el equilibrio y terminó en el suelo, con el manubrio entre sus dientes.

—¡Mfffbrjjjj! —gritó el ciclista.

Anunciación no entendió lo que decía, pero imaginó que no eran cosas agradables.

Por fin habían llegado a la vereda de enfrente. Estaban salvados.

—Ya está. Cruzamos. Ahora deberías despertarte... O al menos dejar de caminar.

Pero Iván seguía derecho hacia la puerta de un negocio. Se iba a dar la cabeza contra el vidrio. Entonces Anunciación corrió y antes de que Iván llegara abrió la puerta.

Se arrepintió de inmediato. Hubiera sido mejor dejar que se estrellara contra la puerta. Tal vez eso lo hubiera despertado. El negocio era un bazar. Había platos decorados y copas de cristal tallado y jarrones con rosas y dragones chinos de porcelana. El dueño, un hombre de enormes bigotes, se acercó con una sonrisa, pensando que eran clientes. Pero al ver cómo la niña iba sacando las piezas de cristal del camino de Iván, la sonrisa desapareció.

—Disculpe —decía Anunciación, y corría una lámpara de pie, levantaba un florero, a duras penas desviaba a Iván de un palacio de cristal.

—Si no deja de mover las cosas de lugar, voy a llamar a la policía —les gritó el dueño.

No hay tiempo para llamar a nadie. Tiene que vaciar la vitrina del fondo.

Iván se dirigía como una fatalidad hacia los animalitos de cristal: ciervos con las patas finitas, payasos que llevaban globos, cigüeñas que cargaban bebés... pronto aquel mundo de cristal quedaría hecho astillas.

El hombre de grandes bigotes trató de interceptarlo, pero no había manera de detenerlo. Cuando el dueño del bazar le cerraba el camino, Iván se hacía a un lado, chocando contra las vitrinas laterales. El pobre hombre tenía que esmerarse como un

malabarista para atajar en el aire las jarras y copas de cristal. Iván, sonámbulo, seguía su camino. Y así llegó hasta el fondo.

Justo cuando su nariz empujó un elefante de vidrio, abrió los ojos. Anunciación alcanzó a atajar el elefante en el aire.

Iván miró perplejo el animal en las manos de su amiga.

—Un elefante. ¿Pero no era un toro lo que buscábamos? —Y después, al mirar a su alrededor ese mundo de cristal, preguntó—: ¿Por qué me trajiste acá? ¿Tenés que comprar algún regalo?

Su amiga se liberó de la tensión dándole una leve patada en el muslo.

—¡Ay!

—Estabas a punto de romper todo. ¿Con qué íbamos a pagarlo?

—Con cinco años de prisión —dijo el dueño, mientras volvía las cosas a su lugar—. Y si no quieren comprar nada, váyanse ya y no vuelvan nunca.

Salieron aliviados del negocio.

—No importa cómo cruces de acá en adelante, pero te advierto que hipnosis nunca más —dijo Anunciación.

## ***DREAM PARK***

**L**a casa de la profesora Daimino no estaba tan invadida de malezas como la de la señora Máspero. Ríos y Lagos golpearon a la puerta, que se abrió de inmediato.

—Buen día, profesora.

La profesora lanzó un sollozo.

—¿Tan triste se pone de vernos?

—Me recuerdan a mis germinaciones. ¡Por mi culpa, toda la ciudad será destruida! ¡Ninguna maestra en la historia ha hecho tanto daño!

¿Podemos pasar?

La profesora se hizo a un lado para que entraran. Había dos sillones amarillos junto a una mesa ratona con vanos libros abiertos. Las páginas mostraban complicados diagramas. Ríos, curioso de todo, les echó una mirada disimula.

—¿Y su marido?

—En la Capital. Por su trabajo, él va y viene. Sería bueno que estuviera aquí, pero no tiene cómo llegar. Las rutas están cortadas.

Volvió a sollozar, esta vez por las rutas cortadas. Después fue a la cocina y volvió con tres tazas de té.

—¿Se van a dedicar a los juegos cuando crezcan? —les preguntó. Parecía más calmada.

—Yo quisiera fabricar juegos de madera. Los dados se me dan bastante bien —dijo Lagos.

—En esa materia te sacaste un tres —le recordó Ríos.

—¿Quién dijo que los dados tienen que ser perfectos? ¿Por qué no pueden tener un número favorito?

—¿Y vos, Ríos?

—Cuando termine el colegio, espero irme de Zyl. Estoy cansado de los juegos.

La profesora suspiró. En su suspiró quería decir algo así como «Yo también sueño con ciudades lejanas». Pero Ríos y Lagos, temerosos de que se pusiera a llorar de nuevo (nunca se sabe dónde terminan los suspiros), se apuraron a hablar:

—Tenemos dos encargos de Iván Dragó —empezó Ríos.

—¿Y por qué no vino él en persona?

—Se fue de Zyl. Está en la Capital —dijo Lagos—. Primer encargo: tenemos que decirle que usted no tiene la culpa de lo que está pasando. La destrucción de Zyl es un modo de presionar a Iván para que entre en el concurso del Club Ariadna.

—¿El Club Ariadna? ¿El de los laberintos? Pensaba que ya no existía.

—Iván recibió una invitación. Y se fue rumbo a la ciudad, sin el permiso del

abuelo, para tratar de salvar a Zyl.

—¿Así que no tengo la culpa?

—Las germinaciones no tuvieron nada que ver —dijo Ríos,

—Igual, por triste que la pongan las germinaciones, las notas que nos puso así quedan, ¿no?

—Sí. Las notas no se tocan.

—Las notas no son lo importante ahora, Lagos —dijo Ríos—. Pasemos al segundo encargo. Iván quería preguntarle lo siguiente, profesora: ¿qué sabe usted de los laberintos de Madame Aracné? Nunca los mencionó en clase.

—Esas no son cosas para conversar en la escuela.

—¿Por qué no?

—Porque se trata de juegos de pura maldad.

—Pero ahora vamos a tener que conversar de eso. Porque Iván está jugando en un laberinto hecho por Madame Aracné.

—Dios mío —dijo la profesora, llevándose la mano al corazón.

—E Iván quiere saber si tienen alguna forma especial...

—...algún secreto...

—...algún truco...

La profesora se quedó pensando. Respondió levantándose el dedo índice de la mano derecha, como si diera clase.

Madame Aracné era famosa por sus laberintos vegetales.

—Como el que nos invadió.

La profesora señaló el jardín.

No, esto no es propio de ella. Esto es un caos, simplemente un caos de plantas. Los de ella eran ordenados, geométricos, terribles. Después pasó a hacer experimentos de laboratorio... Cuando Baldani visitó nuestro país, Madame Aracné lo metió en un laberinto que lo llevó a la locura y a la muerte. Como la investigación policial la señalaba a ella, desapareció. Y no se volvió a saber de Aracné. Puede estar viva, puede estar muerta.

—Y esos laberintos vegetales, ¿tenían algún truco especial, algo que le puede servir a Iván para salir?

—No lo sé. Nunca quise meterme en esos temas tan oscuros.

La profesora empezó a caminar por la sala, nerviosa. Fue hasta la ventana, corrió la cortina para que entrara más luz, pero al ver que las plantas trepaban por el vidrio volvió a cerrar.

—Aab, el fundador de la Zyl, conoció personalmente a Madame Aracné. Y sé que escribió un artículo sobre los laberintos vegetales.

—¿Él mismo se lo contó?

—No, todo fue antes de que yo naciera. ¿Qué edad creen que tengo?

No hubieran sabido decirlo. La edad de la gente no era algo que les preocupara.

—¿Cómo sabe que Aab escribió eso?

—Un profesor me lo contó. Un profesor que murió hace diez años. A Aab le preocupaba mucho la maldad en los juegos. Estaba estudiando la forma en que muchos inventores se inclinaban sin motivo alguno hacia la maldad. Como ocurrió también con Morodian, que hizo de la vida de Iván Dragó su propio juego, y que invadió el país entero con sus Juegos Profundos.

Todos se quedaron un momento en silencio al recordar a Morodian. Los terribles juegos de Morodian habían llevado a Zyl a la ruina, y habían puesto a Iván Dragó al borde de la muerte. Por suerte la Compañía de los Juegos Profundos había cerrado, y las invenciones de Morodian habían desaparecido de las grandes jugueterías. De vez en cuando se encontraba alguno en el sótano de alguna pequeña juguetería de barrio o en manos de coleccionistas. La casa familiar de Morodian seguía en medio de Zyl, vacía, con las ventanas tapiadas.

—¿Dónde pueden estar esos papeles de Aab? ¿En la biblioteca? —preguntó Ríos con temor. No quería tener que ir a hablar con la bibliotecaria Palanti, que seguía acusando a su padre por la desaparición inexplicable de su gato.

—No. Creo que están en el Museo de Zyl. ¿Por qué no le preguntan a Zelmar Canobbio? Ahí está el teléfono. —Señaló una mesita donde estaban el teléfono, de baquelita negra, y una guía telefónica—. Ah, no, cierto que no funcionan.

—No importa. Vamos ahora mismo a verlo.

La profesora los acompañó hasta la puerta.

—Si Iván entró realmente en un laberinto tejido por Madame Aracné, entonces va a necesitar de toda la ayuda que sea posible.

Y se largó a sollozar.

—Para eso estamos los amigos —dijo Lagos—. Y, con tantas distracciones que tenemos estos días, no se vaya a olvidar del diez.

Iván y Anunciación recorrían la manzana en busca de alguna señal del toro.

¿No tenés hambre? —preguntó Iván—. Yo sí.

—¿Ya? Pero si acabás de desayunar.

—La hipnosis da hambre.

Iván miró, a través del cristal de la rotisería, cómo media docena de pollos giraban en el spiedo, sin pausa.

Anunciación se interpuso entre él y los pollos.

—Todavía están crudos. Hagamos una manzana más, y entonces comemos algo.

—Pero no vamos a poder volver a este lugar.

—Habrá otros sitios donde comer en la próxima manzana.

—Está bien —dijo sin ganas—. Hasta nunca, pollos.

Iván se sentó en el escalón de la entrada de un edificio y se puso a mirar las cosas en su mochila. Habían usado la linterna, la llave, el péndulo...

—Quedan muchas manzanas por recorrer, ya que hay unas cuantas cosas sin usar.

—A lo mejor encontramos una salida secreta del laberinto y no necesitamos nada más.

—¿Y este paraguas? ¿Para qué puede servir? No hay una nube en el cielo.

—El tiempo cambia. A lo mejor los que armaron el laberinto leyeron el pronóstico en el diario y anunciaba lluvia.

A los dos se les ocurrió otra posibilidad: que el laberinto durara muchos días, y que el paraguas les hubiera sido dado para una lluvia todavía lejana. Eso se lo dijeron con los ojos, porque ninguno se animó a pronunciar palabra.

Iván metió el paraguas adentro y cerró la mochila.

—Me acuerdo que te gustaba inventar juegos —le dijo su amiga.

—Sigo haciendo juegos. Hay en Zyl una fábrica pequeña de juegos de cartón. Yo inventé para ellos El viaje al polo, Pirámide y Mundo subterráneo. Mis amigos, Ríos y Lagos, me ayudaron.

—¿Qué hay que hacer para inventar un juego?

—Primero hay que elegir un escenario. Una selva, un desierto, un circo. Puede ser un escenario chico: por ejemplo un combate de hormigas negras y rojas en una hoja. O puede ser grande: el mundo entero. O más grande, el sistema solar. En los juegos, el universo entra en una cajita.

—¿Y después?

—Casi todos los juegos muestran viajes o guerras, así que para el que empieza es mejor que se decida por uno u otro. El ajedrez, las damas, el go y toda clase de juegos con fichas negras y blancas o azules y rojas son juegos de batallas. El Juego de la oca y todos en los que hay que recorrer un itinerario lleno de trampas son juegos de viajes.

—El laberinto es un viaje —dijo Anunciación.

—Sí. No sabemos adonde vamos, pero viajamos. Aunque no me di cuenta en ese momento, tuve un punto de partida, que fue cuando comí la manzana. Y hay en alguna parte un punto de llegada, una salida.

—Pero este laberinto es una batalla también.

—No. Es un viaje, nada más. Recorro un camino, trato de avanzar con dificultad de una casilla a otra.

A Anunciación no la convencían las respuestas fáciles:

—Alguien te encerró sin avisar. Alguien te empujó a esta trampa. Aunque el enemigo esté escondido, aunque no sepamos su nombre, estamos peleando una batalla.

Iván iba a responderle que no estaba de acuerdo cuando casi se chocaron con el

toro. Era un toro mecánico gigantesco. La piel era negra y brillante, y los ojos estaban hechos con piedras amarillas. El toro miraba con una mezcla de furia y maldad. Los cuernos blancos apuntaban a lo alto. Estaba en la entrada de una sala donde había videojuegos, flippers y algunos juegos mecánicos. Un camión de bomberos, unas pequeñas naves espaciales que se levantaban a poca altura del suelo, un caballito, una calesita. Ni empleados ni niños a la vista.

—Esta vez a la señal no la dejaron escondida. Es imposible no verlo —dijo Anunciación.

—Pero este toro no señala a ninguna parte. No hay ningún túnel por recorrer. Y seguro que no me hipnotizará.

—Tal vez lo veas distinto una vez que te hayas subido. A lo mejor desde arriba se ve alguna señal, alguna pista que desde abajo no llegamos a ver.

Iván se sentía un poco ridículo.

—No creo que vea nada desde allí.

—Para encontrar las pistas se necesita siempre un cambio de perspectiva.

Iván, resignado, decidió subir. Mejor eso que discutir con su amiga. Puso el pie en un estribo que colgaba a los costados y con algún esfuerzo llegó hasta la grupa del animal. Desde arriba el toro parecía aún más alto que desde abajo. Era cierto que se veían más cosas, pero ninguna que sirviera para cruzar la calle.

Una mujer llevaba la bolsa de las compras llena de frutas. Una naranja rodó por la vereda: la mujer, en lugar de buscarla, hizo apenas un gesto con la mano, como si la despidiera.

Un hombre de traje tropezó con una baldosa floja. El agua escondida le salpicó el pantalón gris. La insultó. La baldosa, indiferente.

Un cartero sacó un sobre de su bolsa de lona y se quedó mirándolo maravillado, como si viera una estampilla por primera vez.

Una nena de guardapolvo blanco y almidonado esperaba que su madre saliera de la panadería. Mientras tanto, sacó de su bolsillo el papel metalizado de un chocolate, le quitó la capa transparente y luego frotó con ella el papel contra la pared, hasta que quedó liso y brillante. Con un lápiz escribió algo en el papel (tal vez el nombre de un chico que le gustaba o un deseo secreto) y lo guardó en el bolsillo.

Iván vio todo eso, pero no vio ningún puente que le permitiera cruzar la calle.

—¿Y? —preguntó Anunciación.

—Nada. —Le dio vergüenza decir que había estado prestando atención a las cosas raras que hacía la gente. Y al fin de cuentas nadie hacía cosas más raras que él.

—¿Ningún toro?

—Solamente este.

—A ver, dejame a mí.

Iván le tendió la mano. Y Anunciación, ayudada por Iván, también se subió al

toro gigantesco. Estaba completamente convencida de que ella sí iba a ver algo, pero después de un rato tuvo que aceptar:

—No veo nada.

—Te lo dije. Bajemos.

Pero entonces descubrieron que venía hacia ellos un hombre de camisa naranja y corbata verde. Sobre la corbata llevaba escrito el nombre del parque: *Dream Park*. Y tenía cara de estar escandalizado porque alguien hubiera subido al toro sin permiso.

—Soy el gerente de marketing, publicidad y erre erre hache hache de *Dream Park*.

—¿Qué quiere decir erre erre hache hache?

—Recursos humanos.

—¿Recursos humanos? —Anunciación estaba extrañada ¿Qué recursos podía haber que no fueran humanos? ¿Extraterrestres?

—Recursos humanos quiere decir que, si hay que echar a alguien en la empresa, lo echo yo. No es que me haga feliz, pero... Bueno, en algunos casos sí me hace feliz. Y como gerente de comunicaciones, les comunico que no abrimos todavía. Vuelvan más tarde. Ah, y además está prohibido subir al toro. Esto último se los digo como gerente de seguridad.

Anunciación habló de inmediato:

—Mi amigo quería jugar una sola vez.

—En este toro jugar significa caer. Pero además es imposible. Está fuera de funcionamiento.

—¿Por qué?

—No sé. No soy el gerente técnico. El gerente técnico es un infeliz que gana un treinta por ciento menos que yo.

—Pero mi amigo ya se va de la ciudad. Es su última oportunidad.

Iván no estaba seguro de querer ver cómo el toro se ponía en funcionamiento.

—Ya les dije, ni siquiera está enchufado. Desde que trabajo aquí, nadie lo usó. Además el *Dream Park* está cerrado. Abrimos en media hora.

Anunciación sacó un billete y se lo tendió desde arriba.

—Con esto puedo comprar varios tickets.

—Ya les dije, no funciona. —A pesar de eso, el gerente de marketing y de muchas cosas más se guardó el billete en el bolsillo—. ¿Por qué pagar por algo que no funciona?

—Pero usted ya se guardó el billete...

—Solo para que tengan el privilegio de estar allí arriba, contemplando... bueno, lo que sea que contemplen. Y de sacarse una foto, si tienen cámara.

—No tenemos. Vamos, enchúfelo, por favor.

El hombre hizo un gesto de fastidio.

—Como quieran. El cliente siempre tiene la razón.

Fue hasta la pared con el cable en la mano y lo enchufó. Al hacerlo saltó una chispa.

—¿Vieron que ni funciona...? Lo único que van a conseguir es un corto circuito...

—Además de enchufarlo, tiene que ponerle una ficha.

El gerente de marketing, publicidad y recursos humanos se acercó a la máquina. Sacó una pequeña ficha de plástico verde de su bolsillo.

—Estas son las fichas que vendemos. Y como ven, no se adaptan al mecanismo del toro. Necesita unas fichas grandes que ya no tenemos.

—¡Nosotros sí! —dijo Anunciación. Y como estaba atrás de Iván, pudo buscar en su mochila sin problemas. Sacó la gran ficha de metal, con dos ranuras.

—¿Me haría el favor de ponerla en la máquina? Así no tengo que bajar.

—Como quieran —dijo el gerente. Y puso la ficha en el aparato—. Verán que ni con ficha funciona...

Pero, apenas cayó la ficha, hubo un ruido sordo en el interior de la bestia y el toro bajó suavemente la cabeza.

—Sentí algo —dijo Iván.

—Sí, me parece que un poquito se movió —dijo su amiga.

—Pura sugestión —dijo el gerente.

El toro bajó la cabeza lentamente, como si fuera una bestia tímida y sumisa. Pero la levantó de golpe. Los chicos, sorprendidos, dieron un grito. Anunciación se agarró con fuerza de la cintura de Iván. Iván, de los cuernos del toro. Los corcoveos del animal, al principio suaves, se hicieron más bruscos.

—¡Me quiero bajar! —gritó Anunciación.

Iván hubiera estado de acuerdo. Desde que sus padres lo habían llevado a un parque de diversiones cuando tenía siete años, siempre les había tenido miedo a los juegos mecánicos. Hasta la calesita le había parecido peligrosa aquella vez. Pero ni oyó lo que decía su amiga, porque desde alguna parte del interior del animal sonaba, estridente, una canción del Oeste que lo ensordeció.

Anunciación abrazaba con tanta fuerza a Iván que este sentía que no podía respirar. En uno de los corcoveos Anunciación se soltó de Iván y quedó colgada del flanco izquierdo del toro. Sus piernas se sacudían con cada movimiento. Bastó un sacudón más para que Anunciación se soltara de Iván y cayera sentada en el piso.

Iván ni se dio cuenta que Anunciación estaba abajo. Sus manos seguían firmes en los cuernos de la bestia, mientras su cuerpo, con cada golpe, saltaba. Ahora el toro, de tanto agitarse, avanzaba por la vereda.

—¡Ayúdeme a pararlo! —le gritó al gerente de marketing.

—Ayúdelo —pidió Anunciación, que seguía sentada en el suelo.

El gerente lo miraba con desaprobación.

—Ey, vuelva aquí de inmediato. ¡Está prohibido sacar los juegos de la sala! ¡Seguridad!

Pero, como no venía nadie de seguridad, fue a desenchufar la máquina. Apenas tocó el cable, un chisporroteo lo asustó. Decidió cambiar de táctica.

—¡Policía! ¡Se roban el toro!

El toro ya estaba cruzando la calle. Un auto se detuvo con una frenada. Una moto de reparto de pizzas cayó sobre el pavimento. Iván estaba a punto de soltarse y dejarse caer cuando se le ocurrió que el toro mecánico era la única posibilidad de cruzar. ¿Pero cómo lo haría? Si bien avanzaba, era evidente que el cable no sería tan largo como para que el animal llegara, con la fuerza de sus sacudones, a la vereda de enfrente.

El cable estaba tenso. Un instante más y se desenchufaría. Como si el toro supiera que el juego estaba a punto de terminar y que era hora de dar lo mejor de sí, hizo un último corcoveo, más fuerte que los anteriores. Ya era menos toro que catapulta. Las manos resbalaron por los cuernos e Iván fue lanzado hacia la vereda de enfrente por sobre los adoquines de la calle. Chocó de frente contra un poste de luz, que alcanzó a rodear con sus brazos. Aturdido, se deslizó hacia abajo y quedó sentado a los pies del poste.

Anunciación cruzó la calle corriendo y fue hacia él. Iván logró ponerse de pie. Sobre la ceja izquierda empezaba a formarse un moretón.

—Me duele la frente —dijo él.

—A mí me duele... —había caído sentada, así que prefirió no decir qué le dolía.

Miraron al toro, ya desenchufado, que de pronto había perdido las ganas de escapar.

—¡Socorro! —gritaba el gerente de marketing y de todo—. ¡Estos delincuentes quisieron robarse el toro! ¡Policía!

Pero la policía no llegaba y la gente no lo miraba: solo tenían ojos para el toro mecánico que ocupaba la calle. Un camión que transportaba muebles frenó de golpe, pero los neumáticos resbalaron y lo embistió. El toro se derrumbó contra los adoquines. La cabeza se desprendió del cuerpo y rodó sobre el asfalto hasta llegar a los pies de Iván.

Las piedras amarillas de sus ojos parecían mirarlo con furia.

## LA LAGUNA DE LOS SARGAZOS

Antes de que Ríos y Lagos llegaran al museo se cruzaron en la esquina de la plaza central con la madre de Lagos, que estaba hecha una furia. Zamarreó a su hijo.

—¿Dónde te habías metido?

—¡Acordate del diez! —gritó Lagos. Era como un escualo protector.

La madre recordó el milagro y se tranquilizó de inmediato:

—Un diez. El primer diez en... cuántos años... —En seguida volvió a la realidad

—. Tu hermana no aparece. Ayúdame a buscarla.

Lagos dijo que la buscaría en las casas de las amigas. Le dijo a Ríos:

—Mi madre me reclama. Andá solo al museo. Yo tengo que buscar a Federica.

—No, vamos juntos.

Y empezaron a caminar por entre las calles infestadas de plantas.

—Buscar a mi hermana. Qué fastidio, ¿no?

—Sí, te entiendo, qué fastidio —pero su voz sonó apagada, sin convencimiento

—. ¿Y dónde la buscamos primero?

—En la casa de su mejor amiga, Paula, la chica alta. La casa está junto a la plaza.

Después Lagos dijo, como al pasar:

—Oí decir que te gusta Federica.

—¿A mí? —Ríos se mostró indignado—. ¿Quién dijo eso?

—¿No será cierto, no?

—No, cómo me va gustar. Ella es... es... tu hermana.

—Menos mal, porque a ella tampoco le gustás. Siempre habla mal de vos...

Ríos se había quedado inmóvil.

—¿Qué dice? —preguntó sin voz. No era una pregunta: era el fantasma de una pregunta.

—Era una broma... si hasta me dijo que te quería invitar a remar a la laguna. — Los ojos se abrieron de golpe—. ¡La laguna! Ahí debe estar. En los últimos tiempos es lo que más le gusta hacer. Se lleva un libro y se va a remar. Cuando salía de casa me dijo algo de un remo roto, pero no le presté atención. ¿Quién les presta atención a las hermanas?

—No sé. Yo no tengo hermanas.

Ríos solo tenía un hermano mayor.

Atravesaron la plaza, que estaba irreconocible por las malezas que la cubrían, y llegaron a la orilla. La superficie de la laguna estaba completamente cubierta de plantas acuáticas. Las plantas tenían unos bulbos amarillos que les permitían flotar y unos largos hilos verde claro. A lo lejos se veía un bote de madera, atrapado entre las

plantas. Desde el bote Federica los saludó.

Ríos y Lagos caminaron por el muelle, para estar lo más cerca posible del bote varado. El muelle era una endeble construcción de madera que entraba diez metros en la laguna.

—¡Vamos a rescatarte! —le gritó su hermano. Y por lo bajo le dijo a Ríos—: Pero no sé cómo. A ella mejor le escondo que no tenemos ningún plan, porque puede entrar en pánico.

Federica no parecía a punto de entrar en pánico, sino feliz de que hubieran llegado a rescatarla. Se miró en un espejito de plata que llevaba en la cartera y se arregló el pelo, como si estuviera a punto de salir rumbo a una fiesta.

—Trata de distraerse con lo que puede para no largarse a llorar —dijo su hermano.

Amarrados al muelle había varios botes de madera. Subieron a uno de los botes, pusieron los remos en sus toletes y soltaron la amarra. Pero no sirvió de nada: los botes estaban atrapados por las plantas.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Lagos—. Si Federica no vuelve en un buen rato, mi madre me va a echar la culpa a mí.

—¿Por qué? Esta vez no hiciste nada.

—Pero mi madre me reta por las dudas. Cuando alguien hizo algo malo y no sabe quién fue, me echa la culpa a mí. Dice que las estadísticas le dan la razón.

Ríos metió la mano en el agua, comprobando que las plantas solo estaban en la superficie. Después dijo, mientras se sacaba las zapatillas:

—Bajo la capa de plantas, no hay nada. Por abajo se puede avanzar.

—Estamos casi en otoño. El agua ya está fría.

—No se me ocurre otra cosa para hacer.

Se sacó la camisa y luego se ató a la cintura una larga soga deshilachada que encontró en el muelle.

—Cuando llegue al bote, le atamos la soga y vos te ocupás de tirar. O llamás a tu viejo para que nos saque con el auto.

—Perfecto —dijo Lagos, convencido de que era un plan imposible.

Y Ríos saltó al agua.

—¿Cómo está? —preguntó Lagos.

—Al principio parece fría. Pero después de un rato ya está helada.

Nadó apenas un par de metros sobre la superficie, porque las plantas le trababan los brazos. Los bucles verdes de las plantas se enredaban en sus tobillos como pálidas serpientes marinas. Se sumergió medio metro, hasta llegar al nivel que estaba libre de las plantas. De tanto en tanto buscaba un hueco para sacar la cabeza y tomar aire.

—¿Todo bien? —preguntaba Lagos.

Cuando sacaba la cabeza, Ríos apenas levantaba el pulgar en señal de aprobación:

no quería gastar oxígeno hablando.

Cerca del bote sintió que unos filamentos se le habían enredado con firmeza en los pies. Salió a la superficie en medio de un nido de plantas. Los bulbos amarillos brillaban como si tuvieran una vela encendida en su interior. El bote estaba a cinco metros y Federica miraba al nadador cubierto de plantas con más miedo que esperanza.

—¿Te atraparon, Martín? —preguntó.

Al tener los tobillos enredados, Ríos necesitaba mantenerse a flote solo con las manos. No era un gran nadador, y pronto sintió que le faltaba el aire.

Federica se dio cuenta de que algo iba mal, y empezó a dar furiosas paladas para acercar el bote al nadador. Cuando estuvo a solo dos metros, se inclinó por la proa y le tendió el remo. Ríos alcanzó a tocar la pala con la punta de los dedos. Hizo un último esfuerzo y aferró con las dos manos el remo. Descansó un instante, ahora sin necesidad de moverse para flotar. Estaba con la respiración agitada y sentía los músculos entumecidos por el frío.

—Hola, Federica —le dijo, con un resto de voz.

Ella hizo una sonrisa gigante y le tendió los brazos para ayudarlo a subir. El bote se había inclinado peligrosamente a estribor.

—Mejor sentate, así hacés contrapeso —dijo él. Federica obedeció y él pudo subir sin dificultad.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

Ríos le mostró que había traído consigo un cabo atado a la cintura.

—El otro extremo lo tiene tu hermano. Ahora, con ayuda de una polea o del auto de tu papá, Lagos va a tirar para sacar el bote del agua... No pongas esa cara, es un plan perfecto.

—¿Dejaste algo tan importante como el otro extremo de la soga en manos del tarado de mi hermano?

—Sí...

Federica señaló hacia la orilla. En algún momento Lagos había soltado el cabo y ahora se agarraba la cabeza.

—¿Ves?

—Bueno, parecía un plan perfecto.

—Si un plan tiene a mi hermano como parte importante, no es un plan perfecto.

Empezaba a anochecer, y un viento frío venía del Sur. Ríos, mojado, trató de no temblar. Siempre le había gustado Federica, pero nunca la había invitado a la plaza del Caballo negro, ni a tomar un helado, porque ella era más alta y eso lo intimidaba un poco. Y, ahora que por fin estaban juntos, se había puesto a temblar y le tiritaban los dientes.

—La única solución es que tratemos de remar hacia el otro extremo de la laguna.

—Nos vamos a alejar mucho del muelle.

—Pero el camino al muelle está bloqueado. Y hacia el otro lado hay menos plantas.

—Si nos quedamos solos en medio de la laguna, lejos de cualquier punto de la orilla, ¿cómo nos van a sacar?

—Tengamos confianza —dijo él, sin confianza.

Muerto de frío, se puso a remar. Las palas de los remos golpeaban los bulbos amarillos.

Lo ponía nervioso estar con Federica. Solo por darle conversación dijo:

—Leí el otro día que en una zona del Caribe hay bancos de algas que se llaman sargazos. Son tan compactos que, cuando atrapan un barco, este se queda ahí, encallado para siempre.

—Qué lindo saber eso en este momento. ¿No conocés alguna anécdota sobre gente que se quedó atrapada en botes y terminó ahogada o comida por cocodrilos?

Ríos pensó.

—No, exactamente así no. Pero me acuerdo de haber leído en el diario... —Pero se interrumpió. Lagos, desde el muelle, saltaba y gritaba.

—¡Están locos! ¡Vuelvan!

—Mi hermano piensa que el muelle va a poder aguantar sus saltos mucho tiempo. Le gustan demasiado los panqueques con dulce de leche. Yo en su lugar no confiaría tanto en esas maderas podridas.

Pero Lagos seguía saltando, pidiéndoles que regresaran, mientras Ríos remaba con todas sus fuerzas para alejarse del muelle.

Iván y Anunciación entraron en una pizzería y se sentaron junto a la ventana.

—Una pizza chica de muzzarella y hielo, por favor —le pidió ella al mozo.

—¿Para la bebida? —preguntó Iván.

—Para tu cabeza.

Tenía la frente hinchada.

Antes de llegar a los baños había un teléfono público. Iván puso una moneda en la máquina. Pero bastaba con marcar el prefijo de Zyl para oír un zumbido.

—¿Y? —preguntó Anunciación.

—Nada. Zyl sigue incomunicada. Los postes del teléfono deben haberse caído con la tormenta. Entre los rayos, los vientos y las plantas, nada queda en pie.

—Bueno, se van a salvar de tener clases.

—Igual me gusta ir a la escuela. No es lo mismo que el colegio Possum.

—¿Te va bien en las materias?

—En algunas sí... Diseño de Juegos, Dados y perinolas, Botánica Lúdica... Bueno, en Botánica Lúdica saqué diez, pero gracias a esas plantas malditas. En

Instructología o Redacción de reglamentos no me va tan bien. La materia la da el profesor Darco, que se ocupa además de imprimir todos los manuales de instrucciones de la ciudad. Yo siempre me olvido de alguna regla... y los reglamentos tienen que contemplar todas las posibilidades.

Y en este juego, en este laberinto, ¿vos creés que hay un reglamento?

No sé. El laberinto es un juego tan antiguo que no tiene reglas escritas. En el Juego de la oca no podés avanzar si no tirás antes el dado, porque una regla te lo impide. Pero en el laberinto ese impedimento es físico. Si hay un reglamento, consta de una sola línea: Estás atrapado. Salí como puedas. Eso es todo. Las paredes son el reglamento.

Después de comer la pizza, empezaron a dar vueltas a la manzana. Pero no lo hacían con el paso rápido de antes, sino lentamente, con más ánimo de siesta que de exploración.

—Ojalá no hubiera comido tanto.

—Encontré algo —dijo Anunciación, pero lo que había tomado por un toro era la foto de un ciervo, en un afiche de turismo—. Ya veo toros en cualquier parte.

Llegaron a la entrada del subterráneo.

—Entre las cosas que te dieron, ¿no había una tarjeta de subte?

—Pero no hay ningún toro dibujado que nos indique que hay que bajar.

—Es cierto —dijo Anunciación.

Buscaron alrededor de la entrada del subte. Nada. Un hombre de traje y corbata subió a los saltos las escaleras. A pocos pasos lo seguía una mujer vestida de gris, que trataba de mirarse en el espejito que había sacado de la cartera.

—¿Cómo es posible que no arreglen ese caño roto? —decía el hombre—. El agua cae a baldazos en medio de la estación.

—No sé para qué fui a la peluquería —dijo la mujer—. Te aviso: con estos pelos a la cena de hoy no voy ni loca.

—Tenés que ir. Me lo prometiste. Si no vamos, mi jefe no me lo perdona.

—Te digo que no voy. Tengo agua y revoque en el pelo, Hubiéramos ido en taxi en vez de tomar el subte...

—¡No podemos tomar taxis todos los días!

—Tacaño...

—Además, tenés el pelo perfecto. —Le sacó un pedazo de revoque de detrás de la oreja—. Así está mejor.

Iván y Anunciación los vieron marcharse. Al llegar a la esquina ya se habían amigado y el hombre tomaba a su esposa de la cintura. Anunciación abrió la mochila de Iván dando un fuerte tirón.

—Podrías pedir permiso alguna vez.

Anunciación no le hizo caso y sacó el paraguas.

—Dijeron que caía agua de la estación. Para eso tenemos el paraguas.

—Pero la señal sigue sin aparecer.

Anunciación abrió el paraguas negro y lo levantó contra la luz del sol. En el paraguas se dibujaron siete puntos de luz.

—Agujeros de polillas —dijo Iván.

—No, no es eso. Estos agujeros están hechos a propósito.

—¿Para que nos mojemos?

De pronto Iván recordó una lámina que había en la biblioteca del colegio, con los dibujos de las constelaciones.

—La constelación de Tauro.

Iván recorrió los puntos con el dedo, tratando de dibujar un triángulo que sirviera de cabeza y los dos cuernos.

—Si hay algo que no se les puede reprochar a los astrólogos de la Antigüedad es la falta de imaginación —dijo su amiga.

## ZANCORIA

**B**ajaron por una escalera de baldosas rojas y llegaron hasta una boletería vacía. Iván saltó por encima del molinete, mientras Anunciación ponía la tarjeta en la máquina.

La estación estaba desierta. Había un agujero en el techo y caía agua sobre el andén. Usaron el paraguas para pasar bajo la lluvia. En el andén de enfrente solo había una mujer que leía un libro, sentada en un banco. Había un quiosco que vendía lapiceras, sellos de goma y unos sacapuntas color cobre, miniaturas metálicas que representaban máquinas de escribir, un submarino, la Torre Eiffel, la Estatua de la Libertad.

Oyeron un rugido lejano. A cien metros, los faros iluminaron el túnel.

—Aquí viene.

—¿Y si me hace mal subirme a ese tren?

—No se me ocurre otra cosa para hacer.

El subte apareció y las ruedas rechinaron contra las vías. Las puertas de madera se abrieron. En el vagón solo había tres pasajeros: un joven de campera de jean y pelo largo, una chica con lentes que leía unos apuntes y un sacerdote de unos ochenta años, que hacía esfuerzos por no dormirse. El subte tenía espejos biselados, e Iván miró en el reflejo cómo lucían los dos juntos. «Parecemos dos chicos que salen un sábado a la tarde. Dos chicos comunes. Nadie sabe que estamos en un laberinto», pensó. Después se concentró en la cara de ella. Mirarla directamente lo ponía nervioso, sobre todo mirarla en silencio, pero a través del espejo no había problemas: ella no sabía que la estaba mirando, era como si otro, su reflejo y no él, la mirara. Pero ella de pronto descubrió sus ojos en el cristal.

—¿Qué mirás? —le preguntó ella, un poco avergonzada

—Me gustaría tener una máquina de fotos. Mis amigos Ríos y Lagos siempre hablan de sus aventuras cuando yo no estoy, y parece como si todo fuera más interesante porque recuerdan las cosas entre los dos. Si salimos de esto, vamos a poder recordar todo esto entre los dos también.

En la primera estación no le pasó nada. No sintió el malestar que le había sobrevenido antes de cruzar la calle. Por un momento se sintió libre de la condena. Y así fue también en la segunda estación. Pero en la tercera su amiga tiró tanto de su brazo que pensó que se lo iba a arrancar:

—¡Bajemos!

Iván la siguió a los tropezones y alcanzó a saltar cuando ya el vagón se ponía en marcha.

—¿Por qué ese apuro?

Anunciación señaló la pared. Había un afiche de publicidad de un restaurante:  
LA CAPA ROJA. PESCADOS Y MARISCOS.

En el dibujo se veía la foto de un torero con la capa tendida sobre la espada. Del toro no se veían más que los cuernos, ya que la tela roja lo tapaba.

Iban a cruzar los molinetes cuando Iván le pidió que esperara. En el andén había una cabina para sacar fotos automáticamente.

—¿Funcionará? —se preguntó Anunciación.

—¿Por qué no?

—¿No viste que en general las máquinas de las estaciones nunca funcionan? Las que venden boletos, las de las golosinas, las de café o gaseosas... Las instalan, funcionan tres días y se rompen para siempre. Si ponés una moneda te la tragan.

—Esta vez va a funcionar.

Puso un billete en la máquina y apretó un botón. Abrieron la pequeña puerta, corrieron una cortina negra y entraron en la estrecha cabina. Se sentaron muy apretados en un banco. Frente a ellos un cartel decía MIRE ESTE PUNTO.

Oyeron un tictac que duró unos diez segundos, y entonces se disparó el flash.

Esperaron un minuto hasta que la máquina les dio las dos fotos.

—Salimos bien —dijo Iván.

—Un poco apretados.

—Es que había poco lugar. Son máquinas para una persona sola.

Guardaron cada uno una copia. Y, sin decir más, subieron las escaleras. Salieron a una plaza. Al día siguiente empezaría el otoño y ya anocheecía más temprano, pero todavía quedaba un resto de luz en el cielo, detrás de las nubes. A unos pasos estaban los juegos: cuatro hamacas, dos subibajas, un tobogán. Los chicos ya se habían ido, empujados por el frío. De la arena asomaba algo azul.

—Puede ser una señal —dijo Iván y fue a levantarlo. Pero no era más que un autito de plástico. Siempre quedan juguetes enterrados en la arena cuando los chicos se van.

Empezaron a dar una vuelta por el parque. Iván de tanto en tanto probaba si podía cruzar la calle, pero la manzana del parque era otra isla, tan imposible de dejar atrás como las anteriores. Pasaron junto a la estatua de una pantera de bronce y se sentaron en un banco de piedra.

—¿No habrá alguna estatua de toro? —preguntó Iván.

—No, conozco bien este parque. Antes de que nos mudáramos vivía cerca. El colegio Possum está... estaba a tres cuadras. ¿Hace más frío o me parece a mí? — Anunciación se puso su buzo rojo.

El cielo se había cubierto de nubes grises. Las fuerzas parecían haberlos abandonado.

—Por una vez, la imagen del toro podría venir hacia nosotros, sin que tengamos que ir a buscarlo, ¿no? —se quejó Anunciación.

Como si sus palabras lo hubieran convocado, hubo un ruido en los árboles. Las ramas se agitaron, con el ruido que hacen los vientos de tormenta. Hojas y ramitas cayeron sobre ellos. Miraron para arriba, y vieron a un hombre extremadamente alto y pálido subido a unos zancos, que los miraba a ojos hundidos. Tenía una galera agujereada y parecía salido una pesadilla.

—¿Quién quiere probar la experiencia radical de ver el mundo desde la altura? ¿Quién quiere andar por encima las veredas y las calles?

Iván y Anunciación se miraron.

—Acá está la solución para salir del parque —dijo él.

El hombre tenía un aspecto decididamente estrafalario, con ese saco negro con las mangas cortadas a la altura de los hombros y la galera desfondada, y todos esos tatuajes que se extendían por los brazos: corazones, caballos, calaveras, una espada hecha de fuego, un pulpo de un solo ojo. Había de todo, pero una cosa no había.

—¿Ves? —dijo Anunciación—. Tenemos que buscar en otra parte. No hay ningún toro.

El hombre de los zancos se sacó la galera e hizo una reverencia, inclinando hacia ellos la cabeza rapada.

—Zancoria, para servirlos.

En el cráneo, en medio de viejas cicatrices, apareció un último tatuaje.

Lagos corría por la orilla de la laguna tratando de ver que dirección tomaría el bote.

—¿Por qué no se decidirán de una vez?

Pero en el bote las cosas no iban fáciles para Ríos y Federica. Las plantas, aunque habían perdido la solidez que tenían cerca del muelle, seguían estorbando. Podían avanzar unos metros en una dirección, pero enseguida tenían que desviarse, bloqueados por un banco de algas. Las palas de los remos chocaban contra las plantas y salpicaban sin hacer avanzar la embarcación.

Ríos viajaba aterido por la ropa empapada. Ella lo vio tan mal que lo cubrió con su chaleco.

—¡Es rosa! —protestó él.

—Pero es de lana. Además, es casi de noche. Nadie lo va a ver.

Ríos se resignó. Siguió remando para acercarse a la orilla. De vez en cuando se oían los gritos de Lagos.

—¡Ríos! ¡Federica!

Pero ya su figura se había perdido, disuelta en la oscuridad.

Iván estaba colgado de una rama. Sentía que sus manos pronto dejarían de sostenerlo.

—¿Listo? —preguntó Zancoria.

—Estoy listo.

—Ahora soltó un brazo y tomó la punta del zanco. Ahora el otro. Habrás visto que no son tan altos como los míos. ¡Sería suicida que probaras con algo así!

—También es suicida probar con estos.

—Nada que ver. Son zancos para principiantes. Podés manejarlos con las manos. ¿Cuántas clases pensás que vas a tomar?

—Hasta la primera caída es suficiente.

—No hay que desmoralizarse por una caída. Es un verdadero zancudo el que la supera, el que soporta los cortes en la cabeza, los moretones, las fracturas expuestas...

—No siga. Ya entendí.

Iván tenía los pies apoyados en la base de los zancos y sus manos se aferraban a los extremos, como si fueran largos bastones. Flotaba a metro y medio del suelo.

—Y ahora, el primer paso, que es el más importante.

Iván dio un paso tambaleante.

—Y ahora el segundo, que también tiene su importancia.

Para su sorpresa, Iván comprobó que podía caminar con zancos. No eran zancos como los de Zancoria, que se manejaban solo con los pies: él podía ayudarse con sus brazos.

—Nunca me imaginé que podía dar resultado —dijo sonriendo.

Abajo, Anunciación aplaudía.

Zancoria adoptó un aire profesoral:

—Quiero aclararte que al principio hay un momento de euforia. El aprendiz, al comprobar que puede caminar un poco, se envalentona, cree que se ha ganado el derecho de caminar por las alturas como si nada, y entonces...

—A cruzar —gritó Iván, y avanzó con pasos de gigante rumbo a la vereda...

—... y entonces ocurren las desgracias.

Iván avanzaba por el césped con pasos veloces.

—Esperá, la idea es mantenerte dentro del parque. Hay árboles de los cuales colgarse. La tierra es más blanda que las baldosas de la vereda... Sobre el césped no hay autos, taxis, colectivos...

Zancoria vio cómo Iván ya ponía un pie (un zanco) en la vereda. Miró a Anunciación.

—¿Sabe tu amigo que la empresa no se hace cargo de daños de ningún tipo?

Iván dejó atrás la vereda y dio su primer paso en el asfalto.

Zancoria le seguía hablando a Anunciación, pero ella no le prestaba atención.

Solo tenía ojos para Iván. Todos los ojos no, porque se había tapado con la mano la cara y miraba por la rendija, como cuando veía películas de terror. Un automóvil se detuvo y se oyó un bocinazo. Iván por poco se lleva por delante el farol del alumbrado público. Después metió la cabeza entre las ramas de un árbol y empezó a girar para zafarse de las hojas que lo rodeaban. A pesar de estos inconvenientes, parecía feliz en su aventura.

Anunciación corrió hacia la vereda.

—Iván, listo. Terminá de cruzar y bajate.

Pero Iván no estaba muy convencido de dejar los zancos.

—A lo mejor es la solución para cruzar todas las cuadras. Para salir del laberinto. ¿Señor Zancoria, a cuánto me vendería...?

Pero había un agujero en el asfalto, y la punta del zanco se hundió unos diez centímetros.

—¿Tu amigo cuenta con un buen seguro médico? —preguntó el maestro.

Iván sacó el zanco del agujero con demasiada fuerza y se balanceó peligrosamente hacia atrás. El zanco había perdido el regatón de goma que tenía en el extremo. Para contrarrestar, echó el cuerpo hacia delante. Y eso fue demasiado. Chocó contra la pared y solo llegó a agarrarse de unos cables oscuros que colgaban de un edificio. Los zancos cayeron con estrépito. Los cables cedieron, pero amortiguaron la caída. Iván terminó en el suelo.

Anunciación cruzó la calle.

—¿Estás bien?

Iván seguía en el suelo.

—Me raspé la rodilla, nada más.

Zancoria llegó junto a ellos.

—¡Cruzar la calle es la clase decimoséptima, no la primera!

Iván, maltrecho, le devolvió los zancos.

—Por hoy tuvimos suficiente —dijo el caído.

Sacó un billete del bolsillo y le pagó la clase.

—Y cincuenta más por la pérdida del regatón —reclamó Zancoria.

Iván, sin protestar, le dio otro billete. Zancoria se guardó la plata.

—Tenía esperanzas en vos. Pero el que pierde en la primera clase el regatón, ese sí que va por mal camino.

Después se fue a grandes pasos, como un gigante de verdad, atravesando el follaje de los árboles.

## EL PUENTE DE HIERRO

Cuando el bote alcanzó la orilla, ya era noche cerrada. Federica y Ríos estaban exhaustos de remar; Lagos, agotado de correr por la orilla. Ataron el cabo del bote a un árbol. Después se dieron los tres un abrazo cansado, y estuvieron ron a punto de quedarse dormidos en el abrazo.

—Es tarde para visitar a Canobbio —dijo Lagos.

Ríos estornudó.

—Mañana nos ocupamos de conseguir los secretos de Madame Aracné. Ahora quiero comida caliente, ropa seca, y a la cama.

Caminaron unas cuerdas en silencio, hasta llegar a los primeros faroles de alumbrado. Ríos caminaba al lado de Federica. Ahora no le parecía tanto más alta.

—¿Y ese chaleco? —preguntó Lagos.

Avergonzado, Ríos se sacó el chaleco rosa y se lo devolvió a Federica.

Hacía frío —se disculpó—. Además, en la oscuridad no había visto el color.

—¿Qué estarán haciendo Ríos y Lagos? —preguntó Iván. Se lo preguntó a sí mismo, sin ánimo de responderse, pero lo hizo en voz alta, como si fuera Anunciación la destinataria de la pregunta.

—¿Cómo voy a saber yo? Ni siquiera los conozco.

—Los tres estamos siempre juntos. Pero ellos se cuentan aventuras de cuando yo no los conocía. Para ellos, voy a ser siempre «el nuevo».

—Pero vas a poder contarles esta aventura.

—Pero estoy solo.

—¿Solo? ¿Y yo qué soy? ¿Un buzón, un árbol?

—Quise decir: solo para contarlo. No es lo mismo. Ellos van a contar las cosas entre los dos, y me van a dejar afuera. Yo no puedo llevarte a Zyl.

—Hoy no. Pero otro día.

—¿Vendrías, otro día?

—Claro que iría. —De pronto le dio algo de vergüenza. No quería que Iván pensara que...—. Por interés turístico, nada más. Me gusta conocer lugares nuevos.

«Otro día», pensó Iván. Era tan agobiante, tan difícil ese día, que era difícil pensar en el día siguiente, y el otro, y el otro.

Mientras conversaban, llegaron a las vías del tren. La barrera, pintada de rojo y blanco, estaba alta, pero Iván no pudo cruzar. Había llegado a un nuevo límite, una nueva pared de su laberinto invisible.

—Hasta acá llegamos —dijo, con la voz apagada.

Un puente cruzaba las vías. El puente había tenido alguna vez una escalera para llegar a lo alto, pero ahora no había escalones de ninguna clase. Habían sacado la escalera para que nadie corriera el riesgo de subir al puente. La estructura de hierro parecía a punto de derrumbarse.

Junto al puente había una estación. Unos pocos pasajeros esperaban la llegada del tren. Empezaron a caminar por el largo andén.

—En la tapa de ese libro hay un toro... —dijo Iván, señalando a un chico de unos diez años que leía un libro troquelado.

Se acercaron.

—No es un toro —dijo ella—. Es un triceratops.

—Lo vi de lejos. Me pareció que era.

—¿Un toro verde y con tres cuernos?

Al rato era Anunciación la que imaginaba el toro.

—Esa mancha en el suelo. ¿La ves?

—Es alquitrán derramado. Y puede ser un toro o cualquier cosa.

—Para mí que es un toro.

—Sí, y son toros esas hojas de diario que vuelan y esas nubes en el cielo. Busquemos algo más preciso.

Los pasajeros miraban extrañados a ese par de niños que estudiaban los carteles oxidados, los papeles pegoteados en las paredes y en las columnas de la estación, y que hasta se asomaban a mirar las vías, como si allí abajo, entre botellas rotas y latas aplastadas, pudiera haber algo de valor.

—¿Se les perdió algo? —les preguntó una señora. Anunciación contestó:

—El boletín de la escuela, nada importante.

Llegó un tren. Los pasajeros subieron, apurados por llegar a su casa. Frente a la barrera baja se habían reunido algunos autos, que esperaban que el tren se fuera de una vez. Se oyó la bocina de la locomotora, con su aullido de animal prehistórico, y la formación partió.

Cuando Iván miró cómo se iba el tren hacia el Oeste, descubrió algo atado en el puente. Era un toro de juguete, de plástico, de color negro, de unos siete centímetros de alto. Le habían hecho un nudo con piolín blanco. Se lo señaló a su amiga.

—Es uno de esos animalitos para jugar a la granja —dijo Anunciación.

—Y eso quiere decir que tenemos que subir por el puente roto.

—Y que tenemos que conseguir una escalera.

—Escalera no tenemos. Pero sí una cuerda.

Iván sacó de su mochila la soga. Era lo suficientemente larga como para llegar al puente.

—Ahora, a buscar algo que nos sirva para asegurar la soga...

Además de las vías principales, corría bajo el puente una vía lateral, clausurada muchos años antes. Sobre ella había un vagón abandonado rodeado de malezas. Tres gatos grises los miraban impasibles. Caminaron alrededor del vagón buscando...

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó ella.

—Algo con que nos pueda servir de gancho.

—Ah —dijo Anunciación. No estaba acostumbrada a mirar en las cajas de herramientas ni en las cajas con cartelitos como:

COSAS QUE NO SE USAN  
(PERO NO SE TIRAN).

Para ella lo que no se usaba se tiraba.

Había grandes tuercas, pedazos de carbón, clavos, la cabeza de un martillo... pero al final fue ella la que encontró un pedazo de fierro curvado y con agujeros para poner tornillos.

—¿Esto sirve?

—Claro que sirve.

Iván pasó la cuerda por uno de los agujeros y pronto tuvieron un instrumento que hubiera servido para escalar un pico montañoso.

Junto al puente, Iván revoleó el gancho.

—Trató de no pegarme en la nariz.

—Ahí va.

Ahí fue, pero no se enganchó. Hubo que hacer varios intentos hasta que el gancho quedara firme contra uno de los fierros del puente.

Iván empezó a trepar. No era fácil trepar por una cuerda delgada y sin nudos, pero siempre se había dado maña en los caños de los toboganes y en los pasamanos de las plazas.

—Parecés Batman —le dijo su amiga. Iván sospechó que no lo tomaba muy en serio. Pronto estuvo encima del puente.

Después le tocó a Anunciación. Iván le dijo que cruzara las vías como lo hacía la gente común, pero ella, terca como era, insistió en seguirlo por el puente. Le costó un poco más, pero pudo subir. Se puso tan contenta que empezó a bailar en el puente.

—¡Quieta! —le advirtió Iván—. ¿No ves cómo está el piso?

El puente estaba tan oxidado que en algunos sectores había agujeros por los que podía pasar el pie de una persona.

—Me gusta festejar.

—Pero no festejes cayéndote. ¿Y la soga?

La soga se había caído. Estaban atrapados en un puente sin escaleras.

—¿Cómo bajamos? Vamos a tener que pasar acá la noche entera —dijo

Anunciación con tono de fatalidad y reproche.

—No fue a mí al que se le cayó la cuerda.

—Tenías que avisarme que sacara la cuerda apenas me subía. Vos tenés más experiencia en estas cosas.

—¿En subir a puentes rotos? Te aseguro que no.

No había nadie cerca como para pedirle ayuda. Con mucho cuidado de no meter el pie en los agujeros caminaron hasta el otro extremo del puente. No había escalera para bajar. Iván se sentó en el borde, con las piernas colgando.

—¿Vas a saltar? —le preguntó su amiga—. Primero tendrías que redactar tu testamento.

Iván se sacó el cinturón. Era un cinturón de cuero marrón con una hebilla plateada.

—Siempre me molestó este cinturón, porque es demasiado largo y me da media vuelta. Pero ahora me parece que nos va a servir.

Pasó el cinturón por uno de los tirantes de hierro del puente. Dio un tirón para ver si estaba bien firme. Y después se deslizó hacia abajo hasta llegar a la punta del cinturón.

—Ah, yo eso no lo voy a hacer —dijo Anunciación.

El cinturón se había terminado, no quedaba otro remedio que saltar. Iván se soltó y cayó sobre sus pies.

—Un salto perfecto —se felicitó—. Ahora vos.

—¿No hay otra manera?

—No.

Resignada, empezó a deslizarse por el cinturón. Iván se dispuso a hacerse el caballero.

—Tírate tranquila, que yo te atajo.

—Mejor no —dijo ella. Pero no es fácil aferrarse a un cinturón, y las manos resbalaron...

Cuando cayó sobre Iván, lo derrumbó. Los dos rodaron por el suelo.

—En mi vida recibí más golpes que hoy. No hay ningún lugar que no me duela.

—No es mi culpa. Vos insististe en atajarme. Si no estabas seguro... —algo la distrajo—. ¿Y tus pantalones?

—¿Qué tienen mis pantalones? —Iván se los acomodó.

—¿No se te caen sin el cinturón?

—No.

—Mejor así. No quisiera que, además de todos los problemas, hiciéramos un papelón.

El cinturón había quedado atado al puente, ya irrecuperable.

—Era mi único cinturón —dijo Iván.

—No importa. Te regalo otro para tu cumpleaños.

¡Atchís!

El sábado Ríos despertó resfriado. Le dolían un poco los huesos, como si estuviera a punto de engriparse.

—Hoy te quedás en cama —le dijo su madre.

—No. Para quedarme en cama, prefiero un día de semana.

Enfermarse en sábado o domingo, como todo el mundo sabe, es pésimo negocio.

Su madre abrió la ventana y señaló hacia fuera. Ya eran las diez de la mañana, pero el sol no se animaba a entrar en la maraña que formaban las plantas.

—Mirá, como esto siga así, no sé cuándo volverá a haber clases.

Ríos se asomó. En la noche las plantas habían crecido aún más. Ya no había vehículos en las calles: ni autos ni bicicletas. Hasta era difícil caminar sin tropezar con las raíces. Un árbol de tronco azul había crecido tanto que ya era más alto que la casa.

—¿Y este árbol tan grande?

—Es mi bonsái —dijo su madre.

—Parece más secuoya que bonsái.

Ríos se puso un jean, una remera negra y un buzo azul.

—Estoy preocupada por tu padre —dijo su madre.

—No te hagas problema, mamá. Mucha gente está deprimida por lo que nos pasa.

—Al contrario. Me preocupa porque lo noto entusiasmado. Canta. ¿No lo oís? Siempre que canta es porque se acerca una catástrofe.

El señor Ríos estaba en la mesa de la cocina, dibujando el plano de una máquina en una hoja grande y transparente. Usaba un lápiz al que le quedaban de vida una o dos visitas al sacapuntas. Y cantaba. Primero un tango, luego un bolero...

Se calló en cuanto vio a su hijo.

—Creo que con una pequeña variación la máquina puede funcionar. Lo que la otra vez falló...

—Era que aniquilaba los gatos —dijo Ríos mientras abría la heladera en busca de la botella de leche.

—¡No! Eso es una infamia. Lo que pasó fue que se aceleraba sola. Pero con una modificación casi insignificante...

La madre puso una taza de café delante de su marido.

—Ninguna modificación. La máquina se destruyó. ¿Te acordás? Después de hacer todos los desastres posibles se hundió en la laguna. Está allí abajo, oxidada.

—Pobres pejerreyes, pobres mojarritas —dijo Ríos por lo bajo, sin que su padre lo oyera.

El padre seguía atento a sus planos.

—Estoy tan cerca de comprender todo, tan cerca...

—Tan cerca de quedarte dormido. Pasaste toda la noche sin pegar un ojo. No necesito un marido que perfeccione máquinas hundidas: necesito alguien que saque las malezas de la casa antes que levanten las maderas del piso y...

La señora Ríos no siguió hablando, porque el lápiz rodó por la mesa y cayó al suelo. Su marido se había quedado dormido con la cabeza apoyada contra la mesa.

Ríos le dio un beso a su mamá, prometió que después la ayudaría con las malezas y se fue a buscar a Lagos. Como su amigo había ido en su busca, se encontraron a mitad de camino.

—¿Y tu hermana? —preguntó Ríos.

—Bien. Me preguntó cómo estabas.

Ríos trató de borrar la sonrisa de su cara. Un estornudo lo ayudó.

—Mi madre quería que me quedara en cama, pero estoy bien. Vamos a buscar a Canobbio.

Lo encontraron en las puertas del museo, tratando de separar a Blanco y a Negro, que estaban por irse a las manos. Blanco, alto, corpulento y de largos brazos, intentaba que sus puños llegaran hasta Negro. Canobbio, en el medio, lo impedía. Negro giraba alrededor de Canobbio, burlón.

El señor Blanco, al ver a los chicos, los tomó de testigos.

—Negro me llenó todo de semillas, para que mi fábrica quedara rodeada de malezas. Quiere ser el único fabricante de ajedrez de Zyl.

—¡Mejor dedícate al tatetí! —se burlaba Negro. Para un especialista en ajedrez, no había peor insulto que ese.

—Calma, señores —intervino Canobbio—. Hagan tablas. Hay niños presentes.

—Ya no somos niños —protestó Lagos.

—Por esta vez, hagan de cuenta que lo son —le pidió Canobbio. Y volviéndose a Blanco y Negro—: No dejemos que estas plantas del infierno dividan a los amigos.

—Pero si siempre fuimos enemigos.

—O que dividan a los enemigos. Lo mismo da. Que cada uno vuelva a su fábrica a despejar las malezas. Tal vez, entre tantas plantas puedan encontrar una madera nueva que les sirva para las piezas.

Esa idea les gustó y, con el propósito de adelantarse al otro en algún descubrimiento que les permitiera hacer piezas más sólidas y baratas, se apuraron a regresar a sus fábricas.

Canobbio señaló las malezas que cubrían el museo.

—¿Vienen a ayudarme? Mi cintura no da más.

—Venimos a hacerle una consulta —dijo Ríos.

Canobbio los invitó a pasar y se apresuró a anotar sus nombres en el libro de visitas. Unos tallos delgados que parecían líneas de tinta verde invadían el libro, y

Canobbio arrancó un manojito de esa telaraña vegetal.

—¿Sabe lo de Iván?

—Me enteré, sí. Sé que está en un concurso de laberintos. Y que probablemente esté atrapado en un laberinto de Madame Aracné.

—¿Usted la conoció?

—De nombre, solo de nombre, por suerte.

—Dice la profesora Daimino que tal vez haya en el museo unos papeles que pertenecieron a Aab.

—Algunos papeles hay. Esta era la casa de Aab.

—Son unos escritos donde se ocupó de los laberintos de Aracné.

Canobbio se rascó la cabeza.

—No, no recuerdo nada de eso. Pero no confío en mi memoria. Mejor, demos una mirada al archivo.

El archivo ocupaba una habitación en el fondo de la planta baja. Pasaron junto al gran rompecabezas que representaba el plano de Zyl y junto a las vitrinas con antiguos juegos y llegaron hasta una habitación con estantes en las paredes y algunos muebles de metal. En los estantes había cajas de madera numeradas del uno al veinticinco.

—Las cuatro primeras corresponden a Aab y a la fundación de la ciudad. Ayúdenme a bajarlas.

Los chicos se subieron a una escalenta de metal y sacaron las cuatro cajas, que pusieron en la mesa del archivo.

Las cajas no tenían tapa. Allí encontraron viejas cartas atadas con una cinta azul, el acta de fundación de la ciudad, y algunas piezas de los primeros juegos —unos dardos con punta de imán, un gran giroscopio de bronce, una oca de porcelana—, pero nada que tuviera que ver con los laberintos vegetales de Madame Aracné.

—No hay caso. Habrá que buscar por el otro lado.

Los amigos parecían desanimados.

—Si no sabe usted, ¿quién más puede saber de esas cosas viejas? Perdón, quise decir...

—No te preocupes, no me ofendo. Pero no soy el único al que se puede preguntar...

—También está el Griego...

—El Griego se ocupó siempre de sus negocios, nada más, no sabe nada de la historia de Zyl.

—Y Nicolás Dragó...

—Dragó, claro... pero no creo que sepa mucho de Aracné. A él siempre le interesaron los juegos de tablero y los rompecabezas. Pero está también...

Y Canobbio se llevó las manos a la cabeza, como si señalara un sombrero

invisible.

—¿La señora Palanti? —aventuró Lagos. La señora Palanti siempre usaba unos sombreros estrafalarios.

—Frío, frío —dijo Canobbio.

Lagos y Ríos gritaron a la vez:

—¡El Cerebro Mágico!

## EL LABERINTO EN EL LABERINTO

Iván y Anunciación se acercaron a un pequeño parque de diversiones. Una mezcla de ruidos llenaba el aire: viejas canciones infantiles, chirridos de máquinas sin aceite y gritos y llanto de niños. El aire olía a pochoclo, garrapiñadas y motor recalentado. Por encima de las dos columnas de la entrada un cartel anunciaba, entre lamparitas rojas y amarillas, el nombre del lugar: Las Dos Mellizas. Iván no prestó atención al nombre, pero a Anunciación no le gustó.

—Si son mellizas, ¿cuántas van a ser?

Era así, le gustaba corregir el mundo.

Apenas entraron vieron que había una oruga, unas unta que giraban a buena velocidad, un tren fantasma cuyo recorrido era tan breve que casi no había tiempo de asustarse. Había unas pocas familias en el parque. Padres y madres trataban de arrastrar a sus hijos a la salida, pero los chicos insistían en que les faltaba subirse a un juego u otro.

Un chico de unos siete años se peleaba con su madre, que quería acercarlo a la salida. El chico revoleaba a modo de protesta una nube de azúcar, con la que rozó el brazo de Anunciación. Ella lo miró furiosa.

—¡Cuidado!

Pero el chico ni la miró.

—¡Quiero ir al laberinto!

—Te dije que no —respondió la madre—. Ya diste treinta vueltas en los autitos chocadores, te compré una bolsa de pochoclo, una manzana acaramelada y esa porquería pegajosa.

—¡Nube de azúcar! Se llama así —dijo el chico.

—Yo la llamo «esa porquería pegajosa». Ahora un baño y a la cama.

—¡Quiero ir al laberinto! —insistía el chico. Y trató de zafarse de la mano de su madre, hasta que ella decidió arrastrarlo de la oreja derecha.

—¡Bien! —gritó Anunciación, sintiéndose vengada. No le gustaban los chicos malcriados, y menos cuando portaban nubes de azúcar.

Pero Iván se había fijado en otra cosa.

—El chico hablaba de un laberinto. ¿Dónde está?

Lo encontraron en el fondo del pequeño parque. En esa zona las luces eran más tenues. No había niños cerca, y el laberinto parecía cerrado.

El juego era una construcción cuadrangular. Desde fuera no se veía el interior, ya que no tenía ninguna ventana, y la entrada estaba cubierta por una cortina negra. A los costados de la entrada había dos columnas de yeso. Sobre la pared de chapa

aparecía pintada la figura del Minotauro. El hombre con cabeza de toro empuñaba una espada.

—Estás en un laberinto y ahora encontrás un laberinto —le dijo Anunciación.

Iván no lo sabía, pero el laberinto dentro del laberinto era uno de los trucos favoritos de Madame Aracné.

—¿Quién habrá pintado este Minotauro? Peor no le podía salir. Más que a un toro se parece al ratón Mickey.

Iván pensaba en el juego.

—Un laberinto necesita más espacio. Por complicado que sea el recorrido de su interior, no hay espacio suficiente como para que nadie se pierda.

—¿Se saldrá por la misma entrada? Porque yo no veo ninguna salida.

—Debe estar por detrás. —El fondo del laberinto daba a una alambrada, contra una avenida—. Tenemos la imagen del toro, así que hay que entrar.

Los boletos para los juegos se vendían en una casilla pintada de verde. En el interior había dos mujeres idénticas, que los miraban detrás de unos anteojos de carey también idénticos. Tenían los ojos y los labios pintados con un derroche de maquillaje y unos peinados altos, sostenidos a fuerza de spray.

—Queremos boletos para el laberinto —pidió Anunciación.

—¿Por qué no van mejor a la oruga? —dijo la melliza de la izquierda.

—Vértigo, vértigo —dijo la de la derecha.

—Preferimos el laberinto —Anunciación habló con firmeza.

—Es solo para mayores. No lo recomendamos a los niños —dijo melliza izquierda.

—No somos niños. Tenemos... —Anunciación se quedó muda: no convenía decir nada antes de saber cuál era la edad necesaria—. ¿Cuál es la edad mínima para entrar?

—Ah, eso depende.

—¿De qué?

—De la madurez de cada persona. Hay chicos de seis años más maduros que otros de veinticinco. Te hablan de política, de ecología, de la paz mundial.

—¿Y cómo saben quién es maduro y quién no?

—Por la cara. Documentos de identidad, partidas de nacimiento, cédulas: no damos importancia a esas cosas. Solo la cara, el modo de mirar, de hablar.

—Le aseguro que nosotros somos maduros —dijo Anunciación, mirándola con fijeza.

—Si fueran maduros, no estarían en un parque de diversiones. —Melliza derecha los miraba fijo—. Irían, no sé, a conferencias sobre geopolítica o sobre el arte contemporáneo. Y sobre todo, no tratarían de entrar en el laberinto, que no es un juego para personas maduras.

Su hermana estuvo de acuerdo:

—Los laberintos fomentan la irresponsabilidad. Enseñan a perderse. Elijan mejor los autitos chocadores, que van a toda velocidad.

—Vértigo, vértigo —dijo melliza derecha—. El otro día un chico salió volando y se partió la nariz.

Las dos se rieron al recordar el episodio.

Iván insistió:

—Dos boletos para el laberinto.

Melliza derecha suspiró, tomó el dinero y cortó los tickets de mala gana. Eran de color celeste.

—Es una lástima que vayan allí —dijo—. Como el laberinto ya no le interesa a nadie, hace tiempo que no lo revisamos. Adentro puede haber cualquier cosa...

—La gente es muy sucia —dijo melliza izquierda—. Tira basura. Bolsas de pochoclo, cajas de maní con chocolate, pirulines pegoteados, y esas nubes de azúcar, que yo, si fuera presidente, prohibiría.

—En eso estoy de acuerdo —aprobó Anunciación.

—En cambio antes, cuando vivía nuestro padre, al laberinto lo limpiábamos todos los días. Hasta habíamos contratado a un Minotauro.

—¿En serio? —preguntó Iván.

—Era don Arturo, el del quiosco. Excelente actor. Perseguía a los chicos con su cabeza de toro.

—Los chicos salían llorando desesperados —recordó melliza izquierda, suspirando.

—Qué linda época. Eso era un parque de diversiones. No esto.

Las dos mujeres se quedaron un segundo en silencio. Guardaron en una pequeña caja fuerte el dinero de las entradas.

—Mucha suerte. Y recuerden que la entrada no sirve de salida —dijo melliza izquierda.

—La entrada es la entrada y la salida, la salida —aprobó melliza derecha—. Recuerden también lo que decía nuestro padre...

Las dos recitaron a dúo:

—«En encontrar la salida  
a algunos se les va la vida».

Y se largaron a reír a la vez.

—Locas —dijo Anunciación, mientras se alejaban a paso rápido de las mellizas. Volvieron a la zona de sombras, donde se escondía el laberinto.

—¿Qué dice ahí? —preguntó Iván, señalando unas letras griegas que estaban escritas en el arco de la entrada.

—No sé. Pero voy a estudiar griego cuando sea grande.

No había nadie en la entrada a quien entregarle los tickets que habían acabado de comprar. Los guardaron. Apenas entraron en el juego una puerta corrediza se cerró a sus espaldas.

Cuando vio a los chicos desaparecer en el interior del laberinto, melliza derecha miró hacia su hermana.

—Yo me quedo en la boletería. Vos andá a poner en marcha el laberinto.

—¿Por qué no vas vos?

—Porque no tengo ganas.

—A mí me duele la cintura.

—La cintura es algo físico. No tener ganas es espiritual. Andá vos.

La melliza izquierda obedeció y fue hasta un costado del juego. Había una gran palanca. La tomó con las dos manos y tiró con fuerza hacia ella. Hubo un ruido a engranajes sin aceite, a trenes desplazándose lentamente sobre vías maltrechas, a máquinas que se despiertan luego de una larga hibernación. Y todo el laberinto tembló. Después de suspirar dijo para sí:

—Yo les advertí que era mejor sacar boleto para los autitos chocadores.

El señor Negro vivía solo. Tenía su casa en lo alto de la fábrica. Todas las tardes subía a la terraza para ver qué hacía su competidor, el señor Blanco.

A veces el señor Blanco lo había copiado al señor Negro. Como cuando sacó su línea de piezas de mármol. O su ajedrez movido por imanes. Por eso consideraba a su enemigo un traidor, un imitador, un copión.

Otras veces, era el señor Negro el que había copiado a Blanco. Pero eso no quería decir que fuese un imitador. Nada de eso: era un competidor feroz, que no se rendía ante el ingenio del adversario.

La verdad era que, por mucho que trataran de innovar, en el mundo del ajedrez triunfaba la tradición, y los juegos que más se vendían eran los clásicos, de madera.

El señor Negro subió a la terraza. Allí tenía un telescopio. Se lo había comprado un año atrás a la señora Lentieri, la constructora de juegos ópticos. En su negocio tenía catalejos, largavistas, periscopios y caleidoscopios. Él había meditado mucho antes de decidirse por el telescopio. Al principio había usado aquella lente para ver las estrellas. Al principio... los primeros quince minutos. Qué interesantes Las constelaciones, las Tres Marías, el Lucero de la tarde, la cruz del Sur, pero... ¿Qué está haciendo Blanco? Así fue como Negro se olvidó de las estrellas y se concentró en las actividades de su adversario. Desde entonces llevaba la cuenta de los listones de madera que entraban a la fábrica, los tarros de pintura, las cajas que salían, con todas sus piezas listas. Espiar a su competidor se convirtió en rutina. Todo esto le

permitía tener una idea de cómo marchaban los negocios de Blanco.

—En el mundo actual, información es dinero —se decía el señor Negro.

Esa tarde al mirar, como todas las tardes, la terraza del señor Blanco, se dio cuenta de que el otro lo miraba con un telescopio. ¡Ah, había descubierto su pequeño secreto y lo imitaba también en eso! Maldito Blanco... Hasta en el noble ejercicio de la astronomía tenía que competir. El señor Negro bajó molesto el telescopio. Pero entonces vio algo inesperado. Un animal aprovechaba una ventana abierta de la planta baja para entrar en la fábrica del señor Blanco. El señor Negro lo vio durante un segundo, pero eso le bastó para darse cuenta de que se trataba de un puma.

En las arboledas que rodeaban a Zyl abundaban los pumas, pero nunca se acercaban a la ciudad. Muy de vez en cuando, algún vecino que vivía apartado se quejaba de que un puma le había comido un par de gallinas. Pero eso era todo. Ahora, con el cambio en la flora de Zyl, también había cambiado la fauna. Algunos caranchos sobrevolaban la ciudad, a la espera de algún pequeño animal muerto entre las plantas. Los pájaros se marchaban. Unos perros lobos, que siempre habían mirado las casas con respeto, se habían acercado. Y también los pumas estaban de visita. Que la ciudad ahora fuera bosque era una invitación a entrar.

«Que se las arregle», pensó el señor Negro. Y fue a prepararse un sándwich de atún.

Ya había abierto la lata cuando pensó que no estaba obrando bien.

—Voy a llamarlo por teléfono y avisarle. Si va a luchar con un puma, es bueno que al menos esté alerta. ¡Qué cara va a poner cuando le diga!

Pero se acordó que los teléfonos estaban sin línea. Además, él no tenía el número de teléfono de Blanco. Cómo lo iba a tener, si se detestaban.

Negro salió a la calle. Llamó a los gritos a los vecinos:

—¡Hay un puma en lo de Blanco!

Pero ningún vecino salió. La mayoría había abandonado sus casas, por temor a quedar atrapados entre las plantas.

Así que el señor Negro respiró profundamente, atravesó la calle llena de malezas, y entró, por primera vez en su vida, en la fábrica de su enemigo.

Anunciación probó mover la puerta corrediza que se había cerrado a sus espaldas.

—No se mueve ni un centímetro. Estamos encerrados de verdad.

—La entrada es la entrada y la salida, la salida. —Iván recordó las palabras de las mellizas.

—Igual no estamos en peligro —dijo Anunciación—. Este laberinto es tan chico que no hay espacio para perderse.

La luz era tenue: había muchas lamparitas en el techo del laberinto, pero en su mayoría estaban quemadas. Las paredes eran chapas pintadas con motivos griegos:

las figuras de los dioses, columnas rotas, vasijas. También había letras griegas, pero se notaba que el pintor las había copiado de algún libro, solo por afán decorativo, porque no formaban palabras.

Llegaron a un espacio central. Ahí estaba Poseidón, una estatua de yeso que emergía de un estanque de agua, listaba armado con un tridente. Tenía unos grandes ojos pintados de azul y una barba blanca de la que colgaban hipocampos y cangrejos. El dios de los mares le había salido medio cabezón al escultor.

—Este laberinto no es tan simple como parece —dijo Iván.

¿No? Ahí está la salida, detrás de Poseidón. Hace segundos que entramos y ya la encontré.

Pero Iván sabía más de juegos que Anunciación.

—Si mirás la base de los paneles, vas a ver que están montados sobre rieles.

Iván movió un poco la pared.

—Se deslizan sobre rulemanes.

Anunciación empezaba a entender:

—Eso quiere decir...

Se oyó un ruido sordo y el laberinto tembló. Anunciación se cayó al suelo.

—... que las paredes se mueven —terminó Anunciación, en el mismo momento en que uno de los paneles se desplazaba y la separaba de Iván.

Iván trató de eludir el panel, pero otro cambio de paredes volvió a bloquearle el camino.

—¡Anunciación!

Ella le contestó, pero ahora parecía que estaba lejos, separada por dos o más paredes. Como biombos sucesivos, como sábanas tendidas una tras otra en una terraza, las paredes se cruzaban en el camino. Había que saltar de un lado a otro para no correr el peligro de ser aplastado por los muros. Iván empezó a correr, pasando entre las paredes que se cerraban ante él. No podía decidir adonde quería ir. Se dio cuenta de que había perdido por completo la noción del espacio.

—¡Anunciación! —gritó.

—Iván... ¿dónde estás?

—En... alguna parte. —Todo cambiaba a su alrededor tan rápido que las palabras no llegaban a tiempo para nombrarlo.

—Yo estoy en una plataforma giratoria. No paro de dar vueltas.

Los paneles se cerraban violentamente y había que tener cuidado de evitarlos. En uno de los saltos Iván fue más lento que el panel, y le quedó apretado el brazo.

Dio un grito de dolor. Sintió que los dedos de Anunciación llegaban a rozar el dorso de la mano, casi una caricia, pero de inmediato volvieron a quedar separados por los inquietos muros de latón.

Apenas liberó el brazo abrió la mochila y buscó la brújula. No era tarea fácil:

había entrado en una de las plataformas giratorias y todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Se le cayeron las cosas de las manos. Con las rodillas en el suelo, trató de devolver todo a la mochila. Apenas lo consiguió se escapó de la plataforma giratoria, que era el punto de máximo caos. A la brújula se le había roto el cristal, pero la aguja imantada seguía señalando, temblorosa, el Norte.

«Vamos, Iván, a pensar rápido...», se dijo a sí mismo.

Tenía que decidir dónde estaba la salida. El sol se ponía en el Oeste, hacia donde corrían las vías del tren. Eso quería decir que la puerta del laberinto estaba en el Norte y que probablemente la puerta de salida estuviera en el lado Sur. Habían visto tres lados de la construcción y en ellos no había ninguna salida. Debía estar en el cuarto lado, que daba contra la avenida.

Con la brújula en la mano intentó mantener fijo el rumbo hacia el Sur. Era muy complicado, porque el juego de los paneles móviles a menudo lo hacía retroceder. Las luces se apagaban y encendían, aumentando la sensación de infusión. En uno de sus inseguros pasos su pie encontró el vacío. E Iván hundió los pies en el estanque donde gobernaba Poseidón. Tuvo que aferrarse a la estatua para no sumergirse por completo en el agua sucia.

—Discúlpeme, Poseidón —le dijo. El dios lo miraba con una sonrisa burlona.

Desde allí llegó a ver a Anunciación. Ella trató de ir hacia él, pero un panel se interpuso. Iván le gritó:

—La próxima vez, vos me das el hilo, como Ariadna, y te quedás afuera del laberinto.

—La próxima vez vuelvo a entrar —dijo la niña invisible, que ahora se había vuelto invisible de verdad.

Era muy difícil prestar atención a la brújula y a los paneles a la vez. Pero al cabo del tiempo, por mucho que se movieran los paneles, Iván se dio cuenta de que repetían una cierta rutina

—Iván, ¿dónde estás? —preguntaba Anunciación, agotada por los saltos.

—Encontré un lugar donde quedarme quieto: el estanque.

—Yo no voy. No quiero meter los pies en esa agua sucia.

Tenía razón. El agua del estanque no había sido cambiada en largo tiempo, y estaba oscura de óxido. Iván, hundido hasta la mitad de la pierna, sentía los pies helados.

Los movimientos del laberinto no eran movimientos totalmente librados al azar: si se los observaba durante cierto tiempo, se podía ver la repetición. Primero este, luego aquel, en tercer lugar aquel otro... Si se estudiaba la repetición, se podía prever cuál sería el siguiente movimiento. El secreto de ese laberinto no estaba en saltar de un lado al otro, sino en quedarse quieto y observar, aunque se tuviera; que meter los pies en el agua.

«Por suerte no me traje mis zapatillas nuevas», pensó Iván. Y en el fondo no hubiera sido tan grave, porque las que llamaba «zapatillas nuevas» no eran tan nuevas tampoco.

Después de un rato, pudo memorizar los movimientos. El lugar, tan extraño al principio, se le empezó a hacer familiar. Lo recorrió sin problemas, como si el juego de las paredes móviles no significara nada, como si fuera capaz de ver la estructura inmóvil detrás de los cambios, el edificio detrás de la máquina. Y así pudo avanzar en dirección sur y alcanzar una pequeña puerta de madera. Tuvo que agachar la cabeza para pasar. Pronto estuvo al aire libre.

Dio la vuelta al juego y encontró la palanca que lo había puesto en marcha. Tiró de la palanca hacia sí. La máquina pareció suspirar antes de detenerse, como si también ella hubiera estado esperando esa pausa. Sin el movimiento de las paredes, Anunciación encontró enseguida la salida.

Se abrazaron.

—Tenés las zapatillas mojadas.

—Culpa de Poseidón.

Los saltos y las corridas por el laberinto la habían despeinado. Él le apartó el pelo de la cara. La miró un segundo.

—Ojalá hubiera traído un peine. Debo estar horrible, ¿no?

—No —dijo Iván, en un susurro imperceptible.

Fueron hacia la salida, en medio de los ruidos de los autitos chocadores, la música estridente y pasada de moda de la oruga, y los gritos y llantos de los chicos que pedían otro juego, uno más, el último, mientras los padres los arrastraban a la salida.

## EL POZO DE LAS PIEZAS PERDIDAS

**E**l señor Negro había entrado por la ventana en la fábrica de Blanco. Quería avisarle que había recibido otra visita: un puma.

—¿Qué hago acá? ¿En serio voy a salvar a Blanco? Al menos voy a aprovechar para robarle algunos secretos.

Miró las mesas de trabajo, donde se cortaba la madera, los tornos donde se daba forma a las piezas, los estantes donde se ponían las piezas ya pintadas. En un rincón estaban los proyectos de Blanco.

—Ah, las cosas que se tenía guardadas.

Había un ajedrez pequeño que entraba en un bolsillo, y unos llaveros hechos con alfiles, seguramente preparados para aprovechar un excedente de piezas.

—Qué manera de desvirtuar el noble arte del ajedrez, usar los alfiles como llaveros. Pero ahora que pienso, yo tengo unos caballos que me sobran...

Entonces oyó un grito de Blanco.

—¿Blanco? ¿Estás arriba? Es un puma, no es para tanto. —Pero después lo pensó mejor—. ¿Y si nos come a los dos? Qué horror, morir en la fábrica de Blanco.

Miró a su alrededor para ver si había algo para defenderse. Habían guardado todas las herramientas. ¡Qué ordenado era Blanco! ¡Cómo odiaba ese orden! En una vitrina vio una serie de trofeos. Entre ellos un gran alfil de plata, que había ganado en un concurso de fabricantes de ajedrez.

Lo tomó con placer. Tenía un buen peso.

—Ah, si se rompe en la lucha con el puma, Blanco no va a poder decir nada.

Los gritos de auxilio se repitieron, y Negro se dio cuenta de que no venían de arriba, sino del patio trasero de la fábrica.

Salió por la puerta de atrás. No había rastros de Blanco ni del puma. Solo se veían malezas.

—¿Blanco?

—¡Negro! Estoy en el pozo.

Negro comprendió de inmediato. Blanco había ido a parar al Pozo de las Piezas Perdidas.

El primer aljibe de Zyl se había secado mucho tiempo atrás, y casi de inmediato se había convertido en el pozo de los deseos de Zyl. Roma tiene su Fontana de Trevi, Zyl tenía su Pozo de las Piezas Perdidas. Nadie sabía cómo había empezado la creencia, pero habían tomado la costumbre de arrojar una pieza con la mano derecha por sobre el hombro izquierdo antes de fabricar un nuevo juego, hacer un viaje o casarse.

—Vine a salvarlo —dijo Negro, asomándose.

Desde abajo, Blanco vio que Negro sostenía el alfil de plata.

—¿Y cómo me va a salvar? ¿Robándose mis premios?

—No. Es solo por defensa. El puma debe seguir por aquí.

En eso Negro oyó un gruñido a sus espaldas. Era el puma. El enorme gato se quedó quieto, como si fuera consciente de su belleza y se dejara admirar. Negro lo amenazó con el trofeo. El animal, como si aceptara la invitación a un juego, dio un salto en dirección a Negro. Le tiró el alfil de plata, pero falló por completo. Y, al ver la furia del animal, el fabricante de ajedrez se arrojó a sí mismo en al Pozo de las Piezas Perdidas.

El pozo de un aljibe suele ser muy profundo: lo suficiente como para alcanzar una napa de agua. Pero como este pozo había ido recibiendo a lo largo de los años miles de piezas, el fondo ya no estaba tan lejos de la superficie. Negro recibió un golpe, pero nada más.

—¿Usted está loco? ¿Cómo se le ocurre saltar al pozo? —le preguntó Blanco.

—Vine para salvarlo y se queja. Además, el primero en saltar fue usted.

—Ahora los dos estamos perdidos. ¿Cómo vamos a salir de aquí? No hay modo de escalar estas paredes.

—Alguien vendrá a rescatarnos antes que anochezca.

—Qué optimista. ¿Quién va a venir? Con estas plantas la gente no encuentra ni la puerta de su casa. ¿Nos van a encontrar a nosotros?

—Si yo me enteré que usted estaba en peligro, alguien más puede enterarse.

—Usted se enteró porque espía mi fábrica con su telescopio.

Negro no supo qué responder. Y se quedaron sentados en el fondo, en silencio.

Cuando llegaron a un teléfono público, Anunciación se detuvo.

—Esperá. Voy a llamar a mi casa. —Puso la moneda en el teléfono—. ¿Mamá? Estoy en la casa de Martina.

...

—Sí, me llevan a casa después de la cena.

—Atchís (esto sí lo escuchó Iván).

—¿Seguís con ese resfrío?

...

Pasó un colectivo.

—No, te estoy llamando de la calle porque salimos a comprar helado. Antes de las doce estoy en casa, sí. Besos.

Cortó.

—Está todo bien. Mi papá está de viaje y ella va a ir ahora a la casa de una amiga. Espero que para la noche esto esté resuelto, si no, me voy a meter en problemas...

¿Iván?

Iván se había alejado de ella unos pasos. Estaba frente a una casa que tenía unas rejas negras.

—¿Qué te pasa? ¿Estás hipnotizado de nuevo? Sabía que iba a tener efectos secundarios...

Pero Iván no estaba hipnotizado, solo perplejo. Estaba mirando un cartel con forma de hoja de árbol.

Anunciación leyó el cartel, pero no le dio importancia

—Sigamos. Seguro que ahí no hay ningún toro.

Pero Iván seguía quieto frente a la casa.

—¿No me escuchaste?

El cartel decía:

VIVERO MANO VERDE.  
SERVICIOS INTEGRALES DE JARDINERÍA.

Y abajo había una mano verde que se prendía y apagaba.

# TERCERA PARTE

## PERDIDOS EN LA NOCHE



## EL ÁRBOL

Iván abrió la reja y entró decidido en el vivero de Mano Verde. Anunciación lo seguía unos pasos atrás. Llegaron a una sala iluminada con tubos fluorescentes. A pesar de que el cartel decía que se trataba de un vivero, las pocas plantas que se veían agonizaban sin remedio. De la pared colgaba un almanaque de publicidad: en la foto, una chica en bikini sostenía una maceta y sonreía. Era de cinco años atrás y la imagen estaba descolorida.

La puerta se abrió y apareció Mano Verde, vestido con el mismo traje verde que había mostrado en Zyl, y con la corbata de pétalos de girasol.

Mostró una sonrisa falsa, ya convertida en mueca después de tantas repeticiones, y dijo:

—Florezco al recibirlos.

Iván se lo señaló a Anunciación:

—Ahí está. Ese fue el que destruyó Zyl.

Anunciación miró extrañada a Iván. No era lógico que un niño acusara a un adulto así. Además, el aspecto de Mano Verde daba miedo, bastaba ver aquella mano de reptil para temblar.

—Tranquilo, mi amigo. No se me ofusque. Le puedo hacer té de tilo, para los nervios.

—No necesito té de tilo. Usted sembró esas semillas en Zyl. Y ahora me va a decir cómo sacar esas plantas que invadieron toda la ciudad.

Mano Verde se sentó detrás de un escritorio.

—En primer lugar, la palabra «ciudad» le queda grande. Es más bien un pueblo. ¿Cuántos habitantes tiene? ¿Conoce los datos del último censo?

—No sé cuántos habitantes tiene Zyl, pero pronto no va a quedar ninguno si sus plantas siguen creciendo.

Mano Verde pareció meditar seriamente en las palabras de Iván.

—¿Y es en serio que las plantas invadieron todo?

—Como si no lo supiera...

—¿Quiere decir que las plantas que yo planté... crecieron?

Parecía asombrado.

—Crecieron. Y a toda velocidad.

—¿Y las germinaciones... germinaron?

—En tiempo récord.

Mano Verde empezó a aplaudir como un desaforado.

—Gracias, gracias, millones de gracias.

Se inclinó sobre el escritorio como si quisiera abrazar a Iván, pero este retrocedió.

—Este hombre está loco —le dijo Anunciación en el oído—. Mejor nos vamos.

—Quiero saber cómo hacer para que las planta desaparezcan —exigió Iván en voz alta.

—No tengo la menor idea. Yo fui una especie de mensajero.

—¿De quién?

—No lo sé. Era un viernes a la tarde. El negocio estaba vacío. Yo estaba muy desalentado. Me decía: esta ciudad no me merece. Poner un vivero aquí es hacer del campo orégano, es tirar margaritas a los chanchos. Y me dieron ganas de cerrar el vivero para siempre.

—Una excelente idea —dijo Iván por lo bajo.

—Pero justo cuando estaba a punto de irme llegó un cartero con una encomienda para mí: una caja grande. En el interior había un sobre con una carta, un fajo de billetes y muchos tarros con semillas. En la carta decía que debía venderlas o regalárselas a los habitantes de Zyl. Que eran un regalo de un amigo de la ciudad. Además había algunas especificaciones...

—¿Por ejemplo?

—Que a usted tenía que darle una semilla en particular.

—La semilla del mensaje —le explicó Iván a su amiga—. ¿La carta estaba firmada?

—Solamente decía *Un amigo de Zyl*.

—¿Y no le pareció sospechoso?

—Me estaban encargando un trabajo, no una investigación. Así que decidí cumplir. Me dije: «Mano Verde, por fin ha llegado el momento de cosechar lo que sembraste». Fui a Zyl con mi camioneta, me ofrecí para arreglar el laberinto y dejé las semillas. Nunca creí que germinaran...

—¿Por qué no? —preguntó Anunciación—. Es lo que hacen las semillas: germinan.

Mano Verde puso frente a sí un potus que no estaba bien de salud.

—Pero a mí nada me sale bien. Observen este ejemplar. —El potus dejó caer una hoja, a modo de opinión—. Siempre quise dedicarme a las plantas. Aunque nací con una mano verde —levantó su mano de reptil—, nunca tuve lo que se da en llamar «mano verde». A mí las plantas se me secan y las flores se me mueren. Por eso tengo pocos clientes. Si hubiera sabido que esas semillas tenían ese poder, habría guardado algunas para mí.

—¿Y no tiene idea de cómo hacer para detener su crecimiento?

—No. Se ve que no tengo suerte con los asuntos botánicos: justo ahora que logro que unas plantas crezcan, las quieren arrancar. Hablando de Zyl: ¿Se vinieron desde allá para verme? ¿Cómo me encontraron?

—De casualidad —dijo Iván—. Pasábamos por acá y vimos el cartel.

—No —dijo Anunciación—. Es evidente que Aracné quiso que lo encontráramos. Solo entonces Mano Verde mostró preocupación.

—¿Aracné? ¿Madame Aracné?

—Exacto.

—¿Están ustedes diciendo que fue Madame Aracné la que me envió el dinero y las semillas?

—Estamos convencidos de que fue ella.

Mano Verde se derrumbó en un sillón y puso la cabeza entre las manos.

—Voy a terminar en prisión. Yo soy tramposo, es cierto, y vendo flores de plástico diciendo que son orquídeas de verdad, pero no soy un asesino. En cambio, Madame Aracné pertenece al mundo del laberinto criminal. —Tomó un lápiz y un papel—. Díganme sus nombres completos y el número de sus documentos de identidad. Ustedes serán mis testigos ante la policía, declararán que yo no he tenido nada que ver.

Iván le dijo con toda seriedad:

—Vamos a declarar que es el principal cómplice de la destrucción de Zyl y la mano derecha... —pensó mejor— la «mano verde» derecha de Madame Aracné.

—Por favor, sin alcahueterías. A cambio de su silencio les regalo un helecho.

Empujó hacia ellos una maceta que estorbaba en la mesa. Bastó el movimiento para que la planta perdiera dos docenas de hojas. Al ver que no lo aceptaban, dijo:

—Tengo en el fondo unas calas de plástico que son muy decorativas. No hay que regarlas.

—No queremos plantas —dijo Iván—. Necesitamos que nos diga cómo ubicar a Madame Aracné.

—No sé, ya les dije. Jamás la vi.

Anunciación tomó la maceta con el helecho y la sopesó.

—Sabía que el helecho les iba a gustar... —se entusiasmó Mano Verde.

—Bastante pesada como para abrirle la cabeza —dijo Anunciación—. ¿Quiere que pruebe mi puntería?

—Por favor. Los jardineros detestamos la violencia. Recuerden lo que dijo el poeta: «Y para aquel que me arranca / el corazón con que vivo / ni cardo ni ortiga cultivo. / Cultivo una rosa blanca».

Anunciación bajó la maceta. Su madre siempre le recitaba aquellos versos de Martí. Las poesías tenían sobre ella un efecto pacificador.

—Mi amigo está en un laberinto mental y ese laberinto nos trajo hasta aquí. ¿Cómo puede hacer para salir?

—¿Qué laberinto? ¿Es una metáfora para decir que está...?

El jardinero llevó el dedo índice a su sien.

—No, no está loco. Está encerrado.

Iván no tenía ganas de explicarle su situación.

—Este no sabe nada, Anunciación. Mejor nos vamos.

Pero Anunciación no se rendía:

—¿Y no ha visto un toro?

—¿Un toro? No, bastante mal me va con las plantas, no quisiera incorporar animales. Hay que alimentarlos, cuidar que no se escapen, que no se coman entre ellos...

—No decimos un toro de verdad. Puede ser un dibujo, una señal...

—Ustedes son chicos verdaderamente extraños. ¿Siempre van por ahí, al anochecer, amenazando a la gente y buscando toros? ¿No probaron hablar con un especialista, con alguien que entienda de estas perturbaciones?

Pero de pronto Mano Verde se quedó mudo y señaló la calle. Pensaron que les indicaba la salida, pero les preguntó:

—¿Les sirve un toro tallado en un árbol?

—Claro.

—Hace unos días alguien dibujó con una navaja una cabeza de toro en el árbol que está en la puerta del vivero. Fue justo mientras yo estaba en Zyl repartiendo semillas.

Salieron corriendo para ver la señal. A sus espaldas, Mano Verde les gritaba:

—¡El helecho! ¡Llévense el helecho!

El árbol era frondoso. La luz del atardecer atravesaba las hojas, dibujando sus nervaduras como si se tratara de letras chinas.

—Es un roble —dijo Anunciación con seguridad. Iván no discutió. No sabía mucho de árboles. Los árboles eran árboles, nada más. Solo reconocía el palo borracho, cuyo tronco de color verde claro se distinguía de los otros, y el limonero, con su tronco oscuro y retorcido. En noviembre sabía cuáles eran los jacarandás, porque se llenaban de flores celestes.

—Voy a tener que trepar para cruzar.

No parecía demasiado difícil. Una tormenta reciente había quebrado una de las grandes ramas sin desprenderla del todo, y esta llegaba hasta la vereda de enfrente, de tal manera que el árbol tenía algo de puente. Acostumbrado a los árboles de Zyl, Iván empezó a trepar.

¡Qué distinto es ver un árbol desde afuera a verlo desde dentro! Desde afuera, parecen estar hechos solo de ramas y hojas, pero desde adentro se encuentran siempre otras cosas. Insectos escondidos en los agujeros, barriletes perdidos, con sus hilos enredados, alguna pelota de goma encajada entre dos ramas, nidos abandonados por los gorriones o los jilgueros. Su mano derecha arrancó, sin querer, una gran telaraña y

una araña de patas largas corrió a esconderse. En algunas lugares la corteza aparecía cubierta de líquenes de un verde casi blanco. Los pedazos de corteza flojos, que parecían tablillas escritas con mucho trabajo, se desprendían a medida que trepaba, e iban dejando en la vereda las señales de su paseo por las alturas.

Para trepar había que saber evaluar la resistencia de las ramas: a veces una delgada, todavía verde, podía soportar más peso que una que parecía antigua y fuerte, pero recorrida por una rajadura capaz de derrumbarla al menor movimiento. «Un árbol es un laberinto de ramas», pensó Iván, pero enseguida se corrigió: un árbol no tiene nada de laberinto. Un árbol tiene raíces, un tronco, un centro, y nunca engaña, nunca hace trampas. Un árbol muestra la dirección correcta: es exactamente lo contrario a un laberinto. Basta con trepar a un árbol para que este se convierta en el centro del parque, del bosque, del mundo.

Estaba a más de tres metros de altura cuando alcanzó la rama quebrada, y fue deslizándose por ella, como si fuera uno de los pasamanos que hay en las plazas, al lado de toboganes y hamacas. Era una calle tranquila y no pasaban autos. Cuando puso los pies en la vereda vio que una rama había caído, y la guardó en su mochila, sin saber por qué. La rama era larga y sobresalía. Ya no quedaba nada del sol que había iluminado las hojas: habían bastado esos pocos minutos, de rama en rama, para que oscureciera. Había subido al árbol de día y ahora bajaba casi de noche.

Apenas llegó, Anunciación lo abrazó. No había habido (y no lo habría después) obstáculo más fácil que ese, y sin embargo ella lo abrazó como si él hubiera corrido un gran peligro.

—¿Para qué es esa rama que guardaste?

—No sé.

Muchas veces había guardado ramas en sus paseos por las afueras de Zyl, o por la orilla de la laguna. Se proponía hacer arcos, juegos, espadas... hasta ahora nunca había usado ninguna. Juntar ramas en los bosques o caracoles en la playa: nadie sabe por qué los chicos guardan esas cosas, pero lo hacen desde siempre. Como si coleccionaran pedazos de días, como si quisieran que de ese día quedara algo más real que un recuerdo, algo que se pueda tocar y que no cambie con el tiempo. Como si caracoles, piedras o ramas fueran objetos mágicos a los que basta con frotar para ver el momento en que se los juntó, en una playa, una montaña o un bosque.

## ZAK, ZAK, ZAK

**E**l padre de Ríos era el encargado de guardar la llave del Cerebro Mágico. Los dos amigos fueron a buscarla. El ingeniero Ríos seguía durmiendo, esta vez en el sillón del comedor. Ríos lo despertó suavemente.

—No se puede consultar al Cerebro por cualquier tontería —les dijo, restregándose los ojos.

—No es cualquier tontería, papá. Tenemos que ayudar a Iván a salir del laberinto.

Explicaron todo lo que habían averiguado hasta el momento, que era poco y nada. El señor Ríos parecía asentir... en realidad cabeceaba.

—Ya no podemos preguntarle por los papeles de Aab a nadie más —dijo su hijo.

No muy convencido, el señor Ríos buscó en un cajón y les tendió una llave grande, de hierro.

—Toquen lo menos posible. Háblenle en voz baja. Formulen las preguntas con claridad. Y cierren con llave cuando hayan terminado.

Los dos amigos marcharon al encuentro con el Cerebro Mágico. La pequeña casa donde se guardaba al autómatas estaba a tres cuerdas de la de Ríos. Muy cerca también de la plaza del Caballo negro, donde acostumbraban a reunirse. A pesar de que el camino les era tan conocido, les costó llegar: las ramas bloqueaban las calles y había que dar rodeos, buscar huecos en la espesura, arrastrarse por el piso.

El Cerebro Mágico era un autómatas que había recorrido en una feria ambulante todos los pueblos de la provincia durante muchos años. En 1920 su dueño se lo había vendido a Aab, el fundador de Zyl. Desde entonces la máquina había permanecido en la pequeña ciudad. Inspirado por el autómatas, Aab había construido un juego que constaba de un tablero sobre el que se colocaban distintas hojas con muchas preguntas y respuestas. A través de unos punzones metálicos, unidos a cables, había que hacer coincidir una pregunta con la respuesta correcta. Cuando se acertaba se encendía una luz. En la tapa del juego se veía un adivino con bigote atusado y turbante azul. El juego había tenido tanto éxito que, en tiempos de Aab, los chicos venían de ciudades y pueblos lejanos para conocer al Cerebro Mágico original. Cada uno tenía el derecho a hacer una pregunta que el autómatas respondía por «sí» o por «no». Si la luz de la bola de cristal se encendía una vez, la respuesta era «sí». Dos veces significaba «no».

Ríos abrió la puerta, haciendo girar con alguna dificultad la llave que le había dado su padre. Corrió unas pesadas cortinas amarillas y la luz del día entró en el cuarto. La figura del autómatas emergió de la oscuridad.

Los dos se quedaron unos segundos en silencio. Conocían al autómatas, pero su

figura no dejaba de intimidarlos, como había intimidado a muchos otros chicos a lo largo del tiempo.

Lagos odiaba las cosas oscuras, las cosas que no tenían una fácil explicación. Y el Cerebro Mágico nunca le había gustado del todo. Le susurró a su amigo:

—La última vez el autómata mandó a Iván a la Compañía de los Juegos Profundos. ¿Fue bueno que hiciera eso?

—Fue bueno al final. Venció a Morodian. Iván averiguó qué había pasado con sus padres. La compañía acabó por desaparecer, y Zyl dejó de ser una ciudad muerta. ¿Te acordás de lo que era esto? ¿Los negocios cerrados, las fábricas abandonadas? En la escuela casi no había alumnos.

—Pero lo mandó al peligro. Podría haber muerto.

—Nunca supimos si le respondió por sí o por no. Fue Iván el que dijo que sabía lo que tenía que hacer.

—Si sabía, para qué preguntó.

—A veces hay que hacer las preguntas, aunque uno sepa la respuesta.

—Eso no tiene para mí el menor sentido.

—Al hacer la pregunta en voz alta, con toda claridad, por primera vez, uno se da cuenta de que tiene la respuesta.

Pero Lagos no se convencía:

—No sé si tenemos que confiar en el Cerebro. Arreglado además por tu padre.

—En tu cerebro yo no confiaría. Pero en este sí, aunque esté arreglado por mi padre.

El ingeniero Ríos había rescatado al Cerebro Mágico después de años de encierro y abandono. Había cambiado los cables de la máquina, había remendado la ropa del autómata y hasta había encontrado botones dorados parecidos a los originales.

Ríos fue hasta los controles, que estaban detrás de un pequeño biombo. Había tres llaves. Cuando giró la primera se encendieron los ojos del muñeco con una luz rojiza. Con la segunda llave las manos se movieron en la mesa, como si hicieran, frente a la bola de cristal, un pase mágico. Y a la tercera llave la bola se iluminó durante un segundo como para probar que estaba dispuesta a responder.

—Déjame hablar a mí —dijo Ríos.

—¿Por qué vos?

—Si hablamos los dos a la vez lo confundimos.

Lagos aceptó, de mala gana.

—Buen día —dijo Ríos.

—No lo saludes. Es una máquina.

—Pero tiene forma humana.

—Hoy saludás a esta máquina, mañana abrazás al lavarropas.

Ríos pidió silencio con un gesto y clavó sus ojos en el muñeco.

—¿Existen los papeles de Aab donde habla de Madame Aracné?

Una luz se encendió: Sí.

—¿Pueden servir para ayudar a Iván?

Una luz.

—Capaz que sólo funciona el sí —dijo Lagos—. Probemos con algo cuya respuesta sea seguro no.

Ríos se puso a pensar pero Lagos fue más rápido.

—¿Es cierto que a Ríos no le gusta para nada mi hermana?

La luz brilló dos veces.

—Idiota —dijo Ríos y, sin dejarse distraer, siguió—: ¿Esos papeles están en el museo?

El autómatas negó: dos luces.

—¿Están escondidos en algún lugar? —preguntó Lagos.

Una luz muy intensa.

—¿Viste eso? Dijo que sí... pero con más brillo que antes.

—¿Están... encerrados? —preguntó Lagos.

Sí. No solo se encendió la luz, sino que el brazo del muñeco se levantó apenas y luego cayó, como si señalara el suelo.

—Bajo tierra —murmuró Lagos. Y preguntó en voz alta—: ¿Están enterrados?

El Cerebro pareció dudar pero volvió a decir que sí.

—¿Dónde? ¿En qué sitio?

Pero el autómatas solo respondía por sí o por no. Nada de qué, cómo, dónde, cuándo.

Y de pronto, como si las respuestas hubieran agotado a la figura del turbante, las luces se apagaron.

Al oír un ruido a sus espaldas los chicos se sobresaltaron. Se dieron vuelta: era Nicolás Dragó, que los estaba observando. Parecía preocupado y abatido a la vez.

—Creo que están tratando de ayudar a Iván. ¿Es así?

Ríos habló:

—Creemos que está en un laberinto de Madame Aracné. Nos pidió ayuda: quiere saber qué forma tenían sus laberintos. Aab escribió sobre eso, pero parece que los escritos de Aab están bajo tierra.

—En algún sótano —agregó Lagos—. ¿Tiene sótano el museo?

Nicolás negó con la cabeza.

—En ningún sótano. Están enterrados. Yo les puedo prestar un par de palas.

—¿Dónde están? ¿En la plaza?

Por un momento temieron que dijera: en el cementerio.

—En el laberinto —dijo Nicolás Dragó.

Cuando llegaron a la esquina, Iván descubrió un nuevo límite. Trató de cruzar rumbo al Sur, y no pudo. Sin embargo, rumbo al Este...

—Por acá sí puedo cruzar.

Iván comprobó, luego de caminar un rato, que ya no estaba en una isla de una sola manzana, sino de tres.

—Es como si estuviéramos en las afueras del laberinto —le dijo a su amiga.

—¿Por qué?

—Los tramos se hacen más largos. Quizás la salida esté cerca.

Sacó de la mochila un lápiz y un papel e hizo un boceto del recorrido:

—Es algo más o menos así.

Pero a Anunciación le preocupaba otra cosa que la forma del laberinto:

—Espero que a mi madre no se le ocurra llamar a lo de mi amiga antes de salir. Si se entera de que le mentí, no me va a dejar salir en un mes.

Siguieron caminando. Anunciación llevaba sobre los hombros la campera de Iván. A medida que iban hacia el Oeste, y que el día entraba en la noche, había menos negocios con las luces encendidas: de vez en cuando algún quiosco 24 horas, una farmacia de turno, donde atendían a través de la reja, o una estación de servicio. Después ya no hubo más negocios.

Habían llegado a una zona oscura. Los faroles ya no estaban uno cerca del otro. Había unas pocas lámparas de mercurio que colgaban de las esquinas. Parecían hechas no para iluminar, sino para distraer a las grandes mariposas de noche, que daban vueltas alrededor de ellas y chocaban en vano contra el vidrio. Los gatos se escondían debajo de los autos o empezaban a recorrer los techos, en plan romántico o turístico.

—Qué distinta es la ciudad de noche que de día...

—Sobre todo cuando uno no conoce el barrio.

—Si al menos saliera la luna.

El cielo estaba nublado pero no totalmente oscuro, como si las luces de la ciudad rebotaran contra las nubes bajas.

En mitad de una cuadra oscura descubrieron una luz azul. Había en ese azul eléctrico algo frío, sin alma. Se acercaron. Era una carnicería. En la puerta colgaba un cartelito que decía: «Abierto». Pero no se veía a nadie detrás del mostrador. Sobre la mesada de mármol, junto a la sierra eléctrica, había un bulto oscuro. Se acercaron con lentitud. Cuando estuvieron frente a la vidriera, descubrieron que el bulto era una cabeza de toro. Los ojos estaban abiertos. Le habían cortado las orejas. La cabeza había sido ubicada mirando a la izquierda, a la sierra eléctrica.

—Te aseguro que mi mamá no compraría en esta carnicería. Mejor el supermercado.

—Esta vez el símbolo del toro es un toro de verdad.

—La cabeza solamente. Una parte, no todo.

—Es lo mismo. ¿Tendré que entrar?

—Entrar... —repitió Anunciación, como si no conociera el significado de la palabra.

—Dice «abierto». Pero lo dice para mí, porque a esta hora todas las carnicerías están cerradas.

—Yo ahí no entro ni loca.

Pero apenas Iván se acercó a la puerta ella lo siguió. Iván la abrió con suavidad. Apenas entraron olieron la sangre del toro, que había dibujado líneas temblorosas sobre el mármol.

Anunciación se llevó la mano a la cara, como hacía cuando veía películas de terror.

—No puedo ver esos ojos.

Pero Iván estaba distraído por un ruido que venía del fondo del local.

—¿Oís? Hay alguien.

Detrás de una cortina formada por tiritas de plástico verde, alguien afilaba cuchillos.

Zak, zak, zak.

—Preguntemos —dijo Iván. Pero se quedó callado. La cabeza sobre la mesada de mármol parecía un altar, como si alguien hiciera una ofrenda a algún dios sediento de sangre.

Zak zak zak.

Iván se aclaró la garganta y dijo:

—Señor, estamos buscando...

—¿Por qué «señor»? —interrumpió su amiga—. Puede ser una señora.

—A las mujeres no les interesa afilar cuchillos. ¿No viste a los afiladores que van casa por casa con su bicicleta y su armónica? Son siempre hombres. —Y se acercó a las tiritas verdes—. Estamos buscando una señal...

Iván había hablado con un hilo de voz. Como única respuesta oyó que el ruido de los cuchillos se acercaba. Ahora el desconocido los afilaba con furia.

ZAK ZAK ZAK.

El miedo les llegó a los dos a la vez, y escaparon de la carnicería. Con temor miraron la cortina de tiritas verdes, para ver si se movía, pero estaba quieta. El aire fresco de la noche borró el olor de la sangre. Se quedaron afuera mirando la cabeza cortada, bañada en la luz azul.

## LA CÁPSULA DEL TIEMPO

Nicolás Dragó invitó a Ríos y Lagos a entrar en su casa. Los grandes ventiladores, que servían para ayudar a secar los rompecabezas, estaban apagados. Apartó las herramientas, los tarros de pintura y los frascos con aguarrás donde dejaba los pinceles en remojo y extendió sobre la mesa un plano del laberinto. Era un plano amarillento, y el papel estaba cortado en los dobleces. Nicolás señaló un punto en el centro del juego.

—Acá está lo que buscan.

—¿Y por qué enterraron los papeles allí?

—Después de la muerte de Aab hicimos una cápsula del tiempo.

—¿Una cápsula espacial? —preguntó Lagos.

—No, no, una cápsula del tiempo. Es una caja o cofre que se deja para que los que vienen después de nosotros se enteren de cómo éramos, qué pensábamos, cómo era nuestra vida. El gran problema de las cápsulas del tiempo es lograr que la humedad y el paso de los años no arruinen su contenido. Por eso le encargamos al herrero que construyera un cofre de acero absolutamente hermético. Después revestimos las paredes con una capa de goma y, por último, planchas de madera de cedro. Confiamos en que estas tres capas de materiales diferentes mantendrían afuera la humedad y los bichos que viven bajo la tierra.

—¿Y qué pusieron en el cofre? —quiso saber Ríos.

—Un diario del día, un disco de tango que le gustaba mucho a Aab, un yoyó que acababa de salir de la fábrica y que todavía olía a pintura, un boleto de tren, un mazo de cartas luminosas de la Casa Zenia, el programa de cine (había un pequeño cine en Zyl) y qué sé yo cuántas cosas más... En las cápsulas del tiempo, lo importante es lo mínimo, lo cotidiano, aquello a lo que no le damos importancia; es el paso del tiempo lo que lo vuelve único, extraordinario.

—¿Quién enterró la cápsula? ¿Usted?

—No, éramos muchos. Estábamos los vecinos más veteranos, pero también muchos recién llegados. Hicimos una pequeña ceremonia, los que habíamos conocido a Aab dijimos unas palabras, una chica alta que estudiaba música tocó el violín y enterramos la caja. Hay que esperar sesenta años para abrirla.

—No tenemos sesenta años para esperar. Hay que abrirla ahora —dijo Ríos.

—Pero tendríamos que pedir permiso...

—¿A quién?

—A la gente de Zyl. —Nicolás Dragó parecía desolado ante la idea de arrancar del suelo la cápsula—. Podríamos hacer una asamblea...

Ríos negó con la cabeza:

—Ninguna asamblea. Iván está en peligro. Y Zyl también... en dos días más las plantas, si siguen creciendo así, habrán acabado por demoler las casas.

—Pero es como un sacrilegio. Quién sabe si nos van a perdonar...

—Prometemos no tocar nada. Vamos a leer los papeles de Aab y después los devolvemos al cofre —dijo Lagos—. Además, no hace falta que se entere nadie.

Nicolás Dragó se había encerrado en el silencio. Miraba el plano del laberinto.

—¿Cómo podemos convencerlo? —dijo Ríos—. ¿Es que no se sabe la clase de cosas que hacía Madame Aracné?

—Baldani... —Lagos dejó flotar el nombre del italiano, como una amenaza.

Nicolás Dragó se quedó un rato con la cabeza apoyada en las manos. Las fuerzas lo habían abandonado.

—Me parece que se quedó dormido —dijo Lagos, después de un rato de espera.

Pero el constructor de rompecabezas levantó la vista. Les señaló un gran juego que acababa de hacer. Era una ciudad antigua, cruzada por un río, con puentes, soldados con armaduras, escudos.

—Hago rompecabezas. Nunca pienso todo de golpe, pienso pieza por pieza.

—¿Y qué piensa de esto?

—Ahora que veo todo el rompecabezas pienso que... mejor es que vayan a buscar la cápsula del tiempo.

—¡Bien! —dijeron los chicos, y se acercaron a la puerta.

No tenían mucho tiempo que perder, si querían ayudar a Iván.

—Pueden llevarse el plano. A mí ya me han convencido. Ahora les toca convencer al laberinto.

El señor Blanco y el señor Negro estaban en el Pozo de las Piezas Perdidas. Habían tratado de subir a la superficie trepando por algunos tallos que bajaban a la profundidad, pero eran muy frágiles para sostenerlos y se rompían.

En las cajas donde se guardan los juguetes en cualquier casa siempre quedan, en el fondo, piezas pequeñas: restos de rompecabezas, brazos de guerreros, fichas de un ludo perdido hace tiempo, un yoyó roto, ruedas de automóviles, muñequitos del chocolatín Jack, sorpresas del huevo de pascua o de la rosca de reyes, la cabeza de una muñeca... Siempre cuesta tirar esas piezas porque se teme que entre ellas haya algo que pueda servir alguna vez. En realidad nada sirve, y nunca se armará el rompecabezas, ni la rueda encontrará su lugar en un autito, ni aparecerá el cuerpo de la muñeca cuya cabeza está allí. Solo las madres son capaces, de vez en cuando, de hacer una limpieza general y deshacerse de todas esas piezas inservibles. Pero ninguna madre se hubiera atrevido con el Pozo de las Piezas Perdidas de Zyl. Ahí, en esas cosas mínimas, estaba encerrada toda la historia de la ciudad.

Blanco y Negro ya habían abandonado los intentos de fuga y los planes para llamar la atención. Los intentos de fuga habían dejado a Negro un poco estropeado por las caídas, y los gritos habían dejado a Blanco afónico. Nadie los escuchaba. Las plantas que los rodeaban parecían comerse los gritos. Así que se dedicaban a jugar, para pasar el rato. El juego consistía en adivinar en la oscuridad de qué piezas se trataba.

—Este es un caballito de la carrera de caballos. Fabricado en estaño. Tiene treinta años, por lo menos —dijo Blanco.

Negro le tendió una pieza.

—¿A que no sabe qué es esto?

Blanco palpó el objeto en la oscuridad.

—Fácil. Un buzón.

—Sí. ¿Pero de qué juego?

—No tengo idea.

—De El Sonámbulo. Cada jugador estaba representado por una pequeña figura de celulosa vestida con un largo camisón y con gorro de dormir, y con los brazos tendidos hacia delante. Había que recorrer un largo camino. Y a través de los dados, los jugadores tenían la oportunidad de ir apartando los objetos de su camino: este buzón, una escalera, un gato.

Blanco escarbó entre los escombros.

—¿Y esto?

—Una torre —dijo Negro.

—Sí claro. Pero ¿fabricada en Casa Blanco o en Casa Negro?

—Eso es fácil. Las piezas de Casa Negro están mejor pulidas, son más sólidas...

Negro palpó el caballo en la oscuridad y al cabo se lo devolvió a Blanco, derrotado.

—La verdad que no sé.

Ríos y Lagos se alejaron de la casa de Nicolás Dragó. Iban rumbo al laberinto. Con enorme dificultad pasaron por encima de las raíces y esquivaron las ramas. Ríos tropezó con una baldosa rota. Más adelante, una teja partida se desprendió del techo de una casa y cayó a sus pies.

—Esperá —dijo Lagos—. Esto no tiene sentido. Apenas podemos caminar por acá. ¿Qué vamos a hacer en el laberinto, donde las plantas tienen mucha más fuerza?

Ríos miró sin ánimo las calles vacías. Algunos ya no salían de sus casas, ocupados en lograr que las raíces no acabaran con las paredes o los tallos entraran por las chimeneas o levantaran las tablas del piso. Otros las habían abandonado, marchando hacia los pueblos vecinos, donde parientes o conocidos los alojarían hasta que pudieran regresar a sus hogares. No era solo la vegetación lo que invadía el

pueblo: grandes caranchos volaban entre las ramas, preparados para comerse a los pájaros y a los ratones de campo muertos por las espinas, y los perros salvajes circulaban felices por entre las plantas. El Griego se paseaba machete en mano y aseguraba haber visto a un puma. Estaban en una selva, y cada una de las plantas parecía diseñada para enredarse, para asfixiar, para destruir.

Ninguna tenía flores.

—Necesitaríamos una fuerza destructiva comparable a la de las plantas, algo que nos permita abrirnos paso hasta el corazón del laberinto... —dijo Lagos.

—Machetes... —dijo Ríos, sin convencimiento.

—Machetes no, estas plantas se ríen de los cuchillos y de las hachas. Algo como...

—Si la podadora de mi padre no estuviera en el fondo de la laguna, entonces...

Ríos lo dijo con timidez, esperando las burlas de su amigo.

—¿Qué? —preguntó Lagos—. ¿Te animarías a usarla?

—No hay mucho que perder. Pero ya no deben quedar más que unos fierros oxidados. Después de tanto tiempo bajo el agua...

Lagos se acercó a su oído.

—La podadora de tu padre no está en el fondo de la laguna.

—¿Qué?

—Él la rescató, pero no le dijo nada a nadie. Ni siquiera a tu mamá.

—Es una broma.

—Esa noche, después de que la cortadora destruyera todo a su paso y fuera a parar a la laguna, yo me fui a pescar con mi papá. Él decía que la noche es la mejor hora para pescar pejerreyes. Yo estaba un poco aburrido, mirando las cinco boyitas coloradas, esperando que alguna se moviera. Había luna llena, y yo vi a tu viejo metiéndose en el agua. Él me vio, y se le abrieron grandes los ojos, pero entonces llevó un dedo a la boca, para pedirme que me callara.

Y yo guardé el secreto, hasta ahora.

—¿Cómo sacó la máquina del agua?

—Le ató unas sogas y después la izó con el auto.

—¿Y adonde la llevó?

—No sé. Vamos a tener que preguntarle.

—Con razón estaba haciendo modificaciones. —Una rama le raspó levemente la mejilla, pero tan concentrado estaba en lo que acababa de oír que no le prestó atención—. Mejor que no se entere mamá.

Padre e hijo podían estar en desacuerdo en muchas cosas, pero en una coincidían. Cuando los chicos le hablaron de la máquina, el señor Ríos se llevó el índice a la boca, como había hecho cuando Lagos lo descubrió.

—Shhh. Que no se entere tu madre. ¿Están seguros de que el escrito de Aab donde habla de Madame Aracné está enterrado en el laberinto?

—Eso dijo el Cerebro Mágico.

—No creo que haya dicho tantas cosas con sus lucecitas.

—Bueno, el cerebro dijo que lo que buscábamos estaba enterrado, y Nicolás Dragó nos dijo dónde. Vamos, papá, busquemos la máquina podadora.

El señor Ríos golpeó la mesa.

—Esperen un poco. No puedo tomarme este asunto tan a la ligera. Tengo que reflexionar un poco para ver si hago lo correcto. Para ver si estoy dispuesto a desatar esa energía sobrehumana.

Pasaron dos segundos.

—Bueno. Ya reflexioné.

Y discretamente condujo a los chicos hasta el garage de la casa. Abrió el portón. En el fondo las cosas inservibles formaban una montaña informe.

—¿Qué es eso? —preguntó Lagos, señalando una gran caja. En el frente decía:

COSAS QUE NO SE USAN

(PERO QUE NO SE TIRAN).

—No nos distraigamos —dijo el señor Ríos—. Vamos a lo importante. Tenemos que trabajar rápido. Saquen las cosas que están en el fondo y pónganlas contra los costados del garage.

Así fueron liberando el fondo de ventiladores, licuadoras, unas sillas que había prometido arreglar, una maquina con unas poleas que servía para...

—¿Para qué era esto, papá?

—Francamente, no me acuerdo. Pero por algo lo habré guardado.

Y al final la podadora quedó libre. La arrastraron hasta el jardín.

Era una mezcla de tractor y nave espacial, en cuyo frente había unas cuchillas giratorias. En el interior de la máquina abundaban las palancas, los botones, las perillas, los relojes, los medidores de quién sabe qué.

El señor Ríos señaló la base de la máquina.

—Como ven, está provista de unas orugas, para pasar por encima de los obstáculos. Y las cuchillas... bueno, cortan todo lo que hay a su paso. Estuve haciéndole algunas modificaciones, pero no llegué a terminar.

El señor Ríos se subió a la máquina. De debajo del asiento sacó un par de antiparras de soldador. Se las puso.

—Esto es para que las hojas trituradas no entren en los ojos. Ustedes también van a necesitar algo que los proteja. Fíjense en el segundo estante, a ver si encuentran un par de máscaras de buceo.

Los chicos fueron a buscarlas. La de Lagos tenía un snorkel.

Cuando los chicos tuvieron las máscaras puestas, el señor Ríos les dijo:

—Vamos a dar la vuelta por atrás de las casas, para evitar accidentes.

—Y para evitar pasar frente a la casa de la señora Palanti.

—Exacto. Para qué darle más sustos a esa pobre mujer.

Y después... al corazón del laberinto. Ustedes síganme atrás, caminando por la brecha que yo les abro.

Puso en marcha en motor. Hacía un ruido estruendoso.

—Estoy trabajando en el silenciador del motor. Todavía estoy lejos de conseguirlo.

—¿Qué?! —preguntaron los chicos, que no habían llegado a oír nada.

—No importa —gritó el señor Ríos, e hizo girar el volante, que había sacado de un camión abandonado, para orientarlo hacia el laberinto.

Las afiladas cuchillas destruían todo a su paso, convirtiendo las malezas en un torbellino verde. Atrás iban Ríos y Lagos, con las máscaras sobre la cara y las palas al hombro.

La señora Palanti, bibliotecaria, estaba tratando de arrancar las malezas de su cocina. Hasta la heladera se había llenado de plantas. Nada les hacía mal, ni siquiera el frío. Estaba desconsolada por el efecto que el ataque de las plantas había tenido sobre los libros de la biblioteca municipal. Las semillas habían germinado entre las hojas y las espinas habían atravesado las páginas. Tanto tiempo salvando a los libros de los lectores, y ahora eran las plantas las que arruinaban su orden. En su casa, las plantas se habían encarnizado con sus sombreros, que eran su prenda más querida... No quedaba uno solo que no estuviera erizado de espinas o forrado de hojas oscuras.

—Tal vez se pongan de moda las hojas. Si antes se usaban sombreros con frutas, por qué no con unas plantas colgando...

De pronto una lamparita de la araña del comedor estalló. Una planta se había enroscado allí, provocando un cortocircuito.

La señora Palanti pensó en pedirle ayuda al Griego, pero luego se dijo que el dueño del almacén de ramos generales estaría demasiado ocupado con sus cosas. Fue al fondo del jardín. Ahí había un cuartito donde guardaba las herramientas de jardinería, las lamparitas, algunos artefactos eléctricos.

—Todo esto es un desastre —se dijo mientras buscaba—. Pero al menos hay una cosa buena: la máquina podadora del señor Ríos está en el fondo de la laguna.

Pero entonces oyó un rumor que pronto se convirtió en estruendo. Tomó a modo de arma una bola de madera que había pertenecido a la calesita, y que todavía conservaba su sortija, y con ella en las manos salió al descampado que había detrás de su casa. Entonces vio cómo se acercaba el artefacto maldito, envuelto en una nube de hojas y tallos deshechos. La señora Palanti se santiguó.

—Ahora el infierno está completo —se dijo—. Ahora sé que el infierno no es

rojo: es verde.

Sostenía la pera de madera en la mano, con la sortija colgando, como si fuera un talismán capaz de protegerla de todas las desgracias, aun de la máquina podadora del señor Ríos.

Iván y Anunciación miraban la cabeza cortada del toro, como si esperaran una respuesta de aquella boca cerrada para siempre. Anunciación la miraba por entre las rendijas de los dedos. Se acercó a la vidriera sin dejar de taparse los ojos con la mano derecha.

—Lo lógico es que la cabeza mire hacia el frente. Pero está mirando a un lado.

—A la izquierda —dijo Iván—. Pero a la izquierda puede ser cualquier cosa: el final de la cuadra, o una casa, o...

Anunciación se había aventurado en la oscuridad.

—... o un callejón.

Antes no lo habían visto, porque estaba demasiado oscuro y porque la luz azul de la carnicería los había distraído. Era un callejón muy angosto, rodeado de paredes. No podía entrar un auto, solo bicicletas o peatones.

—Hasta acá llegaste —dijo Iván—. Es tarde. Tu mamá se va a asustar. Te agradezco que hayas venido conmigo. Pero es hora de volver.

Anunciación le tendió la mano.

—Sí, claro, chau, otro día nos vemos.

A Iván le sorprendió el saludo un poco frío. Pero de inmediato recibió una patada en el gemelo izquierdo.

—¡Idiota! ¡Recontraidiotia! Vine hasta acá y no me voy a ir.

—Hace frío y ni siquiera tenés una campera.

—Si me decís esto para que te devuelva la tuya, acá está.

Se sacó la campera roja y se la tiró al suelo. Iván la levantó.

—¿No la vas a usar?

—No —dijo ella, cortante.

Iván insistió, pero como Anunciación seguía ofendida, se puso su campera.

—¿En serio querés caminar por ahí? —le preguntó.

—Sin mí no podrías dar ni un paso en ese callejón.

—Sí que podría.

—No.

Para demostrarlo Iván empezó a entrar. Dio tres o cuatro pasos. Anunciación lo perdió de vista, porque todo era sombra.

—¿Ves que entré? —la desafió Iván.

Su amiga lo siguió. Después de los primeros diez metros el callejón empezaba a estrecharse. Las casas que los rodeaban, de dos o tres pisos, se iban juntando en la

altura, como si se hubieran ido acercando a lo largo de los años, para fundirse entre sí, en un lento derrumbe común. Y al cubrir por encima el callejón no dejaban que llegara ninguna luz del cielo. Era como entrar en una angosta cueva. Iván sacó de su mochila la linterna. Brillaba sin fuerza, pero igual era un alivio poder ver lo que había unos pasos adelante.

Sentía los pies helados por haber caído en el estanque de Poseidón. Las medias y las zapatillas estaban empapadas.

Se oyó un ruido de vidrios rotos. Anunciación se asustó.

—No es nada —dijo Iván—. Pateé sin querer una botella. Cuidado con los vidrios.

Pero poco después se detuvo y su amiga chocó contra él.

—¿Qué pasa? —preguntó Anunciación—. ¿Por qué te parás?

—No hay más lugar para pasar.

—Claro que hay lugar. Si sos flaco.

El túnel se estrechaba tanto que Iván tuvo que ponerse de costado. Tenía la sensación de que las paredes se acercaban con él adentro, como si las casas estuvieran vivas y quisieran aplastarlo. Volvió a detenerse.

—Tomate todo el tiempo del mundo, que el paseo me encanta. Sobre todo me gusta frotarme contra este revoque húmedo —dijo Anunciación.

—Ya casi estoy.

La linterna parpadeaba y al final se apagó.

—¿No tenés por casualidad un par de pilas de las medianas? —preguntó Iván.

—No importa. Podemos caminar igual en la oscuridad.

—Voy a sacar los fósforos.

—¡No! Seguro que los necesitamos para otra cosa. Si los gastamos acá, después no vamos a poder usarlos. Y es muy tarde para comprar otra cajita.

De pronto Anunciación oyó a sus espaldas:

Zak, zak...

Empujó a Iván.

—El carnicero está atrás mío. Apúrate.

—A lo mejor no es malo. ¿Por qué no le preguntamos si esto tiene salida?

—Porque no me gusta la gente que afila cuchillos en la oscuridad.

Iván sentía las manos de Anunciación que lo empujaban contra los muros que se iban cerrando.

—Esperá, hay un escalón...

Zak, zak, zak, oyó Anunciación.

—Ahora me quedé trabado. Tenemos que volver para atrás.

Pero atrás estaba el ruido de los cuchillos. Anunciación giró y se llevó la mano a la cara. Por las rendijas abiertas entre sus dedos espió al desconocido que se acercaba.

Estaba tan oscuro que no veía nada, excepto las chispas que salían de los cuchillos al chocar.

—No hay vuelta atrás —dijo Anunciación. Dejó de hacer presión contra Iván. Dio dos pasos hacia los cuchillos que relumbraban en la noche.

ZAK, ZAK, ZAK.

Y esto le sirvió para tomar impulso y empujar con todas sus fuerzas. Cayó con las manos abiertas sobre la espalda de su amigo. Así Iván atravesó el punto donde las paredes casi se juntaban. Al quedar libre de pronto, sin ninguna resistencia, cayó sobre sus rodillas. La linterna se estrelló contra el empedrado. Apenas se puso de pie tiro del brazo de Anunciación y la hizo pasar. Con ella, tan flaquita, era más fácil.

Ella lo miraba con preocupación. ¿Estaba paralizada por el miedo?

—Mirá cómo quedamos, llenos de revoque —dijo Anunciación—. Lo que debe ser mi pelo. ¿No tenés un espejo en la mochila?

Pero Iván miraba hacia el callejón que habían atravesado. Tomándola de la mano la alejó de las chispas que saltaban en la oscuridad.

## EL CAMINO DEL FUEGO

**H**abía algo en lo que el señor Ríos debería ponerse a trabajar algún día: el temblor que sacudía la máquina. Era una vibración tan fuerte que sentía cómo chirriaban los dientes. Las manos saltaban sobre el volante. Pero había una cosa más: faltaba el cinturón de seguridad. Lo había dejado para lo último (a los inventores de alma, las medidas de seguridad siempre les parecen lo más aburrido de inventar). Cuando la máquina, al embestir unas malezas, chocó contra algo duro, el señor Ríos se clavó el volante contra las costillas y luego cayó de la máquina.

Lo mismo había ocurrido en su primer intento, más de un año atrás, cuando se había ofrecido a podar el laberinto. Aquella vez el aparato había seguido sin control hasta la laguna. El ingeniero Ríos no estaba dispuesto a que ocurriera un accidente como aquel, que tanto había contribuido a que lo consideraran un inventor fracasado, un loco, un asesino de gatos. Así que apenas rodó por el pasto, se puso de pie para dar alcance a su invento.

La señora Palanti había salido para ver de cerca que el maligno milagro había vuelto a ocurrir. Cuando chocó contra el Pozo de las Piezas Perdidas, la máquina giró dos veces sobre sí misma, y las cuchillas insaciables quedaron apuntando a la señora Palanti. Sin conductor, la máquina infernal avanzó hacia ella, en medio de una lluvia de fibras vegetales.

—Esto no puede estar ocurriendo —se dijo la señora Palanti—. Debe ser un sueño. ¿Cómo es posible que con tanto ruido todavía no me haya despertado?

Mientras tanto, el señor Ríos corría tras la máquina, y los dos chicos corrían hacia el señor Ríos. Todos pensaban lo mismo:

—Que Palanti se corra, que se esconda, que desaparezca...

Pero la señora Palanti seguía firme y aturdida. Como si se hubiera dado cuenta del peligro, su propio sombrero voló de su cabeza.

El ingeniero Ríos iba de vez en cuando a correr alrededor de la laguna. Y gracias a eso estaba en buen estado físico. Así que consiguió ponerse a la par de la máquina y estiró la mano hasta alcanzar la llave. La máquina se detuvo a medio metro de la señora Palanti, que parecía convertida en una estatua. El señor Ríos se deshizo en disculpas, le ofreció acompañarla a la casa. Pero la señora Palanti no respondió. Ahora pertenecía al reino mineral. Su brazo inmóvil sostenía la pera de madera de la calesita.

El señor Ríos pensó que lo hacía en gesto de amistad. Tomó la sortija y con un leve tirón la arrancó. Tampoco esto sacó a la señora Palanti de su éxtasis.

—Me quedo con la sortija de recuerdo —dijo el señor Ríos, y volvió a su

máquina.

Pero su hijo y Lagos ya no le prestaban atención ni a la máquina ni a la señora Palanti. Ahora que la máquina ya no los aturdió, se concentraron en unas voces.

—¡Socorro! —se oía desde abajo.

—El Pozo de las Piezas Perdidas —le dijo Martín Ríos a Lagos—. Contra eso chocó la máquina.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó su amigo, asomándose a la oscuridad.

—Somos Blanco y Negro. ¡Sáquennos, por favor!

El señor Ríos se había acercado con una linterna. Iluminó hacia abajo.

—¿Cómo llegaron hasta ahí?

—Cayendo. El método más rápido cuando uno quiere ir hacia abajo —dijo Negro.

—Nos atacó un tigre —aclaró Blanco.

—¿Un tigre? —preguntó Negro.

—Si decimos que fue un puma, vamos a quedar en ridículo —le dijo Blanco por lo bajo.

—¿De dónde puede haber salido un tigre? —quiso saber el señor Ríos.

—El zoológico provincial no está lejos. Leí en el diario que hubo una fuga de fieras el fin de semana. Y al menos una se refugió en la selva que es Zyl.

El ingeniero Ríos se asomó al pozo.

—Blanco, usted es un mentiroso, y además siempre se burló de mi máquina podadora. Pero gracias a mi máquina lo voy a sacar.

—¿Resucitó la máquina podadora? No, gracias, prefiero permanecer acá. Estoy haciendo el censo de las piezas perdidas.

Voy por la tres mil diecisiete. Además tengo a Negro que me hace compañía.

—Yo sí quiero salir —gritó Negro.

La máquina podadora contaba con un pequeño compartimiento trasero donde había guantes, una sierra, un traje de agua anaranjado, un martillo, la linterna que había servido para iluminar el pozo, y una larga y resistente cuerda. El señor Ríos ató la cuerda al chasis de la máquina podadora y arrojó el otro cabo a las profundidades.

—¡Uno por vez!

El ingeniero puso en marcha el motor. Avanzó con la máquina a la velocidad más baja posible y así empezó a izar al señor Negro. Como al subir se raspaba contra las paredes del pozo, Negro quedó un poco maltrecho, pero feliz de haber salido.

Después le llegó el turno a Blanco.

A diferencia de Negro, bajito y esmirriado, Blanco era alto y corpulento. Pesaba exactamente el doble que Negro. El motor de la máquina podadora ya no sonaba poderoso y triunfal: sonaba como alguien que pide primero paciencia, luego socorro y finalmente piedad. Al cabo, las manos del señor Blanco aparecieron en la superficie y

se aferraron al borde del viejo aljibe. Entre Lagos y Ríos lo ayudaron a salir.

—Cuando todo vuelva a la normalidad, dígame a la gente del pueblo que lo salvó la máquina podadora de Ríos.

Blanco, agotado, tendido en el pasto boca arriba, contestó con un gemido.

—¿Quieren acompañarnos? —ofreció Lagos—. Vamos al laberinto.

Por primera vez, Negro y Blanco estuvieron de acuerdo en algo:

—Jóvenes, creo que no estamos en condiciones de ir a ninguna parte.

Ríos y Lagos se encolumnaron detrás de la podadora y partieron rumbo al laberinto. Blanco y Negro quedaron tirados sobre la hierba, oyendo cómo el rumor del motor se perdía a lo lejos.

—Mire —dijo Negro—. Es la señora Palanti.

Seguía de piedra, mirando hacia lo lejos.

—Es un consuelo: alguien que está peor que nosotros.

Le ofrecieron agua. Le ofrecieron acompañarla a su casa. La señora no respondió.

—Bueno, no quedará otro remedio que dejarla aquí —dijo el señor Negro, con un poco de lástima—. Espero que esta noche no llueva.

Le pusieron el sombrero y la dejaron ahí, con la pera de madera en la mano, como si tuviera frente a ella una calesita invisible. Y se alejaron del Pozo de las Piezas Perdidas.

Las ciudades cambian de noche, como si alguien hiciera un resumen y fuera tachando todo lo que no es imprescindible para ilustrar la palabra «ciudad»: las personas que caminan por la calle, los automóviles, los camiones con frutas o verduras, las letras de los carteles. Los edificios se convierten en altas torres de cuentos antiguos. Las estatuas, en las plazas vacías de niños, parecen a punto de dejar sus incómodos pedestales de mármol o granito, y echar a caminar o a cabalgar, por senderos de polvo de ladrillo. Los semáforos se quedan sin autos a quienes gobernar y disparan sus señales verdes, rojas y amarillas a la nada. Cuanto más oscura es la noche, más clara la geometría. Las sombras irregulares de las personas desaparecen, y quedan las líneas rectas de la arquitectura.

Iván y Anunciación caminaban por una calle vacía, esperando que el nuevo límite apareciera. Un semáforo verde brillaba a lo lejos, como un último caramelo de menta.

—¿Cómo son las noches en Zyl? —quiso saber Anunciación.

—Se oyen los grillos y las ranas. Tres veces por semana, a las doce en punto de la noche, pasa el tren, y todos los que lo oímos nos imaginamos viajando a ciudades lejanas. A veces voy con mis amigos a pescar a la laguna, desde el muelle. En primavera y verano nos atacan los mosquitos. En invierno llevamos un calentador que funciona a querosén, que sirve para iluminarnos y para que nos hagamos té. A veces pasamos por la calle del Caballo negro, donde vi a mis amigos por primera vez, y

después seguimos hasta el laberinto. Nos internamos unos pocos metros, porque los senderos están cerrados por el follaje. Y conversamos, conversamos siempre.

—¿De qué?

—De estupideces, de qué va a ser.

—¿De chicas?

—Antes no. Pero desde hace un tiempo...

Costaba reconocer que hablaban de chicas.

—¿Las calles están iluminadas?

—Hay faroles de mercurio en las esquinas. También la plaza está iluminada. Cuando la Compañía de los Juegos de Profundos de Morodian se propuso destruir Zyl, aniquilando todos los juegos que se fabricaban en la ciudad, todo quedó oscuro. Pero ahora se ven luces en las casas, en la plaza, e el camino que lleva a la laguna. Solo están siempre a oscuras el laberinto y la casa donde vivía la familia Morodian. Nadie la volvió a habitar jamás. Mi abuelo, cuando tiene que pasar frente a ella, se cruza de vereda.

—¿Nunca supiste nada de Morodian en todos estos meses?

—No. El Parque Profundo quedó abandonado. Su Compañía de Juegos Profundos se acabó. Los ingenieros se fueron a trabajar a otra parte. Muchos se marcharon al extranjero. Muy de vez en cuando se ve alguno de sus productos en el fondo de alguna juguetería, pero la mayoría de sus juegos se rompió. Nada de lo que hacía duraba. Excepto los daños. Eso sí duró. Eso dura todavía.

—¿Nunca trataste de encontrarlo?

—No. Pero algún día, cuando sea más grande...

Iván había soñado muchas veces con Morodian. En el sueño su enemigo llevaba un parche en el ojo. Y siempre decía lo mismo: «Es hora de que mires tu obra».

Pero el sueño se interrumpía antes de que Morodian se quitara el parche, el diminuto telón que cubría su ojo.

Ahora avanzaban por una larga vereda, al costado de una fábrica con altas torres de ladrillo. Iván se quedó en silencio, como si todo su pasado también formara parte de aquel largo laberinto. Anunciación iba a preguntarle algo más, pero prefirió dejarlo tranquilo y sólo lo tomó de la mano.

El ingeniero Ríos llegó con la podadora al laberinto, que ya no parecía sino una masa informe y vegetal. Si se acercaba el oído, se escuchaba el rumor de las hojas, el susurro de los tallos al crecer, los crujidos de la corteza al desprenderse de los árboles. Era un bosque vivo y hambriento. Su hijo y Lagos llegaron agitados por la carrera.

—Es la hora de la verdad. Hagamos la cuenta regresiva.

—¡Esperá! —dijo su hijo—. ¿Cómo solucionaste aquel problema?

—¿Qué problema?

—Que la máquina quedara fuera de control.

—No lo solucioné, pero no importa. Esta vez necesitamos una máquina fuera de control.

El señor Ríos hizo girar una llave. El motor se encendió con más fuerza.

—Potencia máxima —explicó.

Luego llevó hacia delante una palanca. Y la podadora aceleró contra la pared que la esperaba. Ríos y Lagos se taparon los oídos, porque el chirrido de las cuchillas al cercenar las plantas era insoportable. Y vieron cómo la máquina horadaba la pared de árboles en medio de una lluvia de ramas rotas.

Se pusieron a caminar detrás de la máquina, con las máscaras de buceo y las palas en sus manos. Se habían cubierto la nariz y la boca con las mangas de los buzos, para no respirar las fibras vegetales. Después de caminar unos treinta metros por el interior del laberinto, la máquina se detuvo.

—Creo que es acá —dijo el señor Ríos.

Miraron el plano... pero el laberinto había cambiado tanto que no había forma de saberlo. Era muy difícil distinguir los senderos, ahora que todo era follaje.

Nicolás Dragó llegó junto a ellos, con la respiración agitada.

—Buenas noticias. Algunos teléfonos de la ciudad ya tienen línea.

—Pero no tenemos adonde llamar a Iván —dijo Ríos—. No queda otra que esperar que nos llame.

—Traté de llamar al Hotel del Manzano... —dijo Nicolás Dragó.

—¿Qué hotel?

—El hotel que figuraba en la invitación que recibió Iván. Pero sólo se oía una grabación que decía que la línea estaba desconectada por falta de pago.

Ríos y Lagos estaban abocados a un único pozo. Nicolás Dragó los interrumpió:

—Recuerdo que la cápsula la enterramos a baja profundidad... habrá que hacer unos pozos de prueba no muy hondos, tratando de cubrir la mayor superficie posible.

Empezaron a hacer pozos a unos treinta centímetros uno del otro. Habían cavado cinco cuando la pala de Lagos hizo un ruido seco.

—Encontré algo.

Pero al cabo de unos segundos extrajo una lata oxidada.

—Pronto será de noche para nosotros, y de noche para Iván —dijo el abuelo, desanimado.

La pala de Ríos hizo un ruido que sonó a hueco.

—¿Qué hay acá?

Empezó a cavar con entusiasmo. Lagos se puso a cavar con él. Apenas unos minutos después dejaron al descubierto la tapa de un cofre de hierro de sesenta centímetros de lado. Sobre la tapa decía, en letras repujadas: *Cápsula del tiempo*.

Ríos y Lagos empezaron a saltar y abrazarse.

—Después festejan, chicos —dijo el señor Ríos—. Ahora estamos apurados.

Pero el señor Ríos apenas contenía las ganas de saltar y cantar él también. En cambio Nicolás Dragó parecía desolado.

—No puedo ver esto. La cápsula del tiempo abierta antes de tiempo. Es como un sacrilegio.

Ríos le puso la mano en el hombro.

—Perdón, señor Dragó, pero nuestro amigo está en peligro. Y vamos a hacer cualquier cosa para salvar a Iván.

Para abrirla usaron un cortaplumas que el señor Ríos tenía en el bolsillo. Con él hicieron girar cinco grandes tornillos. Costó que la tapa cediera, después de tantos años bajo tierra. El ingeniero invitó a Nicolás Dragó a que fuera el primero en revisar la caja.

—Parece que todo se ha conservado bien. No hay señales de humedad. El diario está perfectamente seco.

El diario era un ejemplar de El Expreso de Zyl. En primera página se veía una fotografía de la cápsula del tiempo, abierta. El título decía: *Hoy se enterrará la cápsula del tiempo*.

Un pequeño recuadro agregaba:

### ***Opinión del Cerebro Mágico***

*Un cronista de este diario se acercó a la casa del Cerebro Mágico, el famoso autómatas de esta ciudad, para consultarle si la cápsula del tiempo sería abierta recién dentro de cien años, como se han propuesto los organizadores. El autómatas respondió que no, decepcionando a todos. Consultado nuevamente sobre si en el futuro quien abra la caja tendrá una buena razón, la bola de cristal se iluminó una sola vez, dando una respuesta afirmativa.*

*Esperemos que el futuro dé la razón a nuestro amigo del turbante.*

—El Cerebro Mágico no se equivocó —dijo Ríos.

Y fueron sacando boletos de tren, programas de cine, juegos, cartas... Había un texto escrito con máquina de escribir y colocado en una carpeta forrada con tela negra donde decía *Los juegos y el mal*.

Para entonces ya había oscurecido y tuvieron que usar una linterna para leer.

—¿Qué dice? —dijo Nicolás. Ríos se lo tendió—: No, no traje mis lentes. Leelo vos. ¿Hay alguna respuesta?

Los ojos de Ríos se deslizaron veloces por el papel, en busca de las palabras «laberinto» o «Aracné».

—Sí —dijo Ríos—. Aquí está.

Y les leyó el párrafo en cuestión.

—Espero que estemos a tiempo de avisarle a Iván —dijo Nicolás Dragó, mientras se agachaba a recoger una agenda que había pertenecido a Aab. Ahí estaban los nombres, las direcciones de los grandes inventores de juegos del mundo. Pero no estaban en orden, sino todos mezclados o ubicados de acuerdo con un orden difícil de adivinar.

—Vamos al museo —dijo Nicolás—. Allí podremos buscar con calma si hay algún teléfono que sirva.

—¿Algún teléfono de quién? —preguntó Lagos. Le parecía mentira que en esos papeles viejos pudiera haber algo que sirviera.

—De Sarima Scott.

Hacía rato que el laberinto mental no le había mostrado ningún obstáculo. Pero cuando se terminó el muro de la fábrica y la larga vereda de baldosas rotas y cruzaron la calle, Iván sintió la pared invisible. Era más débil que antes, como si el tóxico hubiera perdido fuerza.

Habían llegado frente a un terreno baldío rodeado por un muro de ladrillos. El baldío tenía una puerta de metal oxidada.

—Hasta acá llegué.

—No puede ser. ¿Un baldío?

—Además, ahí está la señal —dijo Iván.

—¿Dónde?

—Esa botella.

Sobre la pared, justo encima de la puerta de hierro, había una botella vacía de gaseosa. Iván, que era más alto, estiró la mano y alcanzó a tocarla. La botella se tambaleó y cayó, estrellándose contra el suelo. Miraron los pedazos: era una botella de agua tónica. Una Paso de los Toros.

—¿Te gusta el agua tónica? —preguntó ella.

—No.

—A mí tampoco. Papá dice que son las cosas que a uno solo le gustan de grande: el agua tónica, el vino tinto, el brócoli, el chocolate amargo, el jamón crudo...

Pero Iván no pensaba en esas cosas.

—Supongo que hay que entrar al baldío —dijo, sin fuerzas.

Anunciación asintió, en silencio. La noche, las afueras de la ciudad, el cansancio: Todo los desalentaba.

La puerta estaba sin llave y al abrirse crujió como si fuera a zafarse de sus goznes. Se asomaron a través del umbral. El baldío era tan grande que se perdía en la oscuridad. A un costado había unas ruinas: restos de paredes, unas maderas rotas, una

silla, un tanque de agua volcado, una máquina de escribir. Todo el resto eran plantas, las especies que crecen fuera de todo cuidado: cardos, ortigas, margaritas salvajes, yuyos sin nombre. En el centro del baldío había una loma.

—¿Qué hago? —preguntó Iván—. ¿Adonde voy ahora?

—A dónde vamos, querrás decir.

—No, hasta acá llegamos juntos. Ahora me toca ir solo. Cuando todo haya terminado, te llamo por teléfono.

Entonces Anunciación le dio una patada, otra más. Esta vez eligió el muslo izquierdo.

—Ay —dijo Iván—. ¿Por qué me pegás cada vez que quiero ponerte a salvo?

—Para que no me salves más. Y busquemos lo último que queda en la caja.

Habían usado la llave, la linterna, el péndulo, la cuerda, la brújula... lo último era una cajita de fósforos marca Fragata, de color amarillo, con la imagen del barco en azul. En su interior, unos pocos fósforos de cabeza roja.

Iván encendió uno. Se apagó enseguida.

—No ilumina nada...

—¿Por qué te darían una caja de fósforos, si tenés una linterna?

—La linterna se rompió.

—Pero eso no podía saberlo Madame Aracné. Si te dieron los fósforos no es para iluminar. Es para quemar.

Iván tomó un listón de madera del suelo y le ató unos trapos.

—¿Qué hacés?

—La antorcha olímpica.

Después la encendió con uno de los fósforos. El trapo, enroscado alrededor de la madera, ardió.

—Ahora se ve mejor —dijo.

Anunciación aprovechó la luz para buscar a su alrededor algo que les indicara qué dirección tomar. Encontró una línea gris que se perdía entre las plantas.

—¿Qué es esto?

Iván se agachó, tomó un poco de la sustancia y la olió.

—Es el mismo olor de las cañitas voladoras y de los revólveres a cebita.

—¿Pólvora?

Por toda respuesta, Iván acercó la tea a la serpenteante línea gris. La pólvora se encendió con una llama azul, y la luz comenzó a recorrer un camino entre las plantas y los escombros que llenaban el baldío.

—Yo no sé si está bien incendiar baldíos... —dijo Anunciación.

—Esto es solamente para guiarnos. La pólvora dura poco y se apaga.

Por mirar la pólvora, Iván se distrajo de la tea. Los trapos habían encendido la madera, y se quemó la mano. Dio un grito y soltó la antorcha, que cayó sobre el

pasto.

Los dos amigos corrieron entre la maleza para no perder de vista el resplandor azul. Se rasparon con las ortigas, tropezaron con las piedras sueltas, pasaron por encima de los escombros. A veces el reguero se alejaba, pero no lo perdían del todo de vista. Era una línea sinuosa que iba de aquí para allá, como si quisiera distraerlos y cansarlos.

Oyeron un ladrido lejano.

—Perros —dijo Iván.

—Deben estar lejos.

—¿Te gustan los perros? A mí no.

—A mí sí, pero no cuando estoy en un baldío, en la oscuridad.

El siguiente ladrido no sonó nada lejos.

—Vamos, rápido —dijo Iván.

Ya corrían tras la llama no para encontrar la salida, si no para escapar de los ladridos. No sabían si era un solo perro que cambiaba de lugar o una jauría escondida en la maleza. Los animales no se dejaban ver; pero sus ladridos, en el silencio de la noche, sonaban como voces salvajes, como si la ciudad se hubiera terminado y estuvieran en un reino distinto, donde existían los lobos escondidos en el bosque.

Las malezas altas se terminaron y corrieron entre pastos bajos. Iván se dio vuelta y entonces vio a sus perseguidores: un perro enorme, negro, seguido por dos flacos perros amarillos, a los que se les marcaban las costillas. Eran la imagen misma del hambre y por eso resultaban más temibles que el perro negro. Ahora ya podían ver el final del recorrido: el baldío terminaba en una pared de ladrillos. La llama los había guiado hasta una montaña de muebles rotos, diarios viejos y hojas secas.

La pared perimetral era alta. No se la podía trepar sin una escalera.

—Subamos a la montaña de escombros —dijo Iván.

Pero cuando se estaban acercando los perros los alcanzaron. Se habían separado como para cerrarles el camino. Anunciación se trepó a una silla, pero tenía una pata floja y se cayó. Iván agarró una madera para defenderse.

Los dos perros amarillos se acercaron primero, mostrando los dientes. El perro negro quedó unos pasos atrás, como si comandara el ataque.

—Yo los mantengo a distancia, vos apúrate a trepar la pared.

Anunciación empezó a empujar un ropero que estaba volcado. Si lo acercaba a la pared, podría trepar a lo alto del muro. Pero era muy pesado y apenas podía hacerlo avanzar unos centímetros. Los perros no le darían tiempo. Instintivamente dejó el ropero, tomó una piedra y se puso junto a Iván.

—No sé cómo te metí en esto. Tendría que haberte echado...

—Yo me metí sola. Vos te metiste solo. Pero vamos a salir juntos.

El perro negro se acercó por el frente, sereno, mientras que los otros dos se

prepararon a atacar desde los costados. El ladrido se había convertido en un gruñido que los hacía temblar.

Iván blandía el palo. Podría pegarle a uno en la cabeza. ¿Pero qué haría cuando los otros lo atacaran?

Entonces la llama, que había recorrido el largo camino de pólvora, llegó hasta la montaña de escombros. Un diario con las páginas amarillentas ardió de pronto, y el fuego empezó a pasar las páginas y a leer veloz las noticias viejas. Se oyó una explosión y la noche se iluminó con un enjambre de luciérnagas despavoridas. Las llamas treparon con prisa a través de libros sin tapas, camisas desgarradas y sillas rotas, hasta la cima de la montaña. Iván sintió el calor sobre la cara. El humo negro los envolvió, protector y agresivo a la vez: Los escondía de los perros, pero les llenaba los ojos de lágrimas y les secaba la garganta. Los perros se habían quedado quietos, como si reconocieran el poder de algo más salvaje que ellos, y más hambriento también. Ya no ladraban.

Iván y Anunciación aprovecharon la tregua cedida por el fuego y se pusieron a empujar el ropero contra la pared. El miedo les dio una fuerza que no tenían. Aun volcado, el ropero era de altura suficiente como para ayudarlos a trepar el muro de ladrillos. Iván saltó sobre la madera y desde allí ayudó a su amiga a pasar. Después él mismo se encaramó a la pared. Estuvieron los dos sentados en lo alto, temerosos de saltar hacia la vereda. Iván le tendió la mano a Anunciación para que su caída fuera más suave. Después a él no le quedó otra que saltar desde lo alto.

Se habían quedado sin aire. Tenían las manos y la cara sucias de hollín. Miraron cómo el fuego se levantaba por encima de la pared. Los perros, después de un largo silencio, volvieron a ladrar, como si los despidieran.

Anunciación se puso a toser. Iván le tendió la cantimplora. Ella bebió hasta la última gota.

—Perdón, la terminé. Es que tenía la garganta seca.

Caminaron en silencio hacia la única casa que se veía. Era una casa señorial, de dos pisos. La luna iluminaba los techos de tejas, una alta chimenea, una veleta con la forma de un gallo.

Todo era oscuridad excepto, en el primer piso, una luz débil.

—Vamos a pedir que nos presten el teléfono —dijo Anunciación—. Mi papá está de viaje, pero que mi mamá nos venga a buscar... ya no podemos hacer esto solos.

A Iván no le gustaba la idea de pedir ayuda. Ningún adulto lo podría sacar de su propio laberinto: tenía que encontrar él mismo la salida. Pero estaba tan cansado que no tenía fuerzas para oponerse. Tenía la garganta seca, y lo que más deseaba en el mundo era un vaso de agua.

Se acercaron a la puerta. Era una sólida reja de hierro, de las que ya no se hacían. Un diseño la recorría: era el dibujo de una telaraña que era a la vez el diseño de un

laberinto. En el centro se veía al hombre con cabeza de toro, empuñando una espada corta. Y había dos iniciales grabadas en el bronce: S. S.

—Sarima Scott —dijo Iván, casi sin voz.

## MANSIÓN ARACNÉ

**H**abían llegado al museo. Lagos, Ríos, su padre y Nicolás Dragó lucían agotados por la excursión al laberinto.

Ríos se sentó frente a una gran mesa y Zelmar Canobbio le acercó una lámpara de bronce. Ríos puso la agenda de Aab bajo el círculo de luz.

Una agenda común tiene en una columna los nombres en orden alfabético, y en otra los números de teléfono. Aquí no había orden alfabético y casi no había números.

Al verlos nombres de los inventores de juegos Ríos se quedó maravillado. Los conocía de oídas, porque los profesores en clase contaban sus hazañas, y en las láminas de los libros aparecían reproducciones de sus obras. Ahí estaba la dirección de Bekas Molen, que vivía en lo alto de una montaña de Nepal, y que fabricaba complicados juegos que entraban en unas latitas semejantes a las de la pomada para zapatos. Y el veneciano Armindo, cuyos juegos consistían en cilindros donde se mezclaban el agua y unos aceites de colores, cuyo cambiante aspecto decidía la suerte de los jugadores.

En esa agenda estaba la forma de ubicarlos. No se trataba de llamarlos por teléfono o enviarles una carta. Nada tan simple. Para enviarle un mensaje a Jonás Laska, que vivía en Praga, había que tirar desde cierta torre un avión de papel y tratar de que llegara a un jardín inaccesible. El norteamericano Theo Milithon sólo podía ser hallado si se dejaba en la página 37 de cierto libro de geometría de cierta biblioteca pública de Nueva York una carta escrita en papel amarillo. Y para comunicarse con Clemente Rodas, el gran creador de juegos de ingenio... bueno, había que ingeniárselas. Tratar de comunicarse con algunos de los grandes inventores de juegos era participar de un juego largo y sinuoso.

Ríos pasaba página tras página en busca del nombre de Madame Aracné. Las hojas parecían a punto de deshacerse por el roce de sus dedos. Lo desconcertaban el desorden y la letra minúscula de Aab. Pero lo que más lo desalentaba eran los rebuscados sistemas que había que usar para ubicar a los inventores de juegos: palomas mensajeras, papeles en botellas arrojadas al agua de las fuentes, fuegos artificiales. Nicolás Dragó le recomendó que fuera más despacio, que la libreta podía romperse, y después le dio una pista:

—Mirá el papel con el que forraron la libreta.

Era papel araña color azul.

—¿Y? —preguntó Ríos. Pero enseguida comprendió. Con cuidado desprendió los trozos de cinta adhesiva —que el tiempo había vuelto oscura y quebradiza— y sacó

el papel azul. En el interior, había un número de teléfono, sin nombre. Aab había querido mantenerlo bien oculto.

—¿Cómo sabe que es el número de Sarima Scott?

—¿Qué otro número anotaría en el papel araña? Aracné significa araña, en griego antiguo.

Ríos tomó el teléfono. Marcó, pero no pudo comunicarse.

—Acordate de anteponer el cuatro —dijo Nicolás Dragó—. Es una agenda vieja. El cuatro vino mucho después.

Y Ríos volvió a intentarlo. ¿Qué diría si lo atendía la vieja bruja? Lo mejor sería pasarle el teléfono a Nicolás Dragó. Él sabría qué decir.

—¿Y? —preguntaron los otros.

—Parece que llama.

Iván y Anunciación empujaron la puerta de bronce. Un sendero de piedra flanqueado por jazmines y limoneros llevaba hasta la puerta de la casa. A la izquierda asomaba el torso de una estatua.

—Debe ser uno de los demonios de piedra que adornaban los laberintos de Madame Aracné —dijo Iván.

—Si me dan a elegir, prefiero los enanitos de jardín —dijo Anunciación.

Subieron tres escalones. La puerta tenía un llamador en forma de mano.

—¿No querés esperar afuera? No, está bien, mejor vamos juntos —dijo Iván, recordando las patadas anteriores.

La puerta estaba apenas entreabierta, como si alguien los esperara. Empujaron la hoja de roble, que se abrió sin un ruido. Desde el interior de la casa venía un aire helado. No era un frío de ese día: era un frío largamente guardado, como si la casa conservara, encerrado, un día de invierno de muchos años atrás. Anunciación lo tomó de la mano y juntos, con pasos leves, como si temieran despertar a alguien, entraron en la casa.

Todo estaba oscuro. Iván buscó el interruptor de la luz y la encendió. Una enorme araña de cientos de caireles brilló desde lo alto. Una lamparita estalló y Anunciación dio un salto.

—Es una lamparita, nada más —la tranquilizó Iván.

—Ya sé, no me asustó.

—¿Ah, no? ¿Y por qué saltaste?

—Para hacer ejercicio.

Era el comedor. En las paredes, sobre un empapelado azul, colgaban antiguos grabados donde se repetían planos y grabados de laberintos. Uno representaba los contornos de un libro. Otro, la figura de una cabeza humana. Otro más, pequeño, tenía forma de triángulo. Cerca de los cuadros colgaban cuatro espadas cortas que

eran o fingían ser antiguas.

—Parece como si no hubiera entrado nadie en mucho tiempo —dijo Iván.

—Alguien entró. Si no, habría sobres y papeles bajo la puerta o en el jardín.

En el comedor se veía un gran hogar a leña hecho en mármol negro. Sobre él se levantaba una estatua de bronce: el torso de un hombre con cabeza de toro. Había una expresión de furia humana, consciente, en la cara bestial. Los cuernos estaban aguzados como cuchillos. Quien había forjado aquella estatua se había preocupado por representar el poder del odio. Los ojos del toro, separados, parecían seguir a quien lo mirase.

El tiempo había ennegrecido el bronce y nada quedaba del dorado. El Minotauro abría apenas la boca; entre los dientes había un sobre.

—El último toro —dijo Anunciación—. Tiene un mensaje en la boca.

Pero a Iván le preocupaba otra cosa. Era tal la atracción que ejercía el toro, que Anunciación no había visto que delante del hogar había un sillón de respaldo alto.

—Hay alguien ahí —dijo Iván en un susurro.

Por encima del respaldo del sillón sobresalía apenas una cabeza de cabellos grises.

—¿Sarima Scott? —preguntó Anunciación, en un susurro.

Iván se aclaró la garganta y dijo en voz alta:

—Buenas noches, señora.

Silencio.

—¿Esto es el Club Ariadna? —preguntó Iván—. ¿La casa de Madame Aracné?

La mujer seguía en silencio.

—¿Es aquí la salida del laberinto?

Iván se acercó lentamente. Le costaba dar cada paso por aquel mundo frío y silencioso. Había como un resto de maldad vieja en el aire; una maldad gastada que conservaba parte de su poder, como esos venenos que pueden seguir matando muchos años después de haberse evaporado en su frasco.

«Quizás esté dormida», se decía Iván. «Quizás se despierte de pronto con un grito estridente».

Iván tenía muchas cosas para decirle a la constructora de laberintos: que había participado del juego, que había cumplido las reglas, que era hora de que lo dejara salir y le mostrara cómo salvar a Zyl. Era lo justo.

Pero a la mujer sentada en el sillón no le importaba la justicia.

—Mire, Madame Aracné o como se llame —se impacientó Anunciación—. ¿Esta es o no la salida?

Iván ya se había acercado lo suficiente para ver qué era lo que había en el sillón.

—Sí, debe ser Madame Aracné —dijo Iván sin voz—. Pero no sé si hay una salida.

No quería mirar, pero a la vez no podía quitar los ojos de la mujer que estaba en el sillón.

Tres meses atrás había encontrado, después de una tormenta, un pajarito muerto en el jardín. Su abuelo había dicho que se encargaría de sacarlo, pero él le había dicho que no, un poco por curiosidad, otro poco para demostrar que podía hacer trabajos de hombre, que ya no era un chico. El pajarito tenía las plumas amarillas y grises, y tenía las patitas estiradas hacia arriba. Él había hecho un hoyo en el jardín y lo había enterrado. «Si este pajarito me impresiona, ¿qué pasará si me encuentro con un cadáver de verdad?», se preguntó aquella vez. Ahora tenía la respuesta.

Sarima Scott había muerto muchos años atrás. Los cabellos grises rodeaban la calavera, como si quisieran esconderla de la vista de los demás, que nadie se enterara de la muerte. Quedaban jirones de piel apergaminada sobre el esqueleto amarillento. El vestido de terciopelo estaba roído por las polillas. Aunque veía que estaba muerta desde hacía muchos años, a Iván le quedaba la ilógica sensación que era ella quien lo había encerrado. Que era ella, desde la misma muerte, la que seguía gobernando el juego que lo había llevado hasta allí. Parecía quedar algo de vida o de voluntad en las manos que colgaban a los costados, semejantes a las garras de un pájaro. Las arañas habían tejido capas de tela en torno al cuerpo y al sillón, como si se tratara de la crisálida de un insecto, como si algún día algo nuevo fuera a salir de esos despojos.

Todo ese tiempo había pensado que Madame Aracné era la araña que había tejido el laberinto y ahora veía que era apenas una pieza más, una parte del mecanismo, otra víctima de la red en la que estaba atrapado.

Anunciación se había acercado hasta él, y cuando vio el cadáver dio un grito apagado. Lo tomó de la mano. La piel de Iván estaba fría, como si la casa lo hubiera atrapado en su atmósfera de mármol y silencio. Anunciación fue la primera que pudo hablar:

—Si Madame Aracné no hizo el laberinto, entonces quién...

Anunciación estiró la mano para tomar el sobre que estaba en la boca del gigantesco toro. Pero no alcanzó, estaba muy alto.

En ese momento sonó, estridente, la campanilla de un teléfono.

—No toques nada —dijo Iván.

El teléfono estaba sobre una mesita, contra la pared. Iván descolgó.

—¿Hola? ¿Hola?

Estaba seguro que del otro lado escucharía la voz de quien había organizado la gigantesca trampa que lo había llevado hasta allí. Y la voz le diría que todo había terminado, que esa era la salida, que Zyl había sido salvada por él...

Pero fue otra la voz que oyó:

—¿Es la casa de Sarima Scott?

—¡Ríos! —gritó Iván—. ¿Cómo me encontraste?

Del otro lado se oyó un largo suspiro. Ríos había tenido mucho miedo de que lo atendiera Madame Aracné.

—Es largo de explicar. Pero encontramos el secreto de Madame Aracné.

—Madame Aracné está muerta...

—¿Hola? No se oye bien —había chirridos en la línea—. Yo no te oigo, pero si estás ahí escúchame bien: siempre al final del laberinto, cuando el jugador creía haber ganado, Madame Aracné le reservaba una sorpresa final, una última trampa. Y esa trampa era el fin del juego.

—Eso quiere decir...

—El juego terminaba con la muerte del participante... a menos que evitara la trampa que estaba en la salida...

—No veo ninguna trampa... —empezó a decir Iván. Pero dejó el teléfono al ver que Anunciación había acercado una silla al toro e iba a sacar el sobre de las fauces de la bestia. Iván dio un salto y le agarró el brazo con fuerza.

—Ay —dijo ella, frotándose el brazo—. ¿Qué te pasa?

—¿Iván? ¿Iván? —preguntaba Ríos en el teléfono.

—Te dije que no toques nada —le dijo a su amiga—. Hay una trampa en ese toro.

—¿Cómo sabés?

—Me lo acaba de decir mi amigo Ríos.

—¿Y qué sabe él, que está allá en Zyl?

—Los amigos nos cuidan, aunque estén lejos.

Iván había vuelto a levantar el tubo.

—¿Ríos?

Pero no había más que ruidos en la línea. Colgó.

—¿Y cómo vamos a conseguir el sobre? —preguntó ella.

Iván sacó de su mochila la rama. Anunciación le dijo:

—Yo siempre me pregunté para qué juntan ramas los varones...

—Tratamos de encontrarles un uso. Pero en general no se nos ocurre nada. Y acabamos por hacer una fogata. Pero esta es la primera rama a la que le voy a encontrar una verdadera utilidad.

Alargó el brazo hasta que la punta de la rama rozó el sobre. De a poco pudo ir corriendo el papel hacia fuera de la boca del toro. Al final cayó, hamacándose en el aire.

Pudieron ver que en el frente del sobre había una sola palabra: *Salida*.

Anunciación iba a recoger el sobre del piso cuando se oyó un rumor. Un mecanismo se había puesto en marcha bajo las maderas del piso y a través de las paredes. Era como el ruido de viejas cañerías. Iván la agarró de los brazos y tiró de ella. El enorme toro de bronce tembló y se inclinó hacia delante. Al principio lo hizo con lentitud, como si les hiciera una reverencia, como si les reconociera una victoria,

pero al final se desmoronó sobre la silla que había acercado Anunciación. Era tan pesado que toda la casa tembló con la caída, y los cristales de las ventanas vibraron como en una tormenta.

Iván y Anunciación se abrazaron, mudos de miedo. El polvo los rodeaba. Una astilla había saltado y había dibujado en la cara de Iván un trazo de sangre.

—¿Estás bien? —Anunciación le tocó la mejilla.

El sobre había quedado debajo de la estatua. Sobresalía una de las esquinas. Iván tiró del sobre, partiéndolo por la mitad. Pudo rescatar del interior una pequeña tarjeta de cartón. En la tarjeta estaba escrita una única palabra.

Iván leyó en voz alta: *Otoño*.

«¿Qué quiere decir?», se preguntó. Había ido tan lejos, y ahora encontraba una sola palabra. Buscó con la mirada a Anunciación, pero no la vio. ¿Dónde se había metido? ¿Era tan espesa la nube de polvo que se la había tragado? ¿O estaba jugando a la niña invisible? No tuvo tiempo para preocuparse por ella, porque oyó un ruido familiar:

Zak, zak, zak.

No eran dos cuchillos de carnicero. Eran dos espadas cortas que chocaban entre sí, sacándose chispas. Y una voz grave dijo:

—Otoño. ¿Qué va a querer decir la palabra otoño? Que, para que Zyl se salve, basta con esperar el otoño. Y llega mañana.

Era Abel Trino. Era el hombre que lo había atendido en la sede de Laberintistas Asociados. Ahora no se lo veía encorvado ni enfermo. Había dejado atrás su larga bufanda. Caminaba a grandes pasos, con los ojos brillantes. Seguía sacándoles chispas a las espadas: eran las que habían visto en la entrada, colgadas en la pared.

—Esta de la derecha es una espada de bronce forjada en una sola pieza. Sarima Scott la compró durante un viaje a Creta. Dicen que así era la espada con la que el Minotauro decapitaba doncellas, y a los héroes que iban a salvarlas. ¿Quién sabe? A los turistas siempre les venden chucherías.

Abel Trino miró la estatua caída:

—Se suponía que te iba a aplastar. Así el final hubiera sido perfecto. El primer premio del Club Ariadna asegurado. Mi nombre inscripto entre los grandes inventores de laberintos. Un efecto magnífico arruinado por un exceso de precaución.

—¿Usted conocía a Madame Aracné?

—¿Cómo no la voy a conocer? Fue el acontecimiento fundamental de mi vida. Abel Trino es un nombre nuevo. Antes me llamaba Elio Beltrán. Trabajé durante años como ayudante de Sarima. Cuando nadie la tomaba en cuenta, yo reconocí en ella la inteligencia, la perseverancia, el genio. Recorrimos tantos pueblos, armando nuestros laberintos. Escuchábamos los gritos de los niños perdidos entre las paredes. Después pasamos a otros juegos más complejos.

Por primera vez Iván reparó en los nombres.

—Elio Beltrán, Abel Trino. En los dos está la palabra «laberinto».

—Anagramas de «El laberinto» y de «laberinto» respectivamente. Siempre elijo así mis nombres. A mí me gusta que todo tenga un significado.

Iván dio una rápida mirada hacia el fondo. Si Anunciación estaba escondida, no quería delatarla. Tal vez había conseguido escapar de la casa. Pero no lo iba a dejar solo: pediría ayuda. Abel Trino señaló los restos de Madame Aracné:

—Sarima murió hace siete años. Un día vine a visitarla y la encontré donde está ahora, muerta. No quise llamar a médicos, a policías, a enterradores. Decidí que la casa entera se convirtiera en su mausoleo. Y este último laberinto, el más perfecto que jamás se hizo, fue en honor a ella. Cada tres años cada uno de los miembros del Club Ariadna arma un laberinto. Hay que construir el juego y luego hacer que un inocente se pierda. Apenas termina el juego, presentamos los resultados a las autoridades del Club Ariadna. Dibujos, fotografías, filmaciones. Y sobre todo, hay que contar la historia, tratar de reconstruir los diálogos, ser fiel a la verdad.

—¿Y por qué me eligieron a mí?

—Porque es mejor hacer caer a alguien notable. A un especialista en laberintos, a un constructor de juegos. En tu caso, a alguien que derrotó a Morodian.

Abel Trino se acercó con la espada.

—Este año voy a ganar yo.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Hace seis años el laberinto que ganó estaba construido en un cementerio de autos. La víctima debía pasar de chatarra en chatarra, mientras una grúa trituraba los coches. Hace tres años un belga construyó un edificio-laberinto de diez pisos. Una de las genialidades fue que uno de los ascensores se desplazaba en sentido vertical y horizontal, para desconcertar a los prisioneros. Pero ninguno de esos laberintos es más ingenioso que este. Sarima fue pionera en los laberintos mentales, pero los de ella eran todavía muy sencillos: encerraban a su víctima en unas pocas manzanas. Yo lo extendí por toda la ciudad. Y a la vez es un homenaje a Madame Aracné, la mayor constructora de laberintos que jamás existió. Mi juego reúne la novedad con la tradición.

Abel Trino parecía esperar un aplauso.

—Entonces ya estoy libre —dijo Iván—. Ya puedo avisar a Zyl que las plantas se irán solas.

Y dio un paso hacia la puerta, pero las espadas se cruzaron delante de su garganta, como una tijera gigantesca.

—No te puedo dejar salir de aquí. Eso significaría traicionar el legado de Madame Aracné. Desde que acabó con el pobre Baldani, el arte de Sarima consistió en hacer laberintos perfectos. Y es una pena arruinar un laberinto perfecto con esa

trivialidad: la salida.

Abel Trino sacó de su bolsillo un caramelo cuadrado, masticable, sabor a frutilla, envuelto en papel rojo.

—Ahora vas a tener que comer este caramelo.

—Me imagino que no es un caramelo común.

—No, pero el gusto es el mismo.

—Los caramelos de frutilla nunca me gustaron. ¿No tiene de menta o limón?

—Estos vienen en un solo sabor. Vas a ser el cuidador de esta casa, que es como un templo a la memoria de Sarima. Yo te voy a traer alimentos. La biblioteca de Sarima, que está en el piso de arriba, te puede interesar. Hay muchos libros sobre juegos. Después de un tiempo ni siquiera vas a tener deseos de escapar.

Puso la espada en la garganta de Iván.

—El caramelo —dijo.

Iván ya no tenía dónde retroceder.

Pero en eso se oyó una voz:

—¿Señor Trino? Llamada para usted.

Trino se sobresaltó, sorprendido de que hubiera alguien más en la casa. Antes de que tuviera tiempo de moverse, Anunciación lo golpeó con el tubo del teléfono en la nuca. No era un teléfono inalámbrico, como los de ahora. Era un teléfono de baquelita negro, con un pesado tubo. Trino dio un alarido y se llevó las manos a la cabeza. Una espada se clavó en el piso, la otra se perdió debajo de un mueble.

Iván arrancó la espada de la madera. Tomándola de la hoja, dio un golpe con la empuñadura contra la cabeza de Trino. Quedó boca arriba, confundido pero consciente. Iván le abrió la mano derecha y tomó el caramelo. Le quitó el papel con rapidez. Abrió con fuerza las mandíbulas de Abel Trino y dejó caer el caramelo.

Apenas Anunciación colgó el teléfono volvió a sonar.

—Soy Anunciación. ¿Quién habla?

—Ríos, amigo de Iván.

—Ah, ya sé. Él me contó muchas cosas. Por ejemplo...

Iván, temeroso de alguna infidencia, le sacó el tubo de las manos.

—Ríos, decíle a mi abuelo que estoy bien. Y que no se preocupen por las plantas. La solución es el otoño. No hace falta que hagan nada más. Las plantas se irán solas a partir del 21 de marzo.

—Mañana...

—Mañana.

Trino tosía, atragantado. No es fácil tragar un caramelo masticable sin masticar.

—Ya está —dijo Iván—. Ahora usted es el guardián del templo. Merece ese honor más que yo.

Abel Trino se incorporó de un salto. Una mueca de odio había convertido su cara

en algo muy parecido al demonio del jardín. En un segundo le sacó a Iván la espada de las manos y la levantó en el aire. Pero Iván ya corría hacia la salida, de la mano de Anunciación. Atravesaron el umbral y llegaron al sendero de piedra. Frente a la reja, se dieron vuelta. De haberlos seguido, Trino los hubiera alcanzado. Pero no podía salir. Se había quedado en el umbral.

—El laberinto... —dijo casi sin voz.

—No es posible que el caramelo le haya hecho efecto tan rápido —dijo Anunciación—. Se lo debe estar imaginando.

—Entonces mejor que nos vayamos. La imaginación no dura para siempre.

Con un último esfuerzo, Trino les lanzó la espada. Se echaron al suelo y la espada pasó sobre sus cabezas para clavarse en el tronco de un árbol.

Desde la vereda miraron a Trino por última vez. Se había quedado en el umbral, rígido, marcial. Ahora era el guardián de la casa. Cerraron la reja de hierro y caminaron por una ciudad que había dejado de ser laberinto.

## EL OTOÑO EN ZYL

La madre de Anunciación se asustó cuando los vio llegar. Estaban sucios de hollín, lastimados, con las ropas desgarradas, los ojos todavía irritados por el humo y el polvo, los pantalones mordidos por los perros. Iván tenía una herida en la cara. La madre de Anunciación lo había visto a Iván alguna vez, pero no lo reconoció hasta que su hija le dijo quién era.

—¿Qué pasó? ¿No estabas en la casa de tu amiga? ¿Dónde estuvieron?

—Pasaron muchas cosas —dijo Anunciación. Nada es más fastidioso que dar explicaciones.

—Voy a llamar a un médico.

—No, no. Todo sale con agua y jabón.

Mientras Iván se daba un baño, Anunciación le explicó todo a su madre.

—¿Cómo pudiste mentirme? Yo te hubiera ayudado.

—No me hubieras creído.

Ya vestido, Iván la defendió:

—Sin ella nunca hubiera podido salir del laberinto.

—Iván Dragó. Me acuerdo que te vi el día en que el colegio Possum se hundió. Y ahora esto. Cada vez que te veo, se hunde un colegio o aparece un laberinto.

Lo dijo en tono tranquilo, no de queja, sino como advirtiendo que no tenía mucho sentido simular que era un chico como los demás, que hacía las travesuras de los otros. Lo dijo como si Iván fuera el representante de todo lo que la vida tiene de inesperado e incomprensible.

La madre le dio a Iván una bolsa de dormir, para que se acostara en el sillón del living.

Recién el martes por la mañana volvió a correr el tren que iba a Zyl. Se levantaron temprano, y en el desayuno hablaron como si pudieran verse todos los días: los dos disimulaban que se estaban despidiendo. Después Anunciación lo acompañó hasta la estación. La terminal estaba llena de gente que corría en todas direcciones. Caminaron hasta el último andén, de donde salía el tren que iba para Zyl. Se dieron un abrazo. Estuvieron un rato unidos, prometiéndose cosas al oído. Después Iván entró en el destartalado vagón y tomó su mano desde la ventanilla. Anunciación tenía lágrimas en los ojos y, a causa de las lágrimas, que son como lentes de aumento, veía todas las cosas gigantescas. La bocina del tren de Zyl sonó dos veces, inaudible en medio del fragor de las locomotoras y las voces de la gente.

—¿Me vas a llamar? —preguntó ella—. ¿Me vas a escribir?

—Voy a venir en las vacaciones de invierno. O tal vez te dejen visitar Zyl.

—Me gustó que le dijeras a mamá que pudiste salir del laberinto gracias a mí...

—Bueno. Solo habría podido salir igual.

Anunciación se puso seria un instante.

—Mentira —dijo Iván—. Sin vos, todavía seguiría perdido, encerrado en alguna manzana. O hipnotizado. O preso por romper payasos y elefantes de cristal.

Anunciación vio cómo el trencito se perdía entre los grandes trenes plateados, como un juguete entre cosas de verdad.

Iván llegó a Zyl con el otoño. A medida que el tren se acercaba a la estación, veía que las plantas feroces que habían asediado la ciudad se apagaban y quebraban. Los tallos de las hiedras hacían dibujos de polvo antes de desaparecer. El viento esparcía sin ganas las hojas secas, como si no quisiera limpiar los restos de la plaga. Los pumas, los perros salvajes y las aves de rapiña habían abandonado la ciudad, que ya no servía de guarida.

Ríos y Lagos habían ido a esperarlo a la estación. Su abuelo estaba con ellos. También se veía a Zelmar Canobbio. Y estaban la profesora Daimino y otros chicos del colegio, y la hermana de Lagos. Todos lo abrazaron y le hablaban a la vez. Le hacían preguntas pero no lo dejaban responder.

Caminaron juntos hacia el centro. Iván contemplaba los destrozos que lo rodeaban.

—Hay mucho trabajo que hacer —dijo Nicolás—. Las veredas están rotas. Las tejas partidas. Tendremos entretenimiento para todo el otoño.

Iván se dio cuenta de que Ríos iba de la mano de Federica.

—¿Y eso? —preguntó.

Lagos se encogió de hombros, como si el asunto no tuviera la menor importancia.

La comitiva que había recibido a Iván tomó por la calle principal, el boulevard Aab. Los vecinos llevaban en carretillas los troncos secos para quemarlos en las afueras del pueblo. El señor Blanco y el señor Negro trabajaban juntos liberando la calle de malezas, para que los automóviles y los carros tirados por caballos pudieran pasar.

Iván se sorprendió al ver pasar por la calle a la máquina podadora del señor Ríos.

—¿Funciona todavía? ¡Qué dirá la señora Palanti!

Pero, cuando la máquina pasó a su lado, vio que era la señora Palanti quien la tripulaba.

—Me parece increíble que haya podido convencerla de que la máquina no es un peligro mortal —le dijo al señor Ríos.

El ingeniero respondió:

—Me temo que con ella al volante la máquina sí es un peligro mortal.

A la noche, después de comer con su abuelo, Iván salió a caminar con sus amigos. Habían estado trabajando en la calle, liberando las veredas de raíces muertas y ramas secas, y el cansancio los llevaba a dar pasos cada vez más cortos y lentos. Pasaron frente a la casa del Cerebro Mágico. Cruzaron la plaza del Caballo negro. Saludaron a la señora Máspero, que aprovechaba hasta la última luz de la tarde para tratar de arreglar los destrozos de su jardín. Cuando llegaron al laberinto, ya arrastraban los pies. El cartel colgaba de cadenas oxidadas, que crujían con el viento. En el interior, las plantas extrañas se habían secado, y quedaba el follaje de siempre. Dieron unos pasos en la espesura, por senderos que pronto se cerraban. Iván se sintió incómodo, como si todo lo que lo rodeaba supiera que él estaba allí. Había estado en un laberinto más feroz, ¿cómo podía asustarlo el pequeño laberinto de Zyl? Y sin embargo, no tenía ganas de seguir. Sus amigos tampoco.

—Volvamos —dijo Ríos—. Estoy cansado.

—No puedo mover los pies —dijo Lagos—. Ahora que tu padre arregló la máquina, tendría que borrar el laberinto de la faz de la tierra.

Ríos, contento porque se le reconocieran méritos a su padre, dijo que tenía razón. Pero entonces se oyó a Iván:

—¿Cómo vamos a querer que desaparezca el laberinto? Es viejo como Zyl. Nos recuerda que hay juegos terribles, que podemos perdernos. Qué haríamos si todos los juegos fueran claros. Qué haríamos si lo único que existiera fuera el tatetí y el juego de la oca. Necesitamos laberintos. Necesitamos jugar a los peligros del mundo.

—Pero esto ni siquiera es un laberinto —dijo Lagos—. Esto es... cualquier cosa.

—¿Estás seguro de que no es un laberinto? —preguntó Iván.

—No.

—¿Darías unos pasos más?

—No. Un paso y me pierdo.

—Entonces sí es un laberinto. Además, si pude salir del otro laberinto fue porque en este, escondida bajo tierra, encerrada en la cápsula del tiempo, estaba la clave.

Una rama crujió, se oyó el aleteo furioso de un pájaro entre el follaje, el viento movió las hojas una por una. Parecía que el laberinto respondía, que susurraba que Iván tenía razón, que entre tantos juegos que había en la ciudad no podía faltar el juego sin dados ni tableros, sin fichas ni naipes: el juego de perderse.

Volvieron con cuidado sobre sus pasos y echaron a caminar hacia Zyl, en medio del humo de las fogatas.



PABLO DE SANTIS (Buenos Aires en 1963). Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz* y *El Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes. Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.